

MINOTAURO 6

MINOTAURO 6

THEODORE STURGEON

ANA MARIA SHUA

KEITH ROBERTS

JAMES TIPTREE, JR.

PABLO CAPANNA

JORGE SANZOL

ANGELICA GORODISCHER
KALPA IMPERIAL

LIBRO II: EL IMPERIO MAS VASTO

Las seis historias reunidas en este volumen completan y cierran el ciclo iniciado por *Kalpa imperial*, Libro I: *La casa del poder* (Minotauro, 1983), y agregan nuevos y sorprendentes detalles sobre la vida, la muerte y los sueños en el imperio más vasto y poderoso que ha conocido el hombre: un imperio atemporal y ubicuo, y por lo tanto inmediato y actual.

YA APARECIO



ÍNDICE

2	Editorial
5	Etcétera
13	THEODORE STURGEON <i>Y ahora las noticias...</i>
31	CHARLES PLATT <i>Theodore Sturgeon</i>
41	ANA MARIA SHUA <i>Octavio, el invasor</i>
49	KRIS NEVILLE <i>El bosque de Zil</i>
55	PABLO CAPANNA <i>Las ciencias de la conjetura</i>
69	JAMES TIPTREE, JR. <i>Las formas del dolor</i>
85	NORMA VITI <i>Sobre la multiplicidad de la luna</i>
89	KEITH ROBERTS <i>Weihnachtsabend</i>
116	ELVIO E. GANDOLFO <i>Libros: Al margen de la literatura y de los géneros</i>
122	ÁNGEL FARETTA <i>Cine: El cine como voluntad y representación</i>

Dirección: MARCIAL SOUTO

Colaboran en este número: PABLO CAPANNA, ÁNGEL FARETTA,
ELVIO E. GANDOLFO, CARLOS GARDINI

Diseño gráfico: SERGIO PÉREZ FERNÁNDEZ

Corrección: ELVIRA IBARGÜEN

Ilustración de la tapa: JORGE SANZOL

EDITORIAL



Theodore Sturgeon nació en Nueva York en 1918 con el nombre de Edward Hamilton Waldo, pero al ser bautizado adoptó el apellido del padrastro y el nombre Theodore: desde niño quería que lo llamaran "Ted". En su adolescencia llegó a ser un formidable atleta, hasta que por razones de salud debió abandonar toda forma de deporte. A partir de entonces desempeñó una larga y variada serie de actividades, que le permitieron conocer tipos muy distintos de personas: marino mercante, gerente de un hotel, vendedor ambulante, guitarrista, agente literario, maquinista de un bulldozer. En 1937, mientras estaba en la Marina Mercante, empezó a publicar cuentos "realistas" en diversos medios, a través del sindicato McClure. *Astounding Science Fiction*, la famosa revista de John W. Campbell, presentó su primer cuento de ciencia ficción,



Sturgeon

ILUSTRACIÓN DE CARLOS WINE



Platt



Viti



J. Sanzol

"Ether Breather", en 1939, y durante algunos años Sturgeon fue uno de los verdaderos puntales de las revistas de Campbell, especialmente en *Unknown*, donde aparecieron sus mejores relatos fantásticos de la época. Sin embargo, el desarrollo más visible de Sturgeon ocurrió en la década del 50, ante todo en las páginas de la revista *Galaxy* de H. L. Gold, y *The Magazine of Fantasy & Science Fiction* de Boucher y McComas. El cuento que publicamos en este número pertenece a la segunda, y tiene una interesante historia que el propio Sturgeon refiere en uno de sus libros: "Yo le había escrito a un amigo quejándome de que no tenía una sola idea en la cabeza, y que necesitaba una urgentemente. Una mañana fría de noviembre mi mujer y yo abrimos la respuesta. Veintiséis ideas para cuentos: un párrafo, una oración, una sugerencia, una situación. Sujeto a las páginas de la carta había un cheque con una nota: 'Tengo la sensación de que tu cuenta bancaria está en

rojo.' Mientras mi mujer y yo lo mirábamos y nos mirábamos... la estufa se apagó. Esa estufa podía apagarse sólo por dos razones: la casa estaba suficientemente caliente, o se nos había acabado el combustible, y por supuesto que en la casa no sobra calor. Nada podía ser más oportuno que ese cheque. Ambos lloramos. 'Y ahora las noticias...' saltó de uno de los trampolines que había en aquel sobre, y el fabricante de los trampolines se llama Robert A. Heinlein, y me alegra tener esta oportunidad de agradecerle públicamente este favor, uno de los muchos que le debo por sus escritos y por el hecho de su existencia."

Charles Platt (v. *Minotauro* 4) completa la imagen del Sturgeon escritor con un reportaje al Sturgeon ser humano, pensador y excéntrico.

Ana María Shua (v. *Minotauro* 1), de quien Editorial Sudamericana acaba de publicar la novela *Los amores de Laurita*, toma en "Octavio, el invasor" un tema clásico de

la ciencia ficción y le da calor y verosimilitud domésticos.

Kris Neville nació en Missouri en 1925. A principios de la década del 50 publicó algunos cuentos que han alcanzado estatura de clásicos, entre ellos el notable "Bettyann". Ejecutivo de la industria química, escribió numerosos libros sobre esa especialidad. Murió en Los Angeles en 1980. "El bosque de Zil" (es sólo aparentemente) un cuento de ciencia ficción convencional.

Pablo Capanna, colaborador habitual de estas páginas, describe en "Las ciencias de la conjetura" el estado actual de la futurología, sus triunfos y sus fracasos.

James Tiptree, Jr. (Alice B. Sheldon, v. *Minotauro* 3 y 4) nos muestra, en "Las formas del dolor", el lado oscuro e inhumano de la exploración espacial.

Norma Viti nació en Rosario y vive en Buenos Aires. Sus cuentos y artículos han aparecido en diversas publicaciones españolas y argentinas, entre ellas *Nueva Di-*

mensión y *La revista de ciencia ficción y fantasía*. "Sobre la multiplicidad de la luna" es un llamado a la solidaridad de los poderosos para financiar un necesario y postergado proyecto de investigación.

Keith Roberts nació en 1935 en Northamptonshire, Inglaterra. Ilustrador de dibujos animados y de avisos de publicidad durante muchos años, inició su carrera de escritor en 1964 con la publicación

de dos cuentos en la revista británica *Science Fantasy*. Dos años más tarde apareció su primera novela, *Las furias*. Su segundo libro, *Pavana* (Minotauro, 1981), un clásico de la ciencia ficción moderna, nos muestra un mundo alternativo maravillosamente verosímil en el que la reina Isabel I fue asesinada, triunfó la Armada Invencible, no hubo Reforma y la Inglaterra de hoy, atrasada y supersticiosa, vive

bajo el yugo férreo de la Iglesia Católica. "Weihnachtsabend", el cuento que cierra este número, muestra con igual verosimilitud otro mundo paralelo, en el que los nazis han ganado la segunda guerra mundial.

Completan este primer número aniversario las secciones habituales, con información y comentarios preparados por Carlos Gardini, Elvio Gandolfo y Angel Fareta.



ETCÉTERA

EL PAISAJE DE LA IMAGINACIÓN

Un nacimiento

En el mes de enero apareció en Buenos Aires el primer número de *Quasar*, otro fanzine dedicado a la ciencia ficción. Lo dirigen Luis M. Pestarini y Mónica N. Nicastro, y quienes deseen suscribirse a él deberán solicitar información a Avda. Canning 2069, 11 F, 1425 Buenos Aires, Argentina. En esta primera entrega, *Quasar* reúne cuentos de Angélica Gorodischer, Juan Carlos Prieto Cané, Tarik Carson, Ángel M. Inwinkelried, Raúl Alzogaray, Eduardo J. Carletti y Frederik Pohl, un poema de L. Sprague de Camp, un artículo de Mónica Nicastro sobre la historia, noticias, crítica de libros y de cine, y una sección sobre Pohl, que incluye un artículo de Norma Dangle, una entrevista realizada por Brian M. Fraser y una bibliografía completa de las obras de este autor traducidas al castellano.



Quasar 1



Nueva Dimension 148



Gorodischer según Izquierdo Brown

Simak, *Ciudad* y la cubierta de Fortin

Un renacimiento

Después de un año de silencio, reapareció en Barcelona la revista *Nueva Dimensión*. Dirigida por Domingo Santos y editada ahora por Fénix, S.A., esta publicación presenta dos cambios con respecto a su versión anterior: contiene más páginas (224) y su frecuencia es bimestral. Este nuevo número (el 148) ofrece cuentos de Bob Le-man, Gordon Eklund, Enrique Lázaro, Al Sarrantonio, Michael Bishop, Juan Carlos Planells y Kurd Lasswitz, y artículos de Isaac Asimov, Frederik Pohl, Domingo Santos y J. C. Planells. ¡Mucha suerte!

Angélica for Export

Invitada al Congreso de Escritoras Americanas organizado por el Montclair State College de Nueva Jersey, ha viajado a Estados Unidos Angélica Gorodischer, Duran-

te su permanencia en ese país será presentada en colegios y universidades, y dictará varias conferencias. Sólo otra escritora argentina ha sido invitada a este congreso: Griselda Gambaro.

Se mudó el CACyF

El Circulo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasia tiene una nueva dirección: Casilla de Correo 7, Sucursal 53, 1453 Buenos Aires, Argentina.

Otros mundos, otras formas

Las reediciones argentinas de los libros de Minotauro cuentan desde ahora con tapas nuevas, ilustradas por algunos de los mejores plásticos nacionales: Carlos Nine, Oscar Chichoni, Fatí, Raúl

Fortín, Kike Sanzol. Estos son algunos de los títulos que aparecerán próximamente: *El juego de la rata y del dragón* (Cordwainer Smith), *El hombre ilustrado*, *Fantasmas de lo nuevo*, *El Arbol de las Brujas* (Ray Bradbury), *Ciudad* (Clifford D. Simak), *La intersección de Einstein* (Samuel R. Delany), *El mundo subterráneo* (S. Fowler Wright), *Solaris*, (Stanislaw Lem), *La mano izquierda de la oscuridad* (Ursula K. Le Guin), *El hombre en el castillo* (Philip K. Dick).

Subscripciones, números atrasados

Los aficionados podrán ahora suscribirse a *Minotauro* por tres o seis números, o completar la colección. Para obtener información relacionada con este servicio, deberán escribir a: Sergio Gaut vel Hartman, Ediciones Minotauro, Humberto 1 545, 1035 Buenos Aires, Argentina.

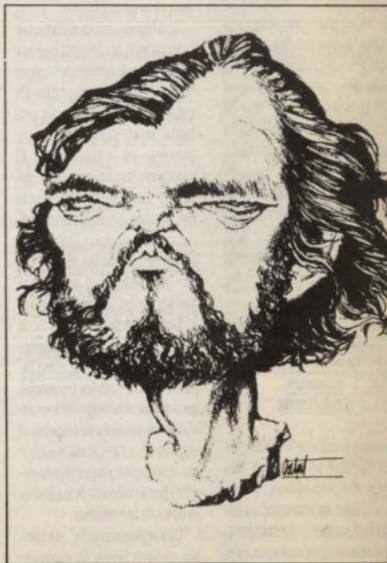


ETCÉTERA

CUANDO UN CRONOPIO SE VA

Hace menos de tres años declaró: "Mi pasaporte y mi médico dicen que tengo 66 años, y sin duda están en lo cierto, pero ya una vez un aduanero alemán me retuvo veinte minutos porque no creía en la fecha de nacimiento que indicaban mis papeles. Alguien me preguntó cuál era la edad que yo sentía, y respondí sin pensarlo: treinta y cinco años." Habla pasado fugazmente por Buenos Aires a fines de 1983, y su muerte en París el 12 de febrero de este año, a pesar de producirse después de casi siete décadas de existencia sobre este planeta (repartidas de modo parejo entre el Buenos Aires del que se fue en 1951, y el París al que

llegó a ganarse la vida como traductor público), nos parece más una interrupción que un fin, ya que el modo en que sentía su edad era compartido por lectores y compatriotas, que raramente podían con-



siderarlo mayor de cuarenta años. Y aunque más de un triste semanario se complació en jugar con los ribetes entre románticos y siniestros de la reciente muerte de su compañera, Carol Dunlop (en noviembre de 1982 y también de leucemia), esa idea de interrupción tal vez haya sido experimentada por el propio Julio Cortázar, que interrogado alguna vez sobre la Parca, expresó su serena rebel-

día: "Creo que fue D. H. Lawrence quien dijo que la muerte no era nada, que lo terrible era morir. Para mí ni siquiera esto es terrible pero en cambio me parece escandaloso; siento que nos morimos por error, y que el error no es nuestro; tonterías de un freno mal aplicado, de un microbio estúpido."

Muchos discuten acerca de la posición final que merecerá su obra de novelista, que alcanzó su máxima expresión con *Rayuela* (1963), libro que sacudió con sus experimentos y su informalidad las ya agitados aguas del *boom* de la novela latinoamericana. Nadie duda en cambio de su lugar como uno de los máximos cultores del cuento en habla castellana, y en especial de su solidez en el terreno de la literatura fantástica, con alguna incursión, muy posiblemente impremeditada, en la ciencia ficción.

De hundimientos, serpientes y mancuspías

Aunque casi todos los relatos de Julio Cortázar se sitúan en ambientes contemporáneos, y aunque abundan en intercambios espacio-temporales y psicológicos, pertenecen en su gran mayoría a la literatura fantástica, más específicamente a esa zona que introduce lo anormal en los medios más identificables para un lector actual, renovando magistralmente los viejos temas y climas del género

(la casa invadida, el intercambio de personalidades, la reencarnación de viejos mitos, leyendas y sacrificios). Incluso cuando Cortázar desarrolla teorías aplicadas a descubrir o exponer la organización del Cosmos, éstas se acercan más a las intuiciones místicas o a los sistemas de correspondencias imprevisibles de los surrealistas que al rigor de la ciencia ficción.

De tal modo, en un macizo conjunto de más de ochenta cuentos hay pocos que puedan incluirse en el género, y algunos lo rozan sin entrar en él. "La canchía más profunda" puede ejemplificar lo problemático de la clasificación. El progresivo hundimiento del protagonista en el suelo está narrado con abundancia de detalles cotidianos, verosímiles, y Cortázar lleva las consecuencias de ese primer postulado hasta sus últimas consecuencias lógicas. Podría por lo tanto tratarse de un relato de ciencia ficción "extraña" o especulativa, común en autores como Ballard o Disch. Pero los personajes que rodean al protagonista no advierten en absoluto su tragedia, ni siquiera en su evidencia visual. Y esa factura total y no explicada entre su percepción y la de los demás es típica de lo fantástico.

"Con legítimo orgullo", en cambio, no tiene fisuras. Lo inexplicable son las actividades en sí de la ciudad donde transcurre el cuento: juntar hojas secas, rociarlas con extracto de serpiente para que sean recogidas también por las salamancas. Sin embargo ese com-

portamiento social ilógico se vuelve creíble y natural mediante la descripción pormenorizada y objetiva, casi de informe burocrático (lección aprendida de Kafka: no en vano el relato fue escrito "*In memoriam K*") que no olvida ninguno de los efectos provocados sobre la vida cotidiana.

"Sobremesa" linda una vez más con los dos géneros. Con ejemplar economía de medios utiliza un deslizamiento temporal para instalar el encono y la incomunicación entre dos amigos que tratan de entenderse en forma epistolar. "Cefalea" es un cruce entre los detalles sobre la cría de mancuspías y el empleo de las posibilidades surrealistas y poéticas de un artículo médico sobre síntomas de vértigo y cefalea. "La autopista del sur" extrapola con impecable precisión las consecuencias de un embotellamiento de tránsito de duración indefinida.

En el campo fantástico, a diferencia de la limitación numérica de la ciencia ficción, el lector tiene en la obra de Cortázar un campo de elección casi ilimitado. Desde la perfección formal de esas máquinas narrativas de aceitado funcionamiento que son "La noche boca arriba", "Axolotl", "La isla a mediodía", "Continuidad de los parques", "Instrucciones para John Howell", pasando por la consideración del horror en las familias ("Cartas de mamá", "La salud de los enfermos"), o el rechazo a las aglomeraciones de personas y su posible descontrol ("Las ména-

des"), hasta llegar a obras maestras como "Circe".

Este último es un cuento digno de ser saboreado con fruición. Pocas veces se ha ejecutado una descripción más detallada del sutil horror de un noviazgo tortuoso. El empleo magistral de los bombos primero llevados por Mario, después preparados por Delia; esa especie de erotismo en permanente suspenso ("No supo si le había devuelto el beso, tal vez se quedó quieto y pasivo, catador de Delia en la penumbra de la sala."); las figuras de comparsa de los Mañanara, que en ningún momento son captados como padres de la muchacha; y los detalles mínimos para situar la época, sin desdeñar el humor ("...vinieron agitando los periódicos y con noticias de un aviador perdido en el Atlántico. Eran días en que muchos aviadores se quedaban a mitad del Atlántico."), se articulan encajando a la perfección para estructurar la trampa final.

Y quedan docenas de textos

más: la brevedad poética y sugerente de "Orientación de los gatos", la pasada imitación confesa de Henry James en "Los pasos en las huellas", la violencia soterrada de "Las babas del diablo" y "Om-nibus", la elaboración de fobias en "No se culpe a nadie", y "Carta a una señorita en París".

En esa zona de su obra Cortázar insistió una y otra vez sobre los aspectos más oscuros de su mundo creativo, equilibrando el humor desopilante de las *Historias de cronopios y de famas* (1967, anticipador de mucho de lo que *Rayuela* expondría más complicada y hasta engoladamente después) y la claridad expositiva de los artículos en defensa de la revolución cubana o el gobierno nicaraguense. Fue un intelectual que, al decir de un crítico uruguayo, "mantuvo intacto el cordón umbilical que lo unía a este maltratado continente".

La fascinación por lo fantástico y el oculto horror de los objetos y las relaciones humanas cotidianas tiene raíces múltiples. No hay que

olvidar que Cortázar tradujo las obras completas de Edgar Allan Poe al castellano. Pero ese interés retroceda hasta la infancia, años antes de recibirse de maestro y ejercer en pueblos de la provincia de Buenos Aires. El mismo recordó su estupefacción ante las limitaciones de un compañero de juegos empeñado en recontar los alcances de la realidad considerada en su totalidad, o sea incluyendo la dimensión de lo fantástico: "Me acuerdo: a los once años presté a un camarada *El secreto de Wilhelm Storz*, donde Julio Verne me proponía como siempre un comercio natural y entrañable con una realidad nada desemejante a la cotidiana. Mi amigo me devolvió el libro: 'No lo terminé, es demasiado fantástico.' Jamás renunciaré a la sorpresa escandalizada de ese minuto. ¿Fantástica, la invisibilidad del hombre? Entonces, ¿sólo en el fútbol, en el café con leche, en las primeras confidencias sexuales podíamos encontrarlos?"

[EEG]



ETCÉTERA

¿QUÉ LE TEME AL LOBO FERÓZ?

Los cuentos populares son verdaderos.
ITALO CALVINO,
Cuentos populares italianos

En marzo de 1984 un centenar de especialistas de diversas áreas participó en una polémica conferencia celebrada en la Universidad de Princeton. Allí se habló de ultrajes, delincuencia, canibalismo, sexualidad, violencia y horror. No se trataba, como podrá creer el lector desprevenido, de un simposio de criminología, sino, desde luego, de disertaciones sobre "Los cuentos de hadas y la sociedad". Uno de los blancos favoritos de los asistentes fue Caperucita Roja, y una nota de John Leo en la revista *Time* (19 de marzo de 1984) reseña brevemente las opiniones de los académicos sobre ese avieso personaje. Dichas opiniones parten de interpretaciones variadas de las distintas versiones populares y li-

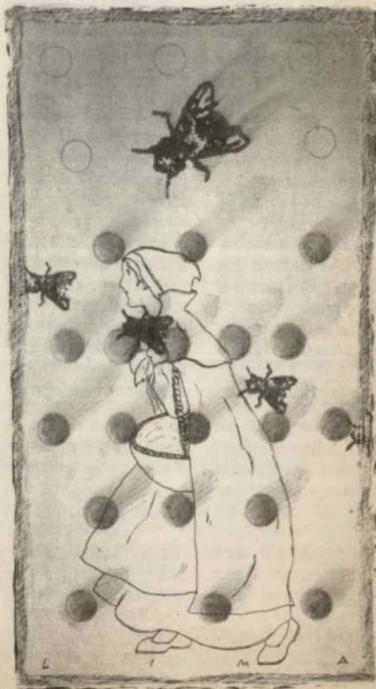


ILUSTRACIÓN DE JUAN MANUEL LIMA

terarias del cuento. ¿Era Caperucita una pelandusca, una feminista o una dinámica mujer de hoy?

Jack Zipes, un profesor marxista de literatura alemana en la Universidad de Wisconsin, Milwaukee, autor del libro *The Trials and Tribulations of Little Red Riding Hood*, alegó que los escritores de sexo masculino habían transformado la historia de esa niña "astuta, audaz, recia e independiente" en una "historia sobre la violación donde la heroína es obligada a cargar con la responsabilidad del ultraje sexual". Zipes destaca que Perrault, al retocar la historia popular, pinta a la niña como negligente y para colmo añade la caperuza (o sombrero rojo), que en su época era símbolo del pecado y el diablo. Luego, insistió, los hermanos Grimm empeoraron las cosas al hacer que la madre advierta a la niña que no se aparte del sendero, con lo cual la pequeña se vuelve responsable de su propia violación. La moraleja es obviamente sexista: la sexualidad es peligrosa para el sexo débil, la que busca encuentra, y sólo un hombre rudo

como el cazador puede rescatar a las ingenuas de su propia lujuria.

El historiador Robert Darnton, de Princeton, prefirió creer que se trataba de una historia aterrador y no sexista cuya moraleja era mucho más simple: no te alejes de la aldea porque la vida y los forasteros son crueles. Darnton y Zipes, sin embargo, coincidieron en oponerse a las interpretaciones psicologistas. En *El lenguaje olvidado*, por ejemplo, Erich Fromm explicaba que el simbolismo de la historia podía entenderse "sin dificultad": la caperuza roja es la menstruación, la sexualidad vista como un acto canibalístico expresa odio y prejuicio contra los hombres.

Gerhard Mueller, de la escuela Rutgers de justicia criminal, declaró que Caperucita Roja, que la mayoría de los cuentos de hadas, es una historia acerca de la ley. En una sociedad primitiva, "es un medio para que la gente sepa lo que está bien y lo que está mal". El primer obispo de los godos, en el siglo IV, se explotó Mueller, no encontraba en su idioma un término para designar a un delincuente pe-

ligroso, y usaba las palabras: "Declaro que eres un lobo". Así el lobo se transformó en el renegado que debía morir. Anthony Vidler, profesor de arquitectura de Princeton, sugirió en broma que el problema del cuento es una falla estructural: la cerradura floja en la puerta de la abuela. Una abuela presente en la conferencia comentó: "Estoy azorada. Yo les leía estos cuentos a mis nietos."

Mientras antropólogos, psicólogos, sociólogos y críticos literarios discuten sobre el simbolismo de los cuentos populares, éstos conservan su fresca y atractivo para niños de diversas edades y culturas. Los padres respetables deberían estar precavidos contra esa literatura corruptora, y las comisiones de moralidad deberían marcarla con una triple X. El interés de los pequeños en semejantes historias demuestra que no son los seres inocentes que sus padres suponen, sino criaturas potencialmente subversivas, dotadas de imaginación y sexualidad, es decir, seres tanto o más humanos que los adultos. [CG]



THEODORE STURGEON Y AHORA LAS NOTICIAS...

*Somos humanos, y todo lo que
afecta a la humanidad nos afecta. ¿Hasta
cuándo podremos soportarlo?*

Ilustración de Carlos Nine

El sujeto se llamaba MacLyle, un nombre cuya falsedad salta a la vista, pero digamos que esto es un cuento, ¿de acuerdo? MacLyle tenía un buen empleo en —supongamos— una fábrica de jabón. Trabajó mucho e hizo dinero y se casó con una muchacha llamada Esther. Compró una casa en los suburbios y cuando terminó de pagarla la alquiló a otra gente y compró una casa un poco más lejos y un segundo auto y un refrigerador y una cortadora de césped y un libro de jardinería, y se abocó a la noble tarea de dar a sus hijos todas las cosas que a él le habían faltado.

Tenía hábitos y tenía hobbies, como todo el mundo, y los suyos (como los de todo el mundo) eran un poco diferentes

de los de cualquier otro. El que más molestaba a su esposa, hasta que se acostó, era el hábito (o el hobby) de las noticias. MacLyle leía un matutino a las 8:14 y un vespertino a las 6:10, y el diario local que su suburbio usaba para los perros perdidos y los remates le ocupaba cuarenta minutos después de la cena. Y cuando leía un diario lo leía, no se limitaba a hojearlo. Leía primero la página 1 y después la página 2, y así hasta el final. No le interesaban mucho los libros pero les tenía una suerte de respeto místico, y decía que un diario era como un libro, y por lo tanto armaba un revuelo si una sección faltaba o estaba al revés, o si las páginas estaban mal ordenadas. También escuchaba las noti-

cias de la radio. En la ciudad había tres emisoras que transmitían noticias a toda hora, una al dar la hora, otra al dar la media hora, y otra cinco minutos antes de la hora, y en general él podía escucharlas todas. Durante esos pantallazos de cinco minutos él miraba directamente a los ojos de su interlocutor y cualquiera habría jurado que escuchaba, pero no escuchaba. Esto sacaba de quicio a su mujer, pero sólo en los primeros cinco años. Luego desistió de intentar que la oyeran mientras la radio hablaba de inundaciones, asesinatos, escándalos y suicidios. Cinco años después volvió a hablar durante las emisiones, pero cuando dos personas han estado casadas diez años esas cosas ya no importan, de cualquier modo hablan en código, y nueve palabras de cada diez pueden pescarse en cualquier momento como en una cinta de teleimpresor. Él también veía las noticias de las 7:30 en el canal 2 de televisión y las noticias de las 7:45 en el canal 4.

De todo ello podría deducirse que MacLyle era un excéntrico de costumbres metódicas y neuróticamente pulcro, pero nada es menos cierto. MacLyle era ante todo un individuo razonable que amaba a su esposa e hijos, gustaba de su trabajo y disfrutaba bastante de la vida. Reía con facilidad, hablaba con soltura y pagaba sus deudas. Justificaba su interés en las noticias de varias maneras. Solía citar a Donne: *...la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque formo parte de la humanidad...*, un argumento bastante sólido y difícil de rebatir. Comentaba que él siempre alcanzaba sus trenes y sus trenes lo hacían puntual, pero por culpa de ellos veía las mismas caras a la misma hora

día tras día, antes, durante y después del viaje en tren, de modo que su mundo inmediato era bastante limitado, y sólo una conciencia permanente de lo que ocurría en todo el planeta le recordaba que vivía en un lugar más amplio que un angosto universo con su casa en un extremo, su oficina en el otro, y una vía férrea en el medio.

Es difícil precisar cuándo empezó el derrumbe de MacLyle, o siquiera por qué, aunque es obvio que tuvo algo que ver con las noticias a las que se exponía. Empezó a reaccionar, muy levemente al principio; es decir, se notaba que estaba escuchando. Chistaba a los demás, y si uno intentaba terminar la frase él corría a apoyar la cabeza en el parlante del receptor. Su esposa e hijos aprendieron a callar cuando venían las noticias, cinco minutos antes de la hora hasta cinco minutos después (mientras MacLyle cambiaba de estación), y al dar la media hora, y de 7:30 a 8 por la televisión, y durante los cuarenta minutos que tardaba en leer el diario local. No resultaba tan obvio cuando leía el diario, porque se limitaba a fijar los ojos en una página como un catatónico, apretando las esquinas hasta que las hojas temblaban, tensando la mandíbula y soltando un silbido estrangulado por las fosas nasales.

Desde luego todo esto era una carga para su esposa Esther, que hizo lo posible por razonar con él. Al principio él le respondía, alegando que un hombre, en fin, tiene que mantenerse en contacto; pero muy pronto dejó de contestar, dándole ese tratamiento que es la especialidad de las zonas suburbanas, el tratamiento de cuando alguien menciona una cortadora de césped a primera hora de un domingo por la mañana. Uno no

dice que sí ni que no, ni siquiera gruñe, y no mueve la cabeza y ni siquiera las cejas. Al cabo de un rato el interlocutor se va. Pronto uno oye estas molestias impertinentes tan poco como aparenta.

Debe aclararse que MacLyle era, al margen de su peculiaridad, un personaje amigable y cordial. Le gustaba la gente y la invitaba y la visitaba, y era uno de esos adultos que pueden escuchar las aventuras interminables de un niño de primer grado e interesarse de veras. Nunca olvidaba cosas como la pinchadura de la llanta de repuesto o el anti-congelante o los aniversarios, y siempre cerraba los postigos a tiempo, pero nunca alardeaba de su eficacia. Lo primero en su vida que no tomó como un hecho consabido fue esa manía por las noticias, que empezó siendo tan pequeña y creció tan rápidamente.

De modo que a las pocas semanas su esposa tomó el toro por las astas y pasó la tarde desarmando todos los receptores de la casa. Había tres radios y dos televisores, y ella no entendía un rábano, pero era lista e empleó toda su voluntad y un abrelatas de bolsillo. De cada receptor extrajo una lámpara, y una por vez, para no confundirse, las llevó a la cocina y golpeó cuidadosamente las bases contra el borde de la piletta, tratando de no quebrar el vidrio ni torcer nada, hasta que vio las entrañas de cada lámpara rodando sueltas en el interior. Luego las instaló de nuevo y puso los paneles traseros de los receptores.

MacLyle volvió a casa y guardó el auto y besó a su mujer y encendió la radio del living y fue a colgar el sombrero. Cuando regresó la radio ya tenía que estar caliente pero no lo estaba. Movió un rato las perillas, golpeó el aparato y lo

hamacó de aquí para allá, gruñendo, y luego vio la hora. Empezó a ponerse un poco frenético, corrió a la cocina y encendió la pequeña radio color marfil de la repisa. La radio se calentó rápida y alegremente y soltó un zumbido de 60 ciclos, pero eso fue todo. MacLyle perdió la paciencia e informó a gritos que los aparatos no funcionaban, ninguno de ellos, como si eso ya no fuera bastante evidente para entonces, y subió volando al cuarto de sus hijos, despertándolos explosivamente. Encendió la radio de ellos y recibió otra nota de 60 ciclos, esta vez con un crujido ensordecedor cuando golpeaba la caja, cosa que hizo cuatro veces, hasta que el aparato quedó absolutamente mudo.

Esther había planeado las cosas hasta aquí, pero no más allá, pues su mente funcionaba así. Suponía que podría manejarlo, pero suponía mal. MacLyle bajó con una expresión fúnebre, y estuvo callado y demudado hasta las 7:30, hora de las noticias por televisión. El televisor del living no reaccionó, así que subió nuevamente al cuarto de los niños, despertándolos justo cuando se estaban volviendo a dormir, y esta vez el más pequeño rompió a llorar. A MacLyle no le importó. Cuando descubrió que el televisor no tenía imagen casi rompió a llorar también, pero entonces oyó el sonido. Un televisor tiene muchas lámparas adentro y Esther no sabía diferenciar audio de video. MacLyle se sentó frente a la pantalla oscura y escuchó las noticias. *Todo parece estar bajo control en la convulsinada zona fronteriza de la India*, dijo el televisor. Ruidos de multitud y el fondo de la "Marcha turca" de Beethoven. *Y luego...* Música. Más ruidos de multitud: una algarabía y un ala

rido. Locutor: *Ésta era la escena seis horas más tarde*. Un silencio total que se prolongó tanto que MacLyle estiró el brazo y golpeó el televisor con la palma de la mano. Luego, creciendo lentamente, "In a Monastery Garden" de Ketelbey. *Pasando a un clima más alegre, aquí están las seis finalistas del concurso Miss Continuum*. Fondo musical, "Blue Room", interminablemente, interrumpida una sola vez, cuando el locutor dijo a través de una risita infantil: *¡...y ella lo decía en serio!* MacLyle se golpeó las sienes. El hijo más pequeño seguía llorando. Esther estaba al pie de la escalera retorciéndose las manos. Así pasaron treinta minutos. Cuando MacLyle bajó, dijo simplemente que quería el diario, refiriéndose al diario local. Así que Esther enfrentó lo desconocido y le dijo con franqueza que no lo había encargado ni volvería a hacerlo, lo cual desde luego desembocó en una vehemente y plena confesión de sus actividades de la tarde.

Sólo una mujer que ha estado casada más de catorce años puede conocer a un hombre tan bien como para manejarlo tan mal. Ella sabía que se equivocaba pero saberlo no le servía de nada porque era una persona lógica. No era lógico conservar la paciencia, de modo que la paciencia se le había agotado. Si algo te ultrajare apártalo de ti, aun cuando fuere tu ojo y tu mano derecha. Ella comprendió demasiado tarde que las noticias eran una parte tan inextricable de su esposo que al apartarlas de sí también lo apartaba a él. Y allí fue MacLyle, mientras ella escuchaba consternada el crujido de la puerta del garaje, la voz aguda de la portezuela del auto, clara como la indicación *Sale de escena en*

una obra de teatro; el relincho del arranque, el quejido del motor. Ella dijo que se alegraba y entró en la cocina y bajó la inútil radio color marfil de la repisa y se fue a acostar llorando.

Sin embargo, como en la vida real hay pocos cortes limpios, lo vio una vez más. A las tres menos siete minutos de la mañana oyó una música tenue que salía de alguna parte; inexplicablemente se asustó, y recorrió la casa de puntillas para buscarla. No venía de la casa, de modo que se puso el abrigo de MacLyle y bajó por la escalinata del garaje. Y allí, en el extremo de la calzada, donde las vigas de acero no podían interferir la recepción de radio, estaba el auto, en el mismo sitio donde había estado todo el tiempo, y MacLyle dormitaba sobre el volante. La música venía de la radio del auto. Ella se ciñó el abrigo, se acercó, abrió la portezuela y llamó a MacLyle. En ese preciso instante la radio dijo *...y ahora las noticias*, y MacLyle se irguió en el asiento y chistó furiosamente. Ella retrocedió y se quedó quieta un momento, en una extraña transición de la rendición incondicional a la derrota total. Luego él cerró la puerta y se inclinó hacia adelante, la mano en el control del volumen, y ella volvió a la casa.

Cuando el pantallazo de noticias terminó y él se hubo recuperado de las puñaladas de un delincuente juvenil, los sufrimientos rechinantes de un tren descarrillado, los torres del aterrizaje forzoso de un C-119, y la fascinación de un funcionario del gabinete, socio fundador del Club No Confiamos En Nadie, diciendo literalmente que hay algo de bueno en los peores de nosotros y algo de malo en los mejores de nosotros, todo lo cual él sentía profundamente,

arrancó el auto (haciéndolo rodar cuesta abajo por la calzada porque la batería estaba casi agotada) y condujo con suma lentitud hacia la ciudad.

En un garaje con servicio nocturno hizo lavar y engrasar el auto mientras él esperaba. Después abrieron el bar automático y pasó tres horas bebiendo café, apretándose las mandíbulas hasta que le dolieron las muelas, y haciendo de vez en cuando ruidos guturales casi inaudibles. A las 9:00 recobró la compostura. Pasó el día entero con su perplejo abogado, enumerando todos sus bienes, vendiendo, convirtiendo, ratificando. Al terminar disponía de una módica suma en efectivo y su esposa tendría ingresos adecuados hasta que sus hijos fueran a la universidad, momento en que la casa sería vendida, los inquilinos de la otra casa desalojados, y Esther estaría en libertad de mudarse a la propiedad más pequeña con el precio de la más grande sumado al capital básico. El abogado habría temido por MacLyle si no lo hubiera visto tan jovial y locuaz, comportándose como un hombre feliz, una forma de locura rara pero aceptable. Les costó trabajo pero terminaron en un día, después de lo cual MacLyle estrechó la mano del abogado, le agradeció profusamente y se registró en un hotel.

Cuando despertó a la mañana siguiente se levantó de un brinco, sintiéndose años más joven, abrió la puerta, tomó el diario de la mañana y miró los titulares.

No podía leerlos.

Gruñó sorprendido, cerró la puerta con suavidad y se sentó en la cama con el diario en las rodillas. No cesaba de acariciarlo, alisándolo una y otra vez

hasta que las palmas se le oscurecieron y las letras se borronearon. Los símbolos gritones marchaban por la página como un desfile de extraños con el uniforme de una logia clandestina cuyo origen y destino desconocía, y cuyos propósitos ni siquiera sospechaba. Siguió las letras con el meñique, midió la longitud de una palabra con el índice y el pulgar y los alzó para sostenerlos ante sus ojos intrigados. De pronto se levantó y fue hasta el escritorio, donde los letreros, anuncios e impresos estaban atrapados como una colección de mariposas bajo el vidrio; el menú del desayuno, indicaciones sobre el servicio de camareros y sobre el libro de firmas. Los recordaba todos y tenía idea de qué significaban, pero no podía leerlos. En el cajón había papeles con membrete, con una foto del edificio sin otros edificios alrededor, lo cual no era cierto, y una inscripción que bien podía haber estado en caracteres cirílicos. Formularios para telegramas, un horario de autobuses, un secante, todos exhibían lo que para él eran jeroglíficos y runas. Una guía telefónica llena de nombres extraños en símbolos extraños.

Se pidió a sí mismo recitar el alfabeto. "A", dijo claramente, y "¿Eh?" porque no le sonaba bien y no podía imaginar qué le sonaría bien. Sonrió fantáticamente y meneó la cabeza ligera y rápidamente, pero con sonrisa o sin ella tenía miedo. Estaba contento, o aliviado, casi feliz, pero aun así tenía un poco de miedo.

Llamó a la conserjería y pidió que le prepararan la cena, y se vistió y bajó. Dio al portero su tarjeta de estacionamiento y esperó a que le trajeran el auto. Subió, encendió la radio y arrancó rumbo al oeste.

Manejó durante varios días en un estado de miedo perpetuo, un miedo frío y (pese a todo) feliz, de montaña rusa, un miedo de película de terror, recordando el significado de las señales de detención sin poder leer la palabra PARE, amonorando la velocidad cuando un letrero anunciaba un cruce ferroviario. Los restaurantes tienen aspecto de restaurantes, las estaciones de servicio de estaciones de servicio; si el retrato de Washington denota un dólar y el de Lincoln cinco, no es preciso leerlos. MacLyle se las arregló. Manejó hasta internarse en uno de esos estados cuadrados que tienen todas las montañas y viajó hasta que reconoció la zona donde, años antes de casarse, había pasado una temporada de caza. Eludiendo el refugio que había usado, tomó carreteras laterales hasta que al fin llegó a esa cabaña desierta donde había pasado una noche. Aún estaba en pie, un poco podrida pero sólo en los bordes. Entró y salió varias veces, memorizando detalles porque no podía hacer una lista, y luego volvió al auto y viajó hasta el pueblo más cercano, no muy cercano ni tan pueblo. En la tienda de ramos generales compró tejas, harina, clavos y pintura —toda clase de pintura, en latas pequeñas, así como tambores grandes de pintura para interiores— y alimentos enlatados y herramientas. Pidió un molino desarmable y un generador, cuarenta kilos de arcilla para modelar, dos sartenes y un cuenco, y una hamaca del ejército. Pagó en efectivo y prometió regresar en dos semanas por las cosas que no estaban en la tienda, y telegrafió (pues podía dictar el telegrama por teléfono) a su abogado para que le enviara los 80 dólares mensuales que habían conveni-

do y que era lo único que necesitaba de sus bienes. Antes de irse se detuvo maravillado ante un monstruoso instrumento musical llamado oficleido, que se erguía, polvoriento y majestuoso, en un rincón. (Aunque sería más fácil para el lector que fuera un cuerno francés o una tuba —que cumpliría satisfactoriamente la misma función narrativa—, aquí terminaremos con las mentiras. Se ha ocultado el verdadero nombre de MacLyle, se ha escondido su pueblo natal, y se ha escamoteado su profesión, y que me cuelguen si eso no era un obsoleto oficleido de bronce, con doce teclas, de 1824, y de cincuenta pulgadas.) El tendero explicó que su tatarabuelo lo había traído de la madre patria y nadie lo había tocado en dos generaciones excepto un trompetista ambulante que se había puesto verde pálido con las tres primeras notas y lo había soldado como si pudiera estallarle en la cara. MacLyle preguntó cómo sonaba y el hombre dijo terrible. Dos semanas más tarde MacLyle volvió para recoger el resto de sus cosas, cabeceando y sonriendo y sin decir una palabra. Aún no podía leer, y ahora no podía hablar. Más aún, había perdido la capacidad de comprender el lenguaje. Pagó por sus compras con un billete de cien dólares, y el tendero, pensando que se había vuelto sordo y mudo, lo estafó olímpicamente pero al mismo tiempo sintió tanta pena que le dio el oficleido. MacLyle cargó su auto de buen humor y se fue. Y esa es la primera parte de la historia de cómo MacLyle se sintió mal.

Esther, la esposa de MacLyle, se encontró en una situación especial. Amigos y vecinos le hacían al pasar pregun-

tas cuyas respuestas ignoraba, y la única persona que tenía alguna información —el abogado de MacLyle— estaba comprometido a no decirle nada. No la habían abandonado, en el sentido pleno y legal, pues ella y sus hijos recibían medios de manutención. Echaba de menos a MacLyle, pero de un modo específico; echaba de menos al viejo y previsible MacLyle, y en realidad él la había abandonado mucho antes de esa noche desconcertante en que se había marchado. Ella quería de vuelta al viejo MacLyle, no a ese ch flado desconocido con esa sórdida y espástica preocupación por las noticias. De las muchas facetas desagradables de ese desconocido, sobresalía una: esa capacidad para largarse así y permanecer alejado tanto tiempo. Por lo tanto, él era esa persona indeseable en tanto no regresara, y si lo buscaba sólo conseguiría, si MacLyle regresaba contra su voluntad, tener de vuelta a una persona que no era la que ella echaba de menos.

Aun así estaba insatisfecha consigo misma, pues ella era la parte perjudicada y tenía heridas menos dolorosas que los remordimientos de conciencia. Siempre se había enorgullecido de ser una buena esposa, y en el pasado había hecho muchas cosas contrarias a su razón y sus deseos sólo porque eran consideradas propias de una buena esposa. De modo que con el tiempo se fue desplazando de la zona del "¿Qué haré?" a la gama del "¿Qué debe hacer una buena esposa?", y al cabo de muchas reflexiones fue a ver a un psiquiatra.

Era un psiquiatra muy sagaz, es decir que pescaba lo obvio más pronto que la mayoría de la gente. Por ejemplo, en sólo cuatro minutos de conversación

advirtió que Esther no había acudido a él por su propia cuenta, y decidió escuchar toda la historia antes de decidirse a tratarla. Cuando ella hubo terminado y él le hubo sonacado ciertos detalles corroborativos para completar el cuadro, se sumió en un largo silencio y reflexionó. Comparó el amplio patrón del caso MacLyle con sus lecturas y su experiencia, midió las dificultades, el interés clínico del caso, el valor probable del broche de diamante que usaba la mujer. Juntó las yemas de los dedos, bajó la jover y apuesta cabeza, observó a Esther entornando los ojos, y recogió el guante. Ante la perspectiva de recobrar a su esposo sano y salvo, ella le agradeció en silencio y salió del consultorio con emociones ambiguas. El muy sagaz psiquiatra inhaló profundamente e hizo arreglos con otro médico para que se encargara del resto de sus pacientes —dos— mientras él se ausentaba, pues suponía que se ausentaría por bastante tiempo.

Le fue asombrosamente fácil encontrar a MacLyle. Ni siquiera se acercó al abogado. El sólido fundamento de todos los rastreadores y oficinas de personas desaparecidas, en su *modus operandi*, es el principio de psicología aplicada que dictamina que un hombre tal vez cambie de nombre y dirección, pero que rara vez quere —rara vez puede— cambiar sus actividades, especialmente las actividades que le divierten. El adicto al esquí no huye a Florida, aunque podría viajar a Banff y no al acostumbrado Mont Tremblant. Es improbable que un filatelista colecciona mariposas. Por lo tanto, cuando el psiquiatra encontró entre los papeles de MacLyle fotos y folletos, que databan de sus días de estu-

dante, de las imponentes Rocosas, de esos comiendo junto al camino, y especialmente de recuerdos traídos temporada tras temporada de una región a la que nunca había llevado a su esposa y que no había visitado desde su casamiento, creyó oportuno hacer un tanteo, que cobró la forma de una solicitud de información a la policía de ese estado sobre un hombre con tales características manejando tal automóvil con placa de otro estado, más un requerimiento de que el hombre no fuera detenido ni advertido y sólo se le notificara a él, el muy sagaz psiquiatra. También arrojó otras líneas, pero fue ésta la que enganchó al pez. En cuestión de semanas un patrullero atinó a pasar por la tienda favorita de MacLyle: después de eso fue cuestión de minutos antes que la información cayera en manos del psiquiatra, que no le dijo nada a Esther excepto adiós por un tiempo, y esta cuenta debe pagarse ahora, y luego se largó, llevándose un maletín de trucos.

Alquiló un auto en el aeropuerto más cercano al escondrijo de MacLyle y realizó un largo y sediento viaje cuesta arriba hasta llegar a la tienda de ramos generales. Allí entrevistó al propietario, y se enteró de unos mil ochocientos detalles relacionados con lo mal que andaba el negocio, las dificultades que había, cuánta lluvia no había caído y cuánta se necesitaba, la tragedia de ser culpado por los precios altos cuando cualquiera con el seso de un ganso debía saber cuánto costaba el flete de la mercadería, especialmente en las pequeñas cantidades que se debía pedir cuando el negocio andaba tan mal y todo eso; y de paso se enteró de ocho o diez detalles relacionados con MacLyle: la ubicación

exacta de la cabaña, el hecho de que parecía haberse vuelto sordomudo y no podía leer, y que debía de estar loco porque sólo un loco quería ochenta y cuatro latas de pintura o, llegado el caso, vivir allí cuando no lo necesitaba.

El psiquiatra se liberó al cabo de un rato y se marchó, y la región se volvía cada vez más alta y polvorienta y desolada, hasta que empezó a rezar que no le pasara nada al auto y, desde luego, diez minutos más tarde pensó que algo le había pasado. Cuando un auto hacía un ruido como el que él empezaba a oír tenía el motor sobrealimentado, y frenó en el borde del camino para preocuparse. Apagó el motor y el ruido continuó, y entonces advirtió que el ruido no venía del auto ni de un lugar cercano, sino del alto de la colina. Aún le quedaba un tramo de dos kilómetros, y los recorrió con un asombro creciente, porque ese sonido se volvía cada vez más intenso y más insoportable. Era como música, pero no como la música que suele oírse en este planeta o en cualquier otro. Era una voz solista, broncinea y vigorosa. Las notas superiores, de las que parecía haber unas dos octavas, eran salvajes y discordantes, las intermedias eran toscas, pero los tonos bajos parecían el lenguaje de las montañas mismas, altas hasta el cielo, calientes, y más naturales de lo que cualquier cosa debería ser, elementales como el colmillo de un oso. Pero todas las notas eran perfectas—los intervalos eran perfectos—y ese ruido espantoso sonaba como un órgano electrónico. El psiquiatra tenía buen oído, aunque por un rato se preguntó por cuánto tiempo tendría oídos siquiera. Entretanto hacia estas observaciones sobre el sonido, notó que era

una versión de uno de los más primitivos estudios de Czerny, Libro Uno, ese pequeño engendro zumbón que dice *do mi fa sol la sol fa mi, re fa sol la si la sol fa, mi sol la* etcétera, subiendo por la escala a la rastra y bajando a gatas.

Vio el cielo azul casi bajo las llantas delanteras e hizo girar bruscamente el volante, y se encontró en el patio herboso de una improvisada cabaña de explorador, pero eso no lo notó enseguida, porque sentado frente a ella estaba lo que el psiquiatra se describió a sí mismo, arrancado de su distanciamiento profesional, como el chillado más llamativo que había visto jamás.

Estaba sentado bajo un abeto reseco y torcido por el viento. Estaba descalzo hasta las axilas. Usaba la parte superior de una camiseta y un sombrero con la forma de esas tiendas cónicas de los boy scouts cuando uno de los boy scouts se olvidó el mástil en casa. Y estaba tocando, o intentando tocar, el oficleido, y en los hombros tenía una pequeña capa de agujas de abeto, que le caían en cascada cada vez que ejecutaba el sí menor o una nota inferior. Sólo un ratón atrapado en una tuba durante un ensayo de orquesta puede saber con exactitud qué significa estar tan cerca de un oficleido en funcionamiento.

Era MacLyle, por cierto, luciendo bien alimentado y metido en carnes. Cuando vio el auto del psiquiatra siguió tocando, pero, cuando sus ojos se cruzaron con los del psiquiatra, le hizo un guiño, sonrió con la pequeña comisura de los labios que se veía detrás de la enorme boquilla, y agitó tres dedos de la mano derecha, lo más parecido a un saludo que pudo improvisar sin interrumpirse. Y no se detuvo hasta que hubo al-

canzado la octava en que estaba trabajando y hubo pasado al otro lado. Luego dejó cuidadosamente el oficleido, lo apoyó contra el abeto y se puso de pie. El psiquiatra había advertido, mientras las últimas e imponentes notas rodaban montaña abajo, su extremo aislamiento con este paciente imprevisible, y la no disimulada salud y fortaleza del sujeto, y la presencia del precipicio al que casi había saltado con su auto un momento antes. Por lo tanto había cerrado la ventanilla, trabado la portezuela y agradecido esas comodidades. Pero el cálido buen humor y la genuina cordialidad de la cara tostada de MacLyle ahuyentaron el temor, y aun la prudencia, y antes de darse cuenta el psiquiatra había abierto la portezuela para bajar del auto. Alegre, pensaba, es una palabra en desuso pero eso es él, por Dios, un hombre alegre. Lo llamó por el nombre pero MacLyle no lo oyó o no le prestó atención; sólo extendió una manaza cálida y el psiquiatra la estrechó. Notó callos duros y chatos en la mano de MacLyle, y la fuerza controlada que usa un elefante para alzar con la trompa a un niño con traje de lentejuelas; sonrió ante la imagen, porque a fin de cuentas MacLyle no era tan corpulento, sólo causaba esa sensación. Y una vez que sonrió, se dejó la sonrisa plantada en la cara.

Le dijo a MacLyle que era un escritor fascinado por esa magnífica región, que viajaba adonde lo conducían las curvas del camino, y aquí estaba; pero antes de terminar advirtió algo en los ojos de MacLyle, que estaban indescriptiblemente fijos en él pero poco atentos a lo que él decía; era tal como si él se hubiera puesto a tararear una melodía. MacLyle parecía dispuesto a escuchar el so-

nido hasta que terminara, y aun a disfrutarlo, pero no pasaría de allí. Aun así el psiquiatra terminó y MacLyle esperó un momento como para ver si continuaba, y como no continuó mostró de nuevo su sonrisa luminosa y señaló la cabaña con la cabeza. Luego echó a andar hacia allá, mientras su visitante lo seguía elogiando cortésmente el lugar. Cuando entraron, le ladró de pronto a esa espalda muda: "¿No me oye?" MacLyle, sin volverse, lo invitó a entrar con un gesto.

Adentro había tal mezcla y profusión de colores que el psiquiatra se detuvo en seco, parpadeando. Una pared había sido derribada y reemplazada con paneles de vidrio; daba sobre el precipicio y dejaba al pequeño edificio flotando en el aire brumoso. Todas las paredes estaban cubiertas con mantas blancas de felpilla, y el suelo era blanco, y parecía haber mucha más luz adentro que afuera. Frente a la amplia ventana había un caballote enorme fabricado con postes descortezados, labrados y unidos con alambre de embalaje, y encima había un cuadro grande, en general no figurativo, en los colores más puros y neutros. Una parte era indudablemente este cuarto, o al menos su aire de colorida confusión aquí y toda la infinitud allá. El oficleido estaba en el cuadro, laboriosamente reproducido, como una pieza de una gigantesca máquina infernal, y en primer plano había flores; pero la figura central rechazaba al psiquiatra. Más aún, rechazaba todo lo que estaba alrededor. No se parecía a nada familiar, y eso le produjo una turbada satisfacción.

Apiladas en el suelo a cada lado del caballote había otras pinturas; algunas eran manchas, otras estaban llenas de líneas rectas y planos superpuestos,

pero todas tenían esos colores dolorosamente puros. Comprendió qué hacía MacLyle con las latas de color que tanto intrigaban al tendero.

Aquí y allá había esculturas de arcilla, la mayoría montadas sobre pedestales hechos con partes de troncos de árbol lo suficientemente grandes como para sostenerse firmemente sobre los extremos aserrados. Algunos pedestales estaban descortezados, otros pintados; en unos la textura de la corteza, los nudos o hendiduras de la madera, se introducían en el modelo, y en otros la corteza había sido tapada con arcilla hasta el suelo. Una parte de la arcilla estaba pintada, una parte no, otra tenía que haberlo estado. Había formas libres y serres grotescos, una mujer marsupial y una guitarra con piernas, y algunos, aunque no demasiados, de los símbolos que preocupan aun a los psiquiatras muy sagaces. En ninguna parte había un mueble aislado. Había estantes en todos los niveles y de longitud variable, con recipientes, telas, alimentos enlatados, herramientas y utensilios de cocina. Había una especie de mesa que era ante todo un banco de trabajo, con un tornillo de carpintero en una punta, y en la otra una rueda de alfarero a pedal a medio terminar, tosca pero muy ingeniosa.

Quiso saber dónde dormía MacLyle, así que le preguntó, y de nuevo MacLyle reaccionó como si las palabras no fueran palabras sino una secuencia de sonidos agradables, ladeando la cabeza y esperando para ver si había más. De modo que el psiquiatra recurrió a las señas, haciendo una almohada con las manos, apoyando la cabeza en ella, cerrando los ojos. Cuando los abrió MacLyle cabeceaba ávidamente, y luego se dirigió a

la pared revestida de blanco. De atrás de la felpilla tomó una hamaca, que tenía un extremo atado a la pared. Llevó el otro extremo hasta la ventana grande y lo colgó de un gancho atornillado a un perno grueso entre los paneles. Tenderse en esa hamaca sería mecerse entre el paraíso y la tierra como la tumba de Mahoma, con todo ese ciclo y ese paisaje que prácticamente rodeaba al durmiente. La admiración por esta idea desapareció en cuanto MacLyle empezó a hacerle señas para que subiera a la hamaca. Retrocedió cautelosamente, protestando, tratando de comunicarle a MacLyle que él sólo preguntaba, sólo quería saber; no, no, no estaba cansado, demonios; pero MacLyle se volvió tan insistente que levantó al psiquiatra como a un niño que se niega a ir a la cama y lo llevó a la hamaca. Todo impulso para patear y forcejear fue aplacado por la naturaleza de esta y todas las demás hamacas, intolerantes con los bultos movedizos, y por la proximidad de la gran ventana, que como ahora veía estaba inclinada hacia afuera, permitiendo mirar desde la hamaca hacia una altura de no menos de ciento cincuenta metros. De acuerdo, concluyó, si tú lo dices. Tengo sueño.

De modo que pasó un par de horas tendido en la hamaca y observando los movimientos de MacLyle, y sumido en pensamientos más o menos profesionales.

No quiere o no puede hablar (diagnóstico): afasia, motriz. No quiere o no puede comprender el lenguaje: afasia, sensorial. No quiere o no puede leer y escribir: alexia. ¿Y qué más?

Miró todas esas obras de arte —si era arte, y cuando lo era, lo era por acciden-

te— y los artefactos: el ruidoso molino de afuera, el mecanismo que cerraba la puerta. Siguió con los ojos una cuerda que colgaba anónimamente del inclinado poste central al que estaba sujeta la hamaca, y la polea y los ganchos de donde colgaba, y su prolongación visible contra el cieloraso hasta la otra pared, y al fin comprendió que tirando de ella se abrían dos aberturas largas y angostas para ventilación. Una pequeña puerta detrás de la felpilla conducía a lo que él correctamente tomó por un retrete primitivo, construido para dar sobre el precipicio, la más perfecta solución sin cañerías que él había visto para una instalación de esa clase.

Observó cómo remoloneaba MacLyle. Era la única palabra para ello, y sus actos eran el mejor ejemplo de remoloneo que había visto. MacLyle alzaba, movía y bajaba cosas, retrocedía para juzgar, volvía para apoyar una mano aprobatoria en la cosa que había movido. El efecto no era tangible, pero no podía decirse que no existiera, por la intensa satisfacción que irradiaba el hombre. Pasaba minutos de pie, la cabeza ladeada, sonriendo ligeramente, observando la rueda de alfarero inconclusa, y de pronto se lanzaba a una actividad frenética: aserrando, alisando, taladrando. Añadía la pieza terminada a las manivelas y varillas de conexión ya concluidas, las palmeaba como a niños obedientes, y se alejaba, dejando el resto del trabajo para otra oportunidad. Eliminó con una escofina la nariz de una de las estatuillas de arcilla seca, y le puso meticulosamente una nueva. Siempre estaba esa absorción en sus propios productos y procesos, y el aire de absoluta gratificación en todo. Y había tiempo, parecía

haber tiempo para todo, y lo habría siempre.

He aquí un hombre en retirada, pensó el muy sagaz psiquiatra, pero en una retirada jamás descrita por mi ciencia. Pues observa: ha reaccionado ante lo primitivo en términos de atender a sus necesidades con sus propias manos y con su propio ingenio, pero las necesidades mismas no son nada primitivas. Trabaja constantemente para obtener las comodidades a las que su historia lo condicionó en el pasado: luz eléctrica, ventilación, eliminación de excrementos. Demuestra una profunda humildad en el bajo sueldo que se paga a sí mismo por su labor: aparentemente está construyendo una rueda de alfarero para fabricar sus propios artefactos de cocina, y, como la madera es barata y la arcilla gratis, su cacharro sólo puede costarle menos que el aluminio fabricado en serie, por poco que valoremos sus propios esfuerzos.

Sus habilidades son inferiores a su energía (caviló el psiquiatra). Sus trabajos de carpintería, como sus pinturas y esculturas, revelan una inteligencia considerable, pero una práctica limitada; puede construir pero no embellecer, dibujar pero no bosquejar, y alcanzar lo artísticamente placentero sólo sin borrar la pincelada fortuita, el corte accidental, de modo que la verdadera creación es en sus trabajos, como en cualquier esfuerzo azaroso, rara e imprevisible. Por lo tanto su recompensa está en el área de la satisfacción, concluyó el psiquiatra, felicitándose por haber dado con un concepto general.

¿Satisfacción en qué? No en la posesión misma, pues ese hombre podría haber comprado más cosas por menos di-

nero. No en la excelencia misma, pues obviamente se conformaba con cosas imperfectas. ¿Liberación de la rutina, tal vez, de las imposiciones del trabajo? Difícil, pues en toda la complejidad de esa casa abarrotada había orden y sistema; la presencia de un reloj despertador era significativa en ese sentido. No estaba dominado por la regularidad: la utilizaba. ¿Y su satisfacción? ¿Pues debía residir en ese círculo cerrado de aislamiento, y en el hecho mismo de la no comunicación!

Retirada... retirada. Si te retiras a la vida salvaje no adaptas la ventilación ni preparas un desagüe gravitatorio de ciento cincuenta metros para el baño. Si te retiras a la infancia no diseñas ni construyes una rueda de alfarero. Si te retiras de la gente no saludas a un extraño como...

Un momento.

Quizá un extraño que tuviera algo que comunicar, o un modo de comunicarse, no fuera tan bienvenido. Qué idea inquietante. Correr el riesgo de hacer algo que a MacLyle no le gustaba quizá fuera un poco menos egoísta de lo que parecía.

MacLyle se puso a cocinar.

Observándolo, el psiquiatra reflexivo repentinamente que este individuo apartado y mudo era feliz, según sus propias pautas; más aún, había cumplido con todas sus obligaciones y responsabilidades y no molestaba a nadie.

Era intolerable.

Era intolerable porque violaba la directiva principal de la psiquiatría, al menos de la escuela psiquiátrica a la que él pertenecía, y no pensaba complicarse la vida con teorías diferentes y menos comprobadas. *La función de la psiquia-*

tría es adaptar al anormal a la sociedad, y restaurar o incrementar su utilidad en ella. Rendirse, racionalizar la conducta de este hombre como equilibrio, sería huir de la ciencia misma; pues este tipo de psiquiatría encuentra sus enfoques más exitosos en el método científico, y es superfluo debatir si es una ciencia o no. Para su practicante lo es, y punto; tiene que serlo. Operativamente hablando, si se descubre que algo es verdad, aun estadísticamente, debe ser Verdad, y todas las otras cosas, aun lo posible, deben volar de la caja de herramientas. Ninguna Verdad conocida permitió a una entidad social apartarse de ese modo, y el muy sagaz psiquiatra, por lo pronto, no estaba dispuesto a dar su bendición a ese... suicidio.

Por lo tanto, debía encontrar un modo de comunicarse con MacLyle, y cuando lo hubiera encontrado debía comunicarle su error. Sin dejarse arrojarse al precipicio.

Notó que MacLyle lo miraba con una expresión radiante. Le devolvió la sonrisa inadvertidamente, y obedeció al llamado de MacLyle. Bajó de la hamaca y se acercó al banco de trabajo, donde había un guiso humeante servido en cuencos de arcilla. Los cuencos estaban apoyados en platos grandes y rodeados por una guarda de tomates cortados en rodajas. Los sabores. Obviamente estaban conservados en salmuera y habían sido salpicados con una pasta verde oscuro que, luego de un atento estudio de su regusto, él identificó como albahaca aplastada con ajo y sal. El efecto era sinfónico.

Imitó a MacLyle cuando él levantó su cuenco y salieron para sentarse a comer bajo el viejo abeto. Era un momento

tranquilo y agradable, y el psiquiatra contó con una buena oportunidad para evaluar al hombre y planear su campaña. Ahora estaba seguro de cómo proceder, y sólo necesitaba una oportunidad, que se presentó cuando MacLyle se levantó, se estiró, sonrió y entró en la casa. El psiquiatra lo siguió hasta la puerta y vio cómo se tendía en la hamaca y se dormía casi enseguida.

El psiquiatra fue al auto y sacó su maletín de trucos. Y así fue como al atardecer, cuando MacLyle salió desperdiciándose y bostezando después de la siesta, encontró a su visitante bajo el abeto, alzando el oficleido y tocando las teclas con aire curioso y perplejo. MacLyle se le acercó y le quitó el oficleido con una simpática sonrisa de yo-te-muestro-cómo, se acomodó el monstruoso aparato, y pasó la lengua por el interior de la boquilla, grande como una taza de café. No acababa de fruncir los labios ante el gusto extraño cuando los ojos se le pusieron blancos y se derrumbó como un paracaídas en el suelo. El psiquiatra se apoderó del oficleido justo a tiempo para evitar que la boquilla partiera los dientes frontales de MacLyle.

Apoyó el oficleido en el árbol y estiró las piernas y los brazos de MacLyle. Se concentró por un instante en el pulso, y le ladeó la cabeza para que la saliva no bajara por la garganta flácida, y luego fue a buscar su maletín de trucos. Volvió y se arrodilló, y MacLyle ni siquiera hizo una mueca cuando le inyectaron la hipodérmica: una cuidadosa mezcla de los tranquilizantes no soporíferos Frenquel, clorpromazina y reserpina, y una juiciosa dosis de escopolamina, un hipnótico.

El psiquiatra trajo agua y le limpió cuidadosamente la boca, pues no quería que el hombre se desmayara de nuevo la próxima vez que tragara. Luego no le quedó más que esperar, y planear.

Puntualmente, según el reloj de pulsera del psiquiatra, MacLyle gruñó y carraspeó. De inmediato el psiquiatra le dijo en una voz firme y baja que no se moviera. Y que no pensara. Permaneció fuera del alcance de los ojos turbios de MacLyle y le explicó que MacLyle debía confiar en él, pues estaba allí para ayudarlo, y no debía preocuparse por su confusión o desorientación. —Usted no sabe quién es ni cómo llegó aquí —informó a MacLyle. También le dijo a MacLyle, que tenía más de cuarenta años, que tenía treinta y siete, pero sabía lo que hacía.

MacLyle obedeció, reflexionó y esperó más información. Sabía que debía confiar en esa voz, cuyo dueño estaba allí para ayudarlo; que tenía treinta y siete años; y su nombre. Se dejó sazonar en esos condimentos. Las drogas lo mantuvieron consciente, dócil, sumiso y bien dispuesto. El psiquiatra observó con exultación: oh azacliclonol, canturreo para sí mismo, hermoso piperidil, bello hidrocloreto, sutil serpasil... Confiadamente, dejó a MacLyle y entró en la cabaña donde, después de rebuscar aquí y allá, encontró ropas decentes, medias y zapatos y los llevó afuera para vestir al paciente. Ayudó a MacLyle a cruzar el claro y a entrar en el auto, tarareando mientras lo hacía, pues nadie es tan feliz como un experto resolviendo problemas de su especialidad. MacLyle se hundió en el respaldo y echó una mirada inquisitiva a la cabaña y al destello de luz crepuscular en el vientre del ofi-

cleido; pero el psiquiatra le dijo firmemente que esas cosas no tenían nada que ver con él, nada en absoluto, y MacLyle sonrió aliviado y se dedicó a mirar el paisaje. Cuando pasaron por la tienda de ramos generales MacLyle se movió, pero no hizo comentarios. En cambio preguntó al psiquiatra si la estación Ardsmer ya estaba abierta, ante lo cual el psiquiatra apenas pudo ahogar el impulso de ronronear como un gato: la estación Ardsmer, dos paradas antes del pueblo suburbano de MacLyle, se había incendiado y reconstruido casi seis años atrás; de modo que ahora tenía la certeza de que MacLyle vivía en un tiempo que precedía a sus dificultades, un tiempo en el cual, desde luego, MacLyle podía hablar. El psiquiatra no mencionó nada de esto, y respondió gravemente que sí, que la estación Ardsmer estaba de nuevo en funcionamiento. ¿Tenía alguna otra cosa en mente?

MacLyle reflexionó con detención, pero como todas las preguntas inmediatas estaban respondidas —sabía con certeza que estaba seguro en manos de ese hombre, quienquiera fuese; sabía (pensaba) su edad correcta, y que era natural que estuviera desorientado; además se le había ordenado no pensar— meneó la cabeza y siguió observando el camino que corría bajo las ruedas. “Zona de la roca caída”, murmuró cuando pasaron ante un letrero. El psiquiatra manejó contento montaña abajo y por la llanura, volviendo a la ciudad donde había alquilado el auto. Lo dejó en la estación de ferrocarril (“Cruce ferroviario”, murmuró MacLyle) y reservó un compartimiento en el tren, pues el avión era demasiado expuesto y público para sus propósitos y demasiado

rápido para la gradación horaria que de pronto decidió aplicar.

Tuvieron tiempo para una cena silenciosa y cordial antes de la partida del tren, y luego al fin lo abordaron.

El psiquiatra apagó todas las luces salvo una lámpara de lectura y se inclinó hacia adelante. Los ojos de MacLyle se dilataron en seguida ante la luz más pálida, y el psiquiatra se reclinó cómodamente y le preguntó cómo se sentía. Se sentía bien y eso dijo. El psiquiatra le preguntó qué edad tenía y MacLyle le dijo treinta y siete, aunque titubeó.

Sabiendo que la escopolamina se estaba agotando pero las otras drogas, los tranquilizantes, conservarían su efecto por un rato, el psiquiatra inhaló profundamente y eliminó la sugestión: reveló a MacLyle su verdadera edad, y lo devolvió al aquí y ahora. MacLyle pareció azorado unos minutos y luego adoptó una expresión que suele describirse como no desdichada. —Camarero —fue todo lo que dijo, mirando el botón de llamada, y anunció que ahora podía leer.

El psiquiatra cabeceó sabiamente y no hizo ningún comentario, muy dispuesto a que un paciente se cocinara en su propia salsa mientras pudiera.

MacLyle de pronto quiso saber por qué había perdido la capacidad de leer y escribir. El psiquiatra enarcó las cejas, sonrió como diciendo “¿A usted qué le parece?”, se levantó y sugirió consultarlo con la ahijada. Llamó al camarero para que hiciera las camas y de pronto se le ocurrió pedirle los diarios de la tarde. Nada orienta mejor a un exiliado cultural que los diarios de la tarde. El hombre los trajo, pero MacLyle no le prestó atención. Se puso pensativamente un pijama que le prestó el psiquiatra y se acostó.

El psiquiatra no supo si MacLyle lo había despertado a propósito o porque el tren había reducido la velocidad, pero lo cierto es que despertó a las tres de la mañana para encontrar a MacLyle de pie junto a su cunita, mirándolo fijamente. También notó que la lámpara de lectura de MacLyle estaba encendida y los diarios estaban desparramados en el suelo. —Usted es una especie de médico —dijo MacLyle con voz chata.

El psiquiatra admitió que sí.

—Bien —dijo MacLyle—, quizá esto tenga algún sentido para usted. Vine a esquiara aquí hace años, cuando era estudiante. Accidente. Un amigo mío se quebró una pierna. Fractura expuesta. Lo puse tan cómodo como pude y fui en busca de ayuda. Regresé, había resbalado montaña abajo, golpeándose más. Una grieta, cayó al fondo, tardaron dos días en encontrarlo, tres en sacarlo. Congelamiento. Gangrena.

El psiquiatra puso cara de entender.

—Lo que siempre recuerdo —dijo MacLyle— es cómo se quitaba las vendas para mirarse la pierna. Sabía que la había perdido, pero no podía contenerse y se miraba la hinchazón. No le gustaba; tenía que hacerlo. Traté de impedirle, al fin tuve que ayudarlo para que no se lastimara. Cada diez, quince minutos en todo el viaje de vuelta al refugio, quince horas, mirando abajo de las vendas.

El psiquiatra trató de pensar una respuesta y no encontró ninguna.

—Ese Donne —dijo MacLyle—, ese John Donne que yo solía citar. Siempre creí en eso.

El psiquiatra empezó a citar erróneamente, no mandes preguntar por quién doblan...

—Sí, eso, pero especialmente *la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque formo parte de la humanidad*. Yo creía en eso —repitió MacLyle—. Creía más que eso. No sólo la muerte. La estupidez me disminuye porque formo parte de ella. La gente que constantemente atropella a la gente me disminuye. Que todos quieran ganar dinero fácil me disminuye. —Recogió una hoja de diario y la soltó; la hoja voló hacia el rincón del compartimiento como una polilla gigante.— Me estaba muriendo de disminución y tenía que observar lo que me pasaba, como ese muchacho con gangrena. Esa fue la causa. —El tren, que ahora se arrastraba, frenó con un sacudón. MacLyle miró hacia la ventanilla, donde varios letreros de neón y un semáforo quedaron torpemente enmarcados. MacLyle se acercó

al psiquiatra.— Tenía que desligarme de la humanidad antes que mi disminución fuera total, todo lo que hacia la humanidad era culpa mía. Lo conseguí, y ahora estoy aquí, nuevamente formando parte de ella.—MacLyle echó a andar abruptamente hacia la puerta.— Por lo cual le doy las gracias.

El psiquiatra le preguntó qué iba a hacer.

—¿Hacer? —preguntó alegremente MacLyle—. Pues bien, iré a desquitarme disminuyendo a la humanidad. —Salió al corredor y cerró la puerta aun antes que el psiquiatra atinara a sentarse. La abrió de nuevo y asomó la cabeza. Dijo en la voz más cuerda que se pueda imaginar.— No se preocupe, doctor, ésta es sólo la opinión de un hombre. —Y se fue. Mató a cuatro personas antes de que lo atraparán.

Título del original en inglés: *And Now the News...*

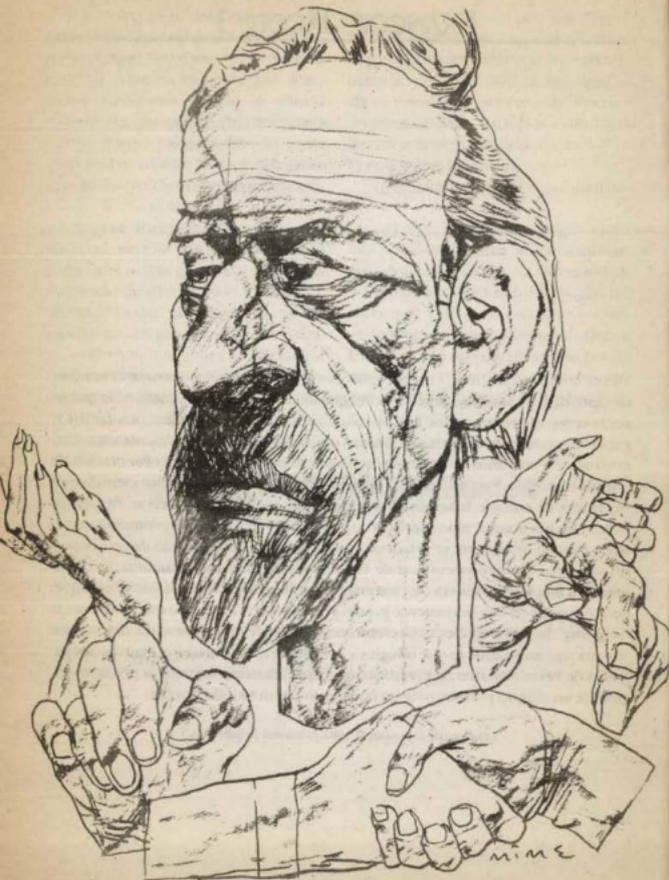
© 1956, 1959 by The Mercury Press, Inc. © 1979 by Theodore Sturgeon.

Traducción de Carlos Gardini.

FRANÇOIS JACOB / 1

Ya sea mítica o científica, la representación del mundo que construye el hombre siempre deja un amplio margen a su imaginación. Pues, contrariamente a lo que se suele creer, el proceso científico no sólo consiste en observar, en acumular datos experimentales para deducir de ellos una teoría. Se puede perfectamente estar examinando durante años un objeto sin que ello redunde jamás en una observación de interés científico. Para aportar una observación que posea algún valor científico es necesario, de entrada, tener una cierta idea de lo que hay que observar. Es preciso haber tomado una decisión acerca de lo que es posible. La ciencia evoluciona a menudo porque de repente se aclara un aspecto todavía desconocido de las cosas, y no siempre como consecuencia de la aparición de nueva instrumentación, sino gracias a una nueva manera de examinar los objetos, de darles un nuevo enfoque; enfoque que está necesariamente guiado por una cierta idea de lo que puede ser la "realidad". Siempre conlleva una cierta concepción de lo desconocido, de esa zona situada algo más allá de lo que la lógica y la experiencia autorizan a creer. Según palabras de Peter Medawar, la investigación científica siempre empieza por la invención de un mundo posible, o de un fragmento de un mundo posible.

(*El juego de lo posible*, © 1982, Ediciones Grijalbo, S.A.)



CHARLES PLATT

THEODORE STURGEON

*La imagen y las opiniones de uno
de los auténticos maestros de la ciencia ficción
y de la literatura fantástica.*

Ilustración de Carlos Nine

Las torres de cristal del centro de Los Ángeles se yerguen a un kilómetro, borrosas en la niebla, pero esta callejuela de casas estilo español es un remanso no tocado por el tiempo. Subo unos escalones, cruzo una arcada, entro en un túnel de desmelenado follaje semitropical, y salgo a un pequeño patio. Hay anticuados edificios de departamentos de tres pisos a ambos lados, con paredes color marrón arenoso semiocultas por cactus, arbustos y palmeras. Los insectos zumban y bordan en el sol caliente de la mañana.

Llego a una puerta diminuta que da al subsuelo de uno de los edificios. La puerta no tiene más de un metro veinte de altura, como si la hubieran construi-

do para niños, o gnomos. No hay nombre ni timbre. Golpeo.

La puerta se abre y una figura delgada y pálida de barba gris entorna los ojos ante la luz cruda del día. Me tiende la mano y me conduce escaleras abajo. Tengo que encorvarme para pasar por la puerta; y luego me encuentro en un espacio pequeño y atestado apenas más grande que un ascensor. "Siéntese", dice Theodore Sturgeon, mirándome fijamente con ojos azul claro, "y póngase cómodo." Sonríe secretamente mientras cierra la puerta, cortando la luz exterior.

Una cama de agua ocupa más de la mitad del espacio de este cubículo. Un ventilador ronronea. La única y diminuta

ta ventana tiene cortinas gruesas; una lámpara de escritorio con pantalla de metal arroja una luz amarilla y pálida; hay cajas de libros apiladas en un rincón. Una puerta da a un baño con ducha a la izquierda, y a una cocina ínfima a la derecha.

Apenas hay lugar para volverse; me siento como Alicia en el País de las Maravillas, un gigante en una casa que encoge. Sturgeon la describe como su "refugio", una de las tres viviendas que mantiene en la Costa Oeste. Algunos quizá la considerarían adecuada para monjes o prisioneros en confinamiento solitario, pero Sturgeon parece disfrutarla, quizá porque encarna alguna de las virtudes que él más valora. Es austera, es acogedora y es muy excéntrica.

Mientras instalo el grabador, me cuenta cuán poco tuvo que pagar para volver habitable este lugar. La cama de agua costó sólo cincuenta dólares. La mesa de trabajo fue armada con restos de madera y cajas de embalaje. La alfombra fue encontrada en la calle. La pintura de las paredes y el cielo raso costaba noventa y nueve centavos el galón, porque el color ya no se fabricaba más. Mientras aún estaba pintando, advirtió que no había comprado la cantidad suficiente, así que tuvo que diluir lo que le quedaba en blanco. Aun así no alcanzó y tuvo que diluirla de nuevo, de modo que el cielo raso pasa del beige en una parte a un color blancuzco en el otro. "¿Comprende usted cuánto hubiera tenido que pagarle a un decorador de interiores para que consiguiera ese efecto?", me pregunta, observando su trabajo con evidente orgullo.

Enciende la pipa, explicando que fuma sólo porque induce la construc-

ción de los vasos sanguíneos, lo cual, dice, le alivia la baja presión sanguínea y le permite pensar mejor. Se exhiba sobre algunas de sus teorías acerca de la salud, incluyendo remedios vegetales, especias, vegetarianismo, y vitaminas. Y luego, en otro tenor, menciona un ad-miniculo que fabricó recientemente para sostener un libro con las páginas abiertas y poder leer sin que se le cansen los brazos. El ad-miniculo consiste en un fragmento de percha con un par de ganchos. Me lo muestra. "¿Comprende de qué poco me costó?", dice, asombrado de su propio ingenio.

Advierto que pese a todo no estoy en el País de las Maravillas. Este debe ser el País del Espejo, porque el hombre sentado frente a mí, que me observa con esos ojos azul claro, extrañamente firmes, no puede ser otro que el Caballero Blanco. En cualquier momento exhibirá una caja de bizcochos que sirve como paraguas.

No quiero tomarlo en broma. Simplemente parece que Theodore Sturgeon ama la excentricidad, y se complace en sus ideas anticonformistas, que él puede justificar con una lógica impecable. Todo forma parte del rico (aunque reciclado) tapiz de una vida llena de fantasía.

Como parece eludir lo obvio y lo ortodoxo, le pregunto si se lo podría describir como extremista en sus ideas.

"¿Extremista? Tal vez, en cierto modo... en mi negativa a aceptar ciertas cosas. La mayoría de la gente tiene la costumbre de aceptar cosas totalmente descabelladas. Por ejemplo, hasta hace poco, cuando un avión volaba sobre el estado de Kansas, no podían servir bebidas. ¿Sabía usted que éste era el último

toque del universo tolemaico en las leyes? Porque se relacionaba con una tierra estática y con un sol que viajaba alrededor de ella. Lógicamente, uno podía tener propiedades desde el centro de la Tierra hasta el cenit.

"Estamos rodeados por esas cosas. La gente obedece leyes que no están respaldadas por nada racional; o costumbres, o lo que se llama moralidad. Pero la moralidad son sólo las sobras de los pensadores éticos. Hay una distinción muy importante entre la moral y la ética. La ética está orientada hacia la supervivencia de la especie. Pero la moralidad es algo estático. Cuando un pensador ético propone algo nuevo, en general lo crucifican o le cortan la cabeza o lo aplastan con una piedra o lo destie-ran. Pero al fin la idea sobrevive y se infiltra en la moralidad, que poco a poco la absorbe. Y casi toda nuestra estructura moral ha llegado a existir de ese modo.

"Nos enfrentamos constantemente a cosas que no tienen sentido. Y no afilamos nuestras herramientas ni calibramos nuestras lentes para observarlas. Yo sí lo hago. Y así me he metido en apuros muy interesantes, que no me hubieran perdido por nada del mundo."

Habla en voz baja, una voz suave, continua, con un ritmo de canción de cuna. Hace una pausa y sonrío, aún observándome intencionalmente, como tratando de averiguar si estoy de su lado, si está tratando con un espíritu afín.

Comento que él parece describir un mundo donde unos pocos iluminados perciben las cosas con mayor claridad que numerosos grupos conformistas. ¿Ve la vida en términos de "nosotros contra ellos"?

"¡No! Hago lo posible por no pensar en esos términos. No me considero especial, ni por sangre ni por... Claro que tengo un talento. Un gran talento. Pero eso es como un fulano a quien conocí una vez. Media un metro noventa y pesaba más de cien kilos. Si lo desataba, podía torcer el codo y rasgarse la espalda de la camisa. Pero no tenía nada de que alardear, él no hizo nada por ser así. El talento es igual, como el color de ojos, o cualquier otro don natural.

"Mi sensación sobre 'nosotros y ellos' es la siguiente. Cuando uno apela a la naturaleza humana, si se reúne a un ardiente comunista ruso con un derechista norteamericano, y ambos son agricultores y los juntamos, dudo que entablen un diálogo político. Se ponen a hablar de semillas.

"Nunca olvidaré lo que dijo uno de los astronautas cuando miraron desde 200 kilómetros de altura: 'No veo fronteras.' Eso me encanta. 'No veo fronteras.' La gente es la gente.

"No me gusta actuar en grupo. Pertenzco a muy pocas organizaciones. Políticamente, suelo votar por lo que me parece más o menos liberal. La última vez voté a los libertarios, y antes voté Paz-y-Libertad. En este momento, lo libertario es donde me siento más a mis anchas.

"Siento cierto desprecio por la gente que no vota y luego se queja de los perjuicios que le causa el gobierno. ¿Te das cuenta de que Ronald Reagan fue elegido por el veintidós por ciento del padrón electoral de los Estados Unidos? Y después vienen los gritos y las quejas que se oyen ahora.

"Mi lema favorito es 'Mantén la fe y no reelijas a nadie.' ¿Qué te parece? ¿Eh?"

Creo que es un principio político operativo. Congenia con mi sensación de que el universo entero está en movimiento, y nosotros también debemos estarlo. No construyas nada que puedas considerar permanente. ¿Duradero? Claro. ¿Sólido? De acuerdo. ¿Eterno? No."

Interrumpo esta cascada de axiomas y epigramas para sugerir que, aunque no sé de seguro en cuanto al término "extremista", aún podría llamárselo rebeldé.

"Sí. Es verdad. Tengo derecho a mi propio estilo de vida, y no me gusta que vengan matones a corregirme. Tengo inclinación por el nudismo, y no uso ropa a menos que sea necesario. Lo que más me molesta es que si alguien llama a la puerta, y es un extraño, tengo que ponerme pantalones antes de abrir. La esencia del asunto es que estoy obligado a obedecer las reglas de otro en mi propio terreno.

"Insisto en mi propio estilo de vida, y me gusta proteger mi propia manera de pensar. Al mismo tiempo, ataco constantemente la estasis que domina a la gente. Como cuando alguien dice 'Ah no, no quiero oír eso, no quiero saber aquello.' Bien, ese individuo está muerto. ¿Ha visto el símbolo que uso en toda mi correspondencia?" (Parece una Q con la cola terminada en punta de flecha.) "Significa *haz la próxima pregunta* [Question]. Aconsejo a la gente que lo haga, porque en cuanto deja de hacerlo se muere, y luego todos caminan como los millones de zombies que se ven por la calle, que ya no se interesan en nada."

Logro interrumpir para ver si puedo, en efecto, hacer la próxima pregunta.

Sonríe tímidamente. "Claro, adelante. Tiendo a divagar, lo sé."

Menciono otro rasgo personal que veo en su obra: una mezcla casi paradójica de visiones lúgubres con sentimentalismo lírico.

"Soy una persona muy táctil. Y soy muy afectuoso. Usted menciona la palabra 'sentimental'; eso es peyorativo en Inglaterra, sobre todo entre los críticos ingleses."

Trato de señalar que, aunque soy de origen inglés, no me propuse usar "sentimental" como un término despectivo. Pero él continúa:

"Las expresiones del sexo y el amor turban mucho a los ingleses. Se refugian en palabras como *mawkish* ["sensiblero"]. La han usado contra mí, y ni siquiera sé definirla. Creo que esencialmente significa sentimientos de amor, algo que los pone incómodos. Pero el amor no me incomoda a mí, y jamás lo hizo. James Blish escribió una vez una evaluación de mi obra donde decía que muchos escritores temen decir ciertas cosas 'por si mamá lo ve', pero aparentemente a Sturgeon le importa un cuerno. Y eso es verdad. Por eso no oculto, por ejemplo, mi relación con la revista *Hustler*." (En el momento de la entrevista tiene a cargo una columna de reseñas para *Hustler*.) "Admiro a Larry Flynt. Es honesto y trabajador y no tolera a los moralistas de dedos pegajosos ni a los moralistas recalitrantes... como los defensores del derecho a la vida, por ejemplo, que quieren que el estado intervenga para proteger cualquier mota de vida, aunque luego el estado ponga un número a esa mota de vida cuando tiene dieciocho años y la mande a hacerse volar la cabeza. Éstas son las incongruencias

que insisto en combatir, y Larry Flynt tiene ideas muy parecidas. Su revista es vulgar y grosera, pero a él no le gustan las personas que aporrean a las mujeres, o aporrean a los niños, y no aguanta la pornografía infantil. Bien, a veces apunta a eso, tal vez, y vende revistas, pero sus propias convicciones se oponen totalmente a ello."

Interesante. Pero me gustaría hablar más sobre las ficciones de Theodore Sturgeon, y la ciencia ficción en general.

Desde luego, lo hará con gusto; hablará con gusto de cualquier tema. Empiezo a tener la sensación de que tiene anécdotas disponibles para toda ocasión.

"En cuanto a la ciencia ficción", declara, "quiero proclamar mi eterno amor y devoción por ella, porque fuera de la poesía es la única forma de literatura que no tiene ningún parámetro. No hay techo, no hay empalizada, no hay horizonte, se puede ir a cualquier parte. Me niego a dejarme limitar por cualquier definición de la ciencia ficción, porque tengo mi propia definición de la ciencia, que deriva de *scientia*, la palabra latina que significa conocimiento. Para mí, la ciencia ficción es *conocimiento ficción*, y no sólo es conocimiento de las leyes físicas y químicas sino también de las ciencias no tan rigurosas, y también atañe al corazón y la mente humanos. Todo eso es conocimiento, así que para mí todo eso es legítima ciencia ficción.

"Una de las cosas más excitantes que he pensado en mi vida es que algún día habrá una nave generacional [una nave estelar que tarda varias generaciones en llegar a destino] y a bordo de esa nave,

por necesidad estadística, habrá un escritor de ciencia ficción. ¿Sobre qué escribirá? ¿Sobre qué escribirá! Creo que la ciencia ficción es el filo de la psique humana. Isaac Asimov dijo una vez que hay sólo tres relatos básicos de ciencia ficción: ¿*Qué ocurriría si...?*, ¿*Si tan sólo ocurriera que...* y ¿*Si esto sigue así...* Creo que tiene razón.

"Además es lo que yo llamo la narrativa de los 'cerdos con alas'. Sabemos perfectamente que los cerdos no tienen alas, y quizá no puedan tenerlas, pero podemos *concebirlos*, y el hecho de que podamos concebir absolutas imposibilidades, e incluso elaborar todo un relato alrededor de ellas, me parece un rasgo muy especial de nuestra especie."

Pero por pasar un momento de lo general a lo específico: ¿hay en la ciencia ficción moderna alguna tendencia que Sturgeon rechace o desaprobe?

"En este momento me entristece mucho la proliferación de las series. Para un escritor es magnífico firmar un contrato que le garantiza la venta segura de cuatro libros. Pero creo que en sí mismo es lamentable. A fin de cuentas, ¿cuál es la verdadera importancia de la ciencia ficción? Siempre está en la gente que *rompe* con las tendencias. Ray Bradbury escribió como Ray Bradbury desde el principio, cuando nadie compraba esas cosas. No quería —y creo que no podía— escribir lo que escribían otros. Escribió como Bradbury hasta que al fin el mercado se abrió para ese alud de manuscritos, y lo dejó entrar.

"Acaban de mandarme un libraco de una universidad, para que lo reseñe. Lo enviaré de vuelta, negándole a comentarlo. En un artículo tras otro, en un ensayo tras otro, todos pelean por proponer

la cajonera ideal donde meter un modo especial de pensamiento. Me resulta inaguantable. Hay demasiada gente en el mundo — y casi toda parece pertenecer a los círculos académicos — que cree que manipular cosas es comprender lo que se manipula. Y no es así. De ningún modo. Parece que hoy día nadie es capaz de leer una novela entrando en contacto con ella, diciendo: 'Cuéntame una historia.' No, tienen que etiquetarla. Quieren saber si es policial, de ciencia ficción, romántica, o lo que fuere. ¿De qué se trata? Y para averiguarlo leen las solapas del libro, en general escritas por gente que tampoco ha leído bien el libro, y revela parte de la trama. Al autor que estructura el libro con todo cuidado y se preocupa por insertar todas las sorpresas, le roban las sorpresas. ¿De qué sirve un relato sin sorpresas?

"Durante años he eludido cualquier libro que tenga la palabra 'espada' en el título. Lo que me molesta del género de espada y brujería es que básicamente carece de sorpresas. No me importa cuánta acción y sangre haya en ellas; el héroe gana siempre. Aunque le corten los brazos, al final gana siempre, y yo prefiero ese suspenso donde uno no sabe si va a sobrevivir."

En cuanto a los trabajos de Sturgeon, no hemos visto muchos en la última década, aunque continúa publicando cuentos y reseñas en todas partes, desde *Omni* hasta *Los Angeles Times*. Pregunto si los lectores y los críticos aún lo tipifican como el hombre que escribió *Más que humano*.

"Ocurre constantemente. Vendí mi primer cuento hace cuarenta y tres años; pero algunos trabajos recientes

han sido muy bien recibidos. 'Escultura lenta' ganó los premios Hugo y Nebula", me recuerda.

"Desde luego, *Más que humano* aún sigue en pie. Ahora tiene la opción para el cine Robert Gordon, un montajista que trabajó en *La laguna azul*, que quizá era una película estúpida pero era hermosa. Así que quizá nos quede una película estúpida, pero garantizo que será hermosa.

"En este momento, a Jayne [su esposa] y a mí nos han pedido que escribamos una continuación de *Alien*. Tenemos una trama maravillosa para ello. Ahora estoy elaborando una narración para el más costoso y complejo espectáculo de Laserium. Laserium es una experiencia inolvidable. ¿Lo has visto alguna vez? ¿Es casi indescriptible! Este se exhibirá en todo Estados Unidos y quizá también en Europa."

Y dice que aún está trabajando en una novela épica, *Godbody*, que comenzó hace diez años pero que le importa demasiado como para ponerle un plazo determinado. Además, ha firmado un contrato para escribir una novela de ciencia ficción, *Star Anguish*.

Desde luego, la vida no siempre fue así.

"Hice de todo para sobrevivir. Me doy mucha maña para las comidas rápidas, por ejemplo. Soy operario clase A de equipo pesado... puedo manejar cualquier cosa que tenga rieles o pescante. Tengo una buena clasificación en la marina mercante. Toco la guitarra lo bastante bien como para acompañar una orquesta de música *country*. Y estoy preparado para actuar en el circo. Cuando tenía doce años, en la escuela, era un alféñique, la víctima de todos los

matones. En un año aumenté más de veinte kilos y crecí más de cinco centímetros, me fascinó la gimnasia, y terminé con un título de la Unión de Atletas Aficionados en la barra horizontal y una beca gratuita para la organización ginecástica más avanzada de la ciudad, y quería ser piloto en Barnum & Bailey. Ni pensaba en escribir.

"Hasta que un día desperté con una fiebre brutal. Mi padrastro no me permitía estar enfermo, así que me arrastré hasta la escuela. Lo mismo el segundo día. El tercer día no podía levantarme de la cama. Tuve una fiebre reumática aguda, y el corazón se me ensanchó a dieciséis por ciento. Me dolían todas las articulaciones, y la fiebre me había freído el seso. Esto era en 1934, cuando no había drogas milagrosas, sólo aspirinas y reposo.

"Después de cuatro meses en cama pude caminar, pero allí terminé la gimnasia para mí. Sin embargo, a los seis meses aprobé un examen médico en la escuela náutica.

"Allí aprendí algo que nunca olvidaré: que los que tienen autoridad se divierten lastimando a otros a propósito. Obligándolo a uno a permanecer firme con un trozo de sal en la boca hasta que se desploma y cosas así. Aguanté todo lo que venía en cuarta categoría, pasé a tercera, y luego hui... no iba a renunciar bajo el fuego.

"Como había sido cadete, no tuve problemas en conseguir papeles de marinero, y fue entonces cuando abordé barcos mercantes.

"En 1939 estaba en la marina mercante, y ya hacía mis primeras armas como escritor. Recalamos en Nueva York y había correspondencia para mí; la carta

de aceptación de un cuento que había enviado a una corporación. No era un cuento de ciencia ficción. Estaba tan excitado que renuncié al trabajo y dejé el mar.

"Me pagaron cinco dólares por ese cuento. En los cuatro meses y medio siguientes trabajé para esa corporación, y no me compraban más de uno o dos cuentos por semana, así que ganaba cinco y a veces diez dólares semanales. Ahora bien, el alquiler del cuarto me costaba siete, y el dinero que ahorraba lo usaba para comer. ¿Te has fijado en que el *pound cake* no tiene costra? Bien, ¿qué crees que pasa con la costra? En esa época, Cushman's Bakery te vendía una bolsa llena por cinco centavos. Era uno de mis medios de supervivencia.

"Mi cuarto estaba en la calle Sesenta y Tres, donde ahora está el Lincoln Center. Mi hermano vivía en Brooklyn, y yo iba a visitarlo... todo el camino a pie, cruzando el puente de Brooklyn. Entonces el subterráneo costaba cinco centavos, así que algo aprendí sobre el ahorro en esa época.

"Pero entonces alguien me mostró el primer número de *Unknown*, y quedé enloquecido. Terminé vendiendo tantas cosas a John W. Campbell que una vez tuve cuatro de mis cuentos en sus dos revistas. Por eso usé seudónimos en esa época: uno era E. Waldo Hunter, y el otro era E. Hunter Waldo, porque Campbell lo recordaba mal de la última vez que lo había usado.

"Él fue quien más influyó en lo que yo escribía, mi mejor amigo y mi peor enemigo, pues me mantuvo en la ciencia ficción cuando esta categoría aún era un ghetto, y a mí me costaba llamar

la atención de un crítico serio.

"Más tarde sufrí bloqueos. No escribí nada entre 1940 y 1946, excepto 'Killdozer'. Entonces tenía esposa y dos hijos, y las cosas se pusieron muy, muy difíciles. Más tarde, cuando me casé con Marion, y tuvimos cuatro hijos, las cosas se pusieron muy mal, y al fin tuve un colapso nervioso en 1965. Casi no sobreviví.

"Pero todo ha mejorado mucho desde entonces. Ahora tengo la sensación de haber pagado el derecho de admisión y estar recobrando lo que se me debe. Una de las cosas más importantes que me ha sucedido, en lo que concierne a mi cabeza, es un curso en terapia de electroshock. Empecé en octubre de 1979. Es un curso muy eficaz, no es lo que la gente piensa, no es fascista. Estoy pensando en volver a tomarlo, ahora que tengo una idea más atinada de lo que se trata."

Hace una pausa, al fin. Es casi medio-

día, la hora que habíamos convenido para interrumpir la entrevista. En estos noventa minutos, Sturgeon no ha dejado de mirarme mientras hablaba con su ritmo suave y persistente. Al principio pensé que trataba de discernir si yo simpatizaba con él. Pero creo que iba más lejos. Sus epigramas y axiomas parecen frases de un manifiesto que delinea todo un sistema de creencias, un sistema que Sturgeon parece ofrecer como una invitación para quienes estén dispuestos a despojarse de los preconceptos conformistas del mundo normal y unirse a él.

Si es así, creo que no he sido un sujeto muy cooperativo. He mantenido el distanciamiento del entrevistador, sin mostrar mi acuerdo ni mi desacuerdo. Y así, cuando abandono su pequeño refugio, tengo la rara sensación de que acabo de rechazar una gentil pero persuasiva invitación para ingresar en una suerte de comunión filosófica.

Titulo del original en inglés: *Theodore Sturgeon*. Del libro *Dream Makers II*.
© 1980 by Charles Platt. Traducción de Carlos Gardini.

Los trabajos sobre el ADN recombinante reavivan viejas pesadillas. Tienen un regusto a saber prohibido. Despiertan viejos mitos, en los que esos mortales fueron duramente castigados por haber obtenido un poder reservado a los dioses. Sobremana escandalosa resulta la prueba de que puede jugarse tan fácilmente con la sustancia que constituye la base de cualquier tipo de vida sobre nuestro planeta. Es realmente imperdonable la idea de que debe considerarse como un resultado del bricolaje cósmico lo que sigue siendo el problema más desconcertante y el relato más sorprendente: la formación de un ser humano; el proceso según el cual, mediante la unión de un espermatozoide y un óvulo, se desencadena la división de la célula huevo, que se transforma en dos células, luego en cuatro, luego en una pequeña bola (blástula), luego en un pequeño saco (gástrula). Y después, en alguna parte de ese pequeño cuerpo en crecimiento, se individualizan algunas células que se multiplican hasta formar una masa de decenas de miles de millones de células nerviosas. Y gracias a esas células, conseguimos aprender a hablar, leer, escribir y contar. Con esas células logramos tocar el piano, cruzar una calle evitando algún posible accidente o ir a dar una conferencia al otro extremo del mundo. Todas esas capacidades están integradas en nuestra pequeña masa de células, toda la gramática, la sintaxis, la geometría, la música. Y no tenemos la más mínima idea de cómo se construye todo eso. En mi opinión, es la historia más sorprendente que pueda explicarse sobre la Tierra. Mucho más sorprendente que cualquier novela policíaca o que cualquier relato de ciencia ficción.

(El juego de lo posible, © 1982. Ediciones Grijalbo, S.A.)



ANA MARÍA SHUA

OCTAVIO, EL INVASOR

*Son todos valientes
y decididos, pero desconocen los poderes
de su disfraz.*

Ilustración de Jorge Sanzol

Estaba preparado para la violencia aterradoradora de la luz y el sonido, pero no para la presión, la brutal presión de la atmósfera sumada a la gravedad terrestre, ejerciéndose sobre ese cuerpo tan distinto del suyo, cuyas reacciones no había aprendido todavía a controlar. Un cuerpo desconocido en un mundo desconocido. Ahora cuando, después del dolor y de la angustia del pasaje, esperaba encontrar alguna forma de alivio, todo el horror de la situación se le hacía presente.

Sólo las penosas sensaciones de la transmigración podían compararse a lo que acababa de pasar, pero después de aquella experiencia había tenido unos meses de descanso, casi podría decirse

de convalecencia, en una oscuridad cálida donde los sonidos y la luz llegaban muy amortiguados y el líquido en el que flotaba atenuaba la gravedad del planeta. Sintió frío, sintió un malestar profundo, se sintió transportado de un lado a otro, sintió que su cuerpo necesitaba desesperadamente oxígeno, pero ¿cómo y dónde obtenerlo? Un alarido se le escapó de la boca, y supo que algo se expandía en su interior, un ingenioso mecanismo automático que le permitiría utilizar el oxígeno del aire para sobrevivir.

—Varón —dijo la partera—. Un varoncito sano y hermoso, señora.

—¿Cómo lo va a llamar? —dijo el obstetra.

—Octavio —contestó la mujer, agotada por el esfuerzo y colmada de esa pura felicidad física que sólo puede proporcionar la interrupción brusca del dolor.

Octavio descubrió, como una circunstancia más de horror en el que se encontraba inmerso, que era incapaz de organizar en percepción sus sensaciones: debía haber voces humanas, pero no podía distinguir las en la masa indiferenciada de sonido que lo asfixiaba. Otra vez se sintió transportado, algo o alguien lo tocaba y movía partes de su cuerpo. La luz lo dañaba. De pronto lo alzarón por el aire para depositarlo sobre algo tibio y blando. Dejó de aullar: desde el interior de ese lugar cálido provenía, amortiguado, el ritmo acompasado, tranquilizador, que había oído durante su convaléciente espera. El terror disminuyó. Comenzó a sentirse inexplicablemente seguro, en paz. Allí estaba por fin, formando parte de las avanzadas, en este nuevo intento de invasión que, esta vez, no fracasaría. Tenía el deber de sentirse orgulloso, pero el cansancio luchó contra el orgullo hasta vencerlo: sobre el pecho de la hembra terrestre que creía ser su madre se quedó, por primera vez en este mundo, profundamente dormido.

Despertó un tiempo después. Se sentía más lúcido y comprendía que ninguna preparación previa podría haber sido suficiente para responder coherentemente a las brutales exigencias de ese cuerpo que habitaba y que sólo ahora, a partir del nacimiento, se imponían en toda su crudeza. Era lógico que la trans migración no se hubiera intentado jamás en especímenes adultos: el brusco cambio de conducta, la repentina torpeza

en el manejo de su cuerpo, hubieran sido inmediatamente detectados por el enemigo.

Octavio había aprendido, antes de partir, el idioma que se hablaba en esa zona de la Tierra. O, al menos, sus principales rasgos. Porque recién ahora se daba cuenta de la diferencia entre la adquisición de una lengua en abstracto y su integración con los hechos biológicos y culturales en los que esa lengua se había constituido. La palabra "cabeza", por ejemplo, había comenzado a cobrar su verdadero sentido (o, al menos, uno de ellos), cuando la fuerza gigantesca que lo empujara hacia adelante lo había obligado a utilizar esa parte de su cuerpo, que latía aún dolorosamente, como ariete para abrirse paso por un conducto demasiado estrecho.

Recordó que otro, como él habían sido destinados a las mismas coordinadas temporoespaciales. Se preguntó si algunos de sus poderes habrían sobrevivido a la trans migración y si serían capaces de utilizarlos. Consiguió enviar algunas débiles ondas telepáticas que obtuvieron respuesta inmediata: eran nueve y estaban allí, muy cerca de él y, como él, llenos de miedo, de dolor y de pena. Sería necesario esperar antes de empezar a organizarse para proseguir con sus planes. Su cuerpo volvió a agitarse y a temblar incontroladamente y Octavio lanzó un largo aullido al que sus compañeros respondieron: así, en ese lugar desconocido y terrible, lloraron juntos la nostalgia del planeta natal.

Dos enfermeras entraron en la nursery.

—Qué cosa —dijo la más joven—. Se larga a llorar uno y parece que los otros se contagian, enseguida se arma el coro.

—Vamos, apurate que hay que bañarlos a todos y llevarlos a las habitaciones —dijo la otra, que consideraba su trabajo monótono y mal pago y estaba harta de oír siempre los mismos comentarios.

Fue la más joven de las enfermeras la que llevó a Octavio, limpio y cambiado, hasta la habitación donde lo esperaba su madre.

—Toc toc, ¡buenos días, mamita! —dijo la enfermera, que era naturalmente simpática y cariñosa y sabía hacer valer sus cualidades a la hora de ganarse la propina.

Aunque sus sensaciones seguían constituyendo una masa informe y caótica, Octavio ya era capaz de reconocer aquéllas que se repetían y supo, entonces, que la mujer lo recibía en sus brazos. Pudo, incluso, desglosar el sonido de su voz de los demás ruidos ambientales. De acuerdo a sus instrucciones, Octavio debía lograr que se lo alimentara artificialmente: era preferible reducir a su mínima expresión el contacto físico con el enemigo.

—Miralo al muy vagoneta, no se quiere prender al pecho.

—Acordate que con Ale al principio pasó lo mismo, hay que tener paciencia. Avisá a la nursery que te lo dejen en la pieza. Si no, te lo llenan de suero glucosado y cuando lo traen ya no tiene hambre —dijo la abuela de Octavio.

En el sanatorio no aprobaban la práctica del rooming-in, que consistía en permitir que los bebés permanecieran con sus madres en lugar de ser remitidos a la nursery después de cada mamada. Hubo un pequeño forcejeo con la jefa de nurses hasta que se comprobó que existía la autorización expresa del pediatra. Octavio no estaba todavía en

condiciones de enterarse de estos detalles y sólo supo que lo mantenían ahora muy lejos de sus compañeros, de los que le llegaba, a veces, alguna remota vibración.

Cuando la dolorosa sensación que provenía del interior de su cuerpo se hizo intolerable, Octavio comenzó a gritar otra vez. Fue alzado por el aire hasta ese lugar cálido y mullido del que, a pesar de sus instrucciones, odiaba separarse. Y cuando algo le acarició la mejilla, no pudo evitar que su cabeza girara y sus labios se entreabrieran. Desesperado, empezó a buscar frenéticamente alivio para la sensación quemante que le desgarraba las entrañas. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Octavio estaba succiando con avidez el pezón de su "madre". Odiándose a sí mismo, comprendió que toda su voluntad no lograría desprenderlo de la fuente de alivio, el cuerpo mismo de un ser humano. Las palabras "dulce" y "tibio" que, aprendidas en relación con los órganos que en su mundo organizaban la experiencia, le habían parecido términos simbólicos, se llenaban ahora de significado concreto. Tratando de persuadirse de que esa pequeña concesión en nada afectaría su misión, Octavio volvió a quedarse dormido.

Unos días después Octavio había logrado, mediante una penosa ejercitación, permanecer despierto algunas horas. Ya podía levantar la cabeza y enfocar durante algunos segundos la mirada, aunque los movimientos de sus apéndices eran todavía totalmente incoordinados. Mamaba regularmente cada tres horas. Reconocía las voces humanas y distinguía las palabras, aunque estaba lejos de haber aprehendido suficientes

elementos de la cultura en la que estaba inmerso como para llegar a una comprensión cabal. Esperaba ansiosamente el momento en que sería capaz de una comunicación racional con esa raza inferior a la que debía informar de sus planes de dominio, hacerles sentir su poder. Fue entonces cuando recibió el primer ataque.

Lo esperaba. Ya había intentado comunicarse telepáticamente con él, sin obtener respuesta. Aparentemente el traidor había perdido parte de sus poderes o se negaba a utilizarlos. Como una descarga eléctrica, había sentido el contacto con esa masa roja de odio en movimiento. Lo llamaban Ale y también Alejandro, chiquito, nene, tesoro. Había formado parte de una de las tantas invasiones que fracasaron, hacía ya dos años, perdiéndose todo contacto con los que intervinieron en ella. Ale era un traidor a su mundo y a su causa: era lógico prever que trataría de librarse de él por cualquier medio.

Mientras la mujer estaba en el baño, Ale se apoyó en el moisés con toda la fuerza de su cuerpecito hasta volcarlo. Octavio fue despedido por el aire y golpeó con fuerza contra el piso, aullando de dolor. La mujer corrió hacia la habitación, gritando. Ale miraba espantado los magros resultados de su acción, que podía tener, en cambio, terribles consecuencias para su propia persona. Sin hacer caso de él, la mujer alzó a Octavio y lo apretó suavemente contra su pecho, canturreando para calmarlo. Avergonzándose de sí mismo, Octavio respiró el olor de la mujer y lloró y lloró hasta lograr que le pusieran el pezón en la boca. Aunque no tenía hambre, mamó con ganas mientras el dolor desa-

parecía poco a poco. Para no volverse loco, Octavio trató de pensar en el momento en el que por fin llegaría a dominar la palabra, la palabra liberadora, el lenguaje que, fingiendo comunicarlo, serviría en cambio para establecer la necesaria distancia entre su cuerpo y ese otro en cuyo calor se complacía.

Frustrado en su intento de agresión directa y estrechamente vigilado por la mujer, el Traidor tuvo que contentarse con expresar su hostilidad en forma más disimulada, con besos que se transformaban en mordiscos y caricias en las que se hacían sentir las uñas. Sus abrazos le produjeron en dos oportunidades un principio de asfixia. La segunda vez volvió a rescatarlo la intervención de la mujer: Alejandro se había acostado sobre él y con su pecho le aplastaba la boca y la nariz, impidiendo el paso del aire.

De algún modo, Octavio logró sobrevivir. Había aprendido mucho. Cuando entendió que se esperaba de él una respuesta a ciertos gestos, empezó a devolver las sonrisas, estirando la boca en una mueca vacía que los humanos festejaban como si estuviera colmada de sentido. La mujer lo sacaba a pasear en el cochecito y él levantaba la cabeza todo lo posible, apoyándose en los antebrazos, para observar el movimiento de las calles. Algo en su mirada debía llamar la atención, porque la gente se detenía para mirarlo y hacer comentarios.

—¡Qué divino! —decían casi todos, y la palabra "divino", que hacía referencia a una fuerza desconocida y suprema, le parecía a Octavio peligrosamente reveladora: tal vez se estuviera descuidando en la ocultación de sus poderes.

—¡Qué divino! —insistía la gente—.

¡Cómo levanta la cabecita! —Y cuando Octavio sonreía, añadían aplaudiéndolos: — ¡Éste sí que no tiene problemas!

Octavio conocía ya las costumbres de la casa y la repetición de ciertos hábitos le daba una sensación de seguridad. Los ruidos violentos, en cambio, volvían a sumergirlo en un férreo controlado, retrotrayéndolo al dolor de la transmigración. Relegando sus intenciones ascéticas, Octavio no temía ya entregarse a los placeres animales que le proponía su nuevo cuerpo. Le gustaba que lo introdujeran en agua tibia, le gustaba que lo cambiaran, dejando al aire las zonas de su piel escaldadas por la orina, le gustaba más que nada el contacto con la piel de la mujer. Poco a poco se hacía dueño de sus movimientos. Pero a pesar de sus esfuerzos por mantenerla viva, la feroz energía destructiva con la que había llegado a este mundo iba atenuándose junto con los recuerdos del planeta de origen.

Octavio se preguntaba si subsistían en toda su fuerza los poderes con que debía iniciar la conquista y que todavía no había llegado el momento de probar. Ale, era evidente, ya no los tenía: desde Allí, y a causa de su traición, debían haberlo despojado de ellos. En varias oportunidades se encontró por la calle con otros Invasores y se alegró de comprobar que aún eran capaces de responder a sus ondas telepáticas. No siempre, sin embargo, obtenía contestación, y una tarde de sol se encontró con un bebé de mayor tamaño, de sexo femenino, que rechazó con fuerza su aproximación mental.

En la casa había también un hombre pero afortunadamente Octavio no se sentía físicamente atraído hacia él,

como le sucedía con la mujer. El hombre permanecía menos tiempo en la casa y aunque lo sostenía frecuentemente en sus brazos, Octavio percibía un halo de hostilidad que emanaba de él y que por momentos se le hacía intolerable. Entonces lloraba con fuerza hasta que la mujer iba a buscarlo, enojada.

—¡Cómo puede ser que a esta altura todavía no sepas tener a un bebé en brazos!

Un día, cuando Octavio ya había logrado darse vuelta boca arriba a voluntad y asir algunos objetos con las manos, él y el hombre quedaron solos en la casa. Por primera vez, torpemente, el hombre quiso cambiarlo, y Octavio consiguió emitir en el momento preciso un chorro de orina que mojó la cara de su padre.

El hombre trabajaba en una especie de depósito donde se almacenaban en grandes cantidades los papeles que los humanos utilizaban como medio de intercambio. Octavio comprobó que estos papeles eran también motivo de discusión entre el hombre y la mujer y, sin saber muy bien de qué se trataba, tomó el partido de ella. Ya había decidido que, cuando se completaran los planes de invasión, la mujer, que tanto y tan estrechamente había colaborado con el invasor, merecería gozar de algún tipo de privilegio especial. No habría, en cambio, perdón para los traidores. A Octavio comenzaba a molestarle que la mujer alzara en brazos o alimentara a Alejandro y hubiera querido prevenirla contra él: un traidor es siempre peligroso, aún para el enemigo que lo ha aceptado entre sus huesos.

El pедиatra estaba muy satisfecho con los progresos de Octavio, que había en-

gordado y crecido razonablemente y ya podía permanecer unos segundos sentado sin apoyo.

—Viste qué mirada tiene? A veces me parece que entiende todo —decía la mujer, que tenía mucha confianza con el médico y lo tuteaba.

—Éstos bichos entienden más de lo que uno se imagina —contestaba el doctor, sonriendo. Y Octavio devolvía una sonrisa que ya no era sólo una mueca vacía.

Mamá destetó a Octavio a los siete meses y medio. Aunque ya tenía dos dientes y podía mascullar unas pocas sílabas sin sentido para los demás, Octavio seguía usando cada vez con más oportunidad y precisión su recurso preferido: el llanto. El destete no fue fácil porque el bebé parecía rechazar la comida sólida y no mostraba entusiasmo por el biberón. Octavio sabía que debía sentirse satisfecho de que un objeto de metal cargado de comida o una tetina de goma se interpusieran entre su cuerpo y el de la mujer, pero no encontraba en su interior ninguna fuente de alegría. Ahora podía permanecer mucho tiempo sentado y arrastrarse por el piso: pronto llegaría el gran momento en que lograría pronunciar su primera palabra, y se contentaba con soñar en el brusco viraje que se produciría entonces en sus relaciones con los humanos. Sin embargo, sus planes se le aparecían confusos, lejanos, y a veces su vida anterior le resultaba tan difícil de recordar como un sueño.

Aunque la presencia de la mujer no le era ahora imprescindible, ya que su alimentación no dependía de ella, su ausencia se le hacía cada vez más intolerable. Verla desaparecer detrás de una

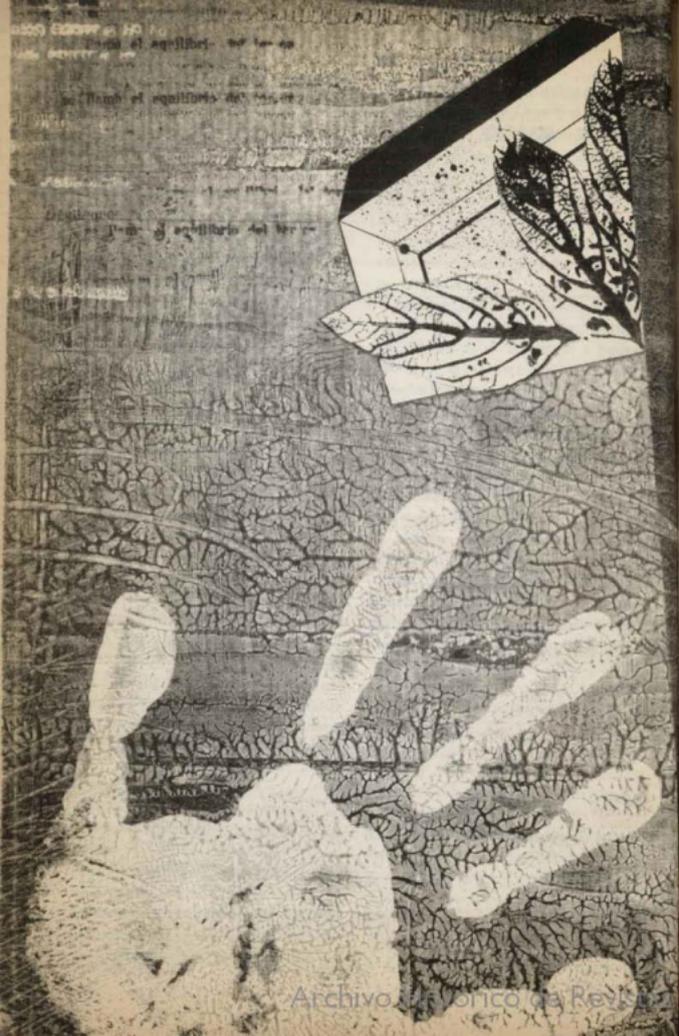
puerta sin saber cuándo volvería, le provocaba un dolor casi físico que se expresaba en gritos agudos. A veces ella jugaba a las escondidas, tapándose la cara con un trapo y gritando, absurdamente: "¡No tá mamá, no tá!". Se destacaba después y volvía a gritar: "¡Acá tá mamá!". Octavio disimulaba con risas la angustia que le provocaba la desaparición de ese rostro que sabía, sin embargo, tan próximo.

Inesperadamente, al mismo tiempo que adquiría mayor dominio sobre su cuerpo, Octavio comenzó a padecer una secuela psíquica del Gran Viaje: los rostros humanos desconocidos lo asustaban. Trató de racionalizar su terror diciéndose que cada persona nueva que veía podía ser un enemigo al tanto de sus planes. Ese temor a los desconocidos produjo un cambio en sus relaciones con su familia terrestre. Ya no sentía la vieja y tranquilizadora mezcla de odio y desprecio por el Traidor, que a su vez parecía percibir la diferencia y lo besaba o lo acariciaba a veces sin utilizar sus muestras de cariño para disfrazar un ataque. Octavio no quería confesar se hasta qué punto lo comprendía ahora, qué próximo se sentía a él. Cuando la mujer, que había empezado a trabajar fuera de la casa, salía por algunas horas dejándolos al cuidado de otra persona, Ale y Octavio se sentían extrañamente solidarios en su pena. Octavio había llegado al extremo de aceptar con placer que el hombre lo tuviera en sus brazos, pronunciando extraños sonidos que no pertenecían a ningún idioma terrestre, como si buscara algún lenguaje que pudiera aproximarlos.

Y por fin, llegó la palabra. La primera

palabra. La utilizó con éxito para llamar a su lado a la mujer que estaba en la cocina. Octavio había dicho "Mamá". Y ya era, para entonces, completamente humano. Una vez más, la milenaria, infinita invasión había fracasado.

© 1984, Ana María Shua.



KRIS NEVILLE
EL BOSQUE DE ZIL

*Las ideas
hay que arrancarlas
de raíz.*

Ilustración de Juan Manuel Lima

I

Zil fue el primer planeta habitable que encontraron los terrestres mientras surcaban el espacio alejándose del Sol en círculos cada vez más amplios, en pos de la aventura.

Zil era puro bosque y cuando la nave exploradora descendió, tras un viaje de tres semanas terrestres a través de por lo menos 100 años-luz de espacio-tiempo convencional, se posó en las copas de los árboles y no en la superficie.

Era como si todo el planeta no fuera más que una gran vegetación uniforme, un verde océano de hojas que lo cubría todo.

La situación intrigó a un botánico de la expedición, McClair; era de esperar que las plantas no sobrevivieran en ese aire tan rico en oxígeno. McClair bajó en la primera nave exploradora, y tuvo el privilegio de ser el primero en demostrar que la atmósfera era respirable. El análisis preliminar tenía validez.

—El aire es bueno —informó McClair—, y me siento bien.

La noticia se transmitió inmediatamente a la nave madre en órbita: ¡éxito al fin!

—También hay brisa —dijo McClair—, todas las hojas se mueven y producen un sonido rarísimo, como zil, zil, un susurro.

Un grupo de investigadores encabezado por el botánico se instaló en el planeta. Los cuatro hombres cortaron algunas ramas superiores de lo que parecían ser varios árboles separados y construyeron una estructura más parecida a una balsa que a una casa arbórea. Flotaban allí, muy lejos de la superficie del planeta, mientras el botánico continuaba estudiando la nooecología de ese mundo.

El bosque era una continua causa de asombro para McClair, pero lo más desconcertante era su estatismo; pues dentro del radio de sus limitadas exploraciones entre las ramas entrelazadas, ningún árbol daba fruto ni manifestaba otros medios de reproducción. Todos eran de una especie idéntica.

Las hojas anchas, verdes, lustrosas al sol como si estuvieran enceradas, no eran la obvia contrapartida de las hojas de los árboles de la Tierra, y sin embargo había más similitudes que diferencias. Contenían, por ejemplo, un material que el análisis químico realizado en la nave madre identificaba positivamente como clorofila.

En la atmósfera iban y venían las tormentas, y la humedad variaba, mientras el contenido de oxígeno se mantenía en un 30 por ciento constante, y casi todo el resto era nitrógeno: no había bióxido de carbono detectable. Era como si mucho tiempo atrás el bióxido de carbono se hubiera agotado y ahora el bosque se mantuviera inmóvil en el tiempo. McClair podía llenar libretas apuntando anomalías, pero no les encontraba explicación.

El tercer día habían penetrado hasta

las ramas inferiores. Por último, Johnson tuvo el primer atisbo de la superficie, y dijo:

—Polvo, hasta donde puedo ver. Nada más que polvo.

Los otros tres se reunieron con él. Las ramas terminaban a seis metros de la superficie, y todos observaron a través de la penumbra moteada.

—¿Bajamos?

Para el último tramo usaron una soga, y cuando Johnson pisó un suelo firme y la soga se aflojó, avisó a los demás:

—Parece bastante seguro. ¡Pueden bajar!

Lo siguió McClair, con Carlson detrás. El cuarto hombre, Reading, se quedó en la rama más baja como observador.

McClair había esperado una alfombra interminable de hojas muertas pero, si habían caído hojas, hacía tiempo que los continuos procesos orgánicos las habían eliminado. Se agachó en la tierra ligeramente húmeda para recoger una muestra del suelo, y luego miró hacia arriba. Muy lejos se extendían las ramas, moviéndose suavemente, susurrando, zil, zil, zil, y por un momento un temor supersticioso lo embargó inexplicablemente.

En las inmediaciones había literalmente cientos de troncos de varias dimensiones, algunos aparentemente mucho más antiguos que los demás. Era como si con el tiempo el bosque hubiera dominado paulatinamente el planeta, estrangulando otras formas de vida, y ahora sólo quedaran los árboles, amos absolutos del medio ambiente, congelados y atemporales.

Aquí el tiempo tiene otro significado, pensó McClair.

—Esto podría resultar interesante para los arqueólogos —dijo. Se preguntó qué historia podría surgir de la vida fósil oculta en el suelo rico y oscuro.

—Antes tendremos que quitar de en medio estos árboles —dijo Johnson—. Con tanto oxígeno, podríamos hacerlo quemándolos selectivamente. ¿Qué opinas?

McClair, preguntándose qué efecto surtiría la repentina introducción de nuevo bióxido de carbono con su acción fertilizante, dijo:

—Tendremos que ser muy cuidadosos. Todo parece estar en equilibrio. Podría dislocarse si interferimos.

Aparte de sus voces, y del zil, zil, zil de las hojas, no había otros sonidos.

—Empecemos con ese más pequeño, para probar —dijo McClair, señalando un árbol a bastante distancia—. Creo que al menos podremos derribarlo en parte. Está bastante lejos, de modo que no será el soporte principal.

Un momento después el árbol se derrumbó, introduciendo un sonido nuevo, arrancando ramas superiores, haciendo llover ramas y hojas en el suelo. Quedó en un ángulo de cuarenta y cinco grados, suspendido de las ramas de los árboles vecinos.

—Mira si puedes seccionarlo —dijo McClair—. Quiero contarle los anillos. —Al decir esto, sintió nuevamente ese miedo irracional y supersticioso, y temió desesperadamente que todos los árboles tuvieran la misma edad, o la misma falta de edad.

Zil fue el primer planeta habitable que encontraron los terrestres. Mil te-

rrarios balanceados, generaciones atrás, habían partido del Sol, presos en la rigidez del espacio-tiempo einsteiniano, y ahora, al fin, uno había llegado a un destino donde la vida planetaria quizá fuera posible de nuevo.

La nave estaba vapuleada, y su tiempo de vida útil ya no podría ser previsto por sus ocupantes: aunque tenían que ya no duraría mucho más entre las estrellas. Era Zil o la desintegración en una nueva travesía. Habían pasado tanto tiempo en el espacio que hasta el idioma había cambiado, y las motivaciones originales estaban perdidas en la antigüedad.

Los terrestres despacharon un equipo de exploración, y recibieron informes sobre los árboles gigantes y la atmósfera respirable. Se ordenó investigar la posibilidad de hacer un claro para permitir el descenso de todo el cargamento de la nave interestelar.

Hecho esto, el capitán se volvió hacia la biblioteca de bitácoras de la nave con un suspiro de cansancio. La biblioteca retrocedía en el tiempo, más allá de la memoria de los ancestros, y de pronto se sintió emparentado con la lejana Tierra, que ahora sobrevivía sólo en los mitos, y extrajo del estante el primer libro de bitácora, que describía, en las frases frías y formales que él conocía tan bien, la despedida del sistema planetario del Sol.

Estaba ante la culminación de un vasto recuerdo y sueño de la raza, que prometía la continuidad eterna del género humano.

Se había dado el colosal primer paso. Ahora todo estaba asegurado. Generaciones después, cuando la superficie de Zil estuviera despejada, y la humanidad

hubiera afianzado su dominio del planeta, otras naves interestelares, tal vez con un diseño perfeccionado, serían lanzadas a la larga eternidad del universo. Estaba frente a un comienzo infinito.

En la superficie, el grupo de exploración taló el primer árbol.

El capitán estudió las páginas en blanco del libro que tenía en las manos, preguntándose por qué ese volumen vacío y amarillo estaba en la biblioteca.

Tomó el libro de al lado, y también estaba lleno de páginas en blanco, excepto por algunas entradas al final. Estas entradas también desaparecieron, y tomando el tercer libro de bitácora el capitán se preguntó por qué dos volúmenes vacíos se habían preservado tanto tiempo.

4

En la Tierra, Ed Long, de dieciséis años, cerró un libro de ciencia ficción, tras haber leído una historia sobre el primer viaje del hombre a la Luna. La Gran Depresión sacudía a la opulenta Norteamérica, en el año 1929, pero Ed ya estaba mentalmente fascinado por los sueños del futuro, y salió al aire de la noche para mirar los cielos y maravillarse ante los prodigios que el hombre encontraría algún día, tal vez no mientras él viviera, pero *algún día*.

Más tarde, la mente saturada de especulaciones infinitas y atemporales, regresó a su cuarto y a la luz, un poco hambriento después de la magra cena. Hora de estudiar. Ya no podía postergarlo más. Historia era sin duda la materia más difícil, y al día siguiente

tenía examen. Sacó el libro y se preguntó, un momento antes de enfrascarse en la lectura, por qué las páginas impresas alternaban con tantas páginas en blanco.

5

El monje, a la luz de la vela, extrajo laboriosamente un manuscrito iluminado, urgido por la incesante compulsión de reproducir la obra que tenía delante antes que desapareciera por completo.

Por último, la hora tardía lo condujo a su celda diminuta y a un sueño inquieto. Durante un buen rato lo rondó la pesadilla de que al día siguiente no habría trabajo que hacer, que de algún modo, en la noche, se copiaría solo y luego se esfumaría.

6

En el extraño idioma de la época, Orozrag dijo:

—Convendría asentar esta transacción más allá de la imperfección de la memoria.

Talló un trazo en la piedra y luego otro, consternándose al notar que apenas tallaba uno el anterior se esfumaba, de modo que al final desistió de esa tarea vana.

7

En una época anterior a Orozrag había animales y grandes reptiles de diversas formas, pero con el tiempo desapa-

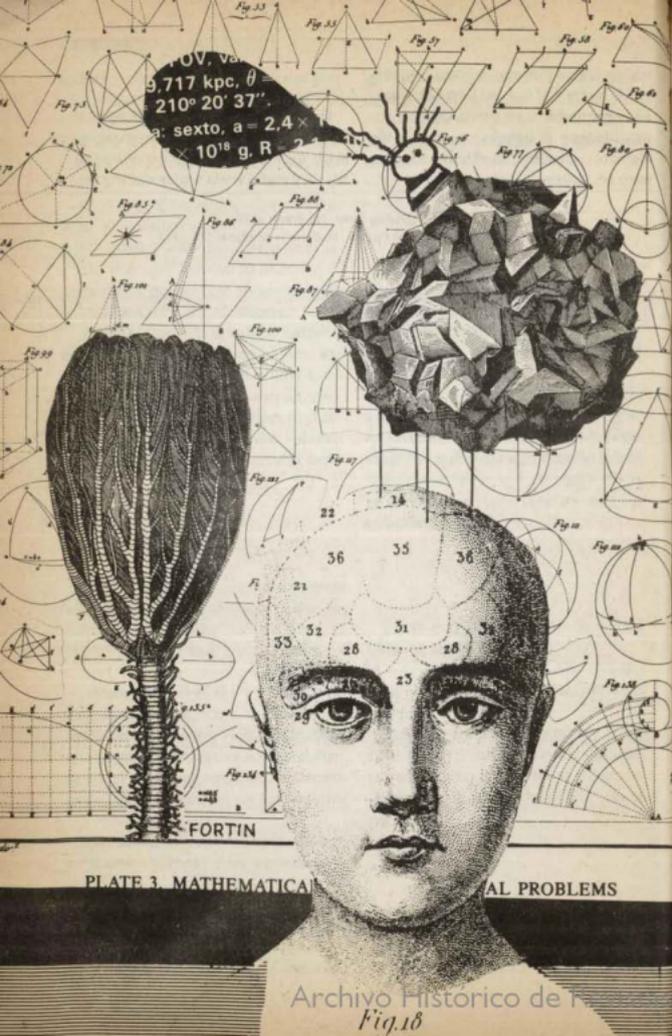
recieron uno por uno, y pronto quedaron la tierra y el océano ilimitado, pero nada palpitaba ni se movía en sus profundidades y el tiempo continuó y los elementos produjeron efectos extraños pero olvidables.

8

En el planeta distante, el bosque se movía en la luz tibia, en el vaivén de una brisa suave, produciendo sonidos, zil, zil, zil, y nadie venía a talar sus árboles.

Título del original en inglés: *The Forest of Zil*.

© 1967 by Ultimate Publishing Co., Inc. Traducción de Alberto D'Angelo.



PABLO CAPANNA

LAS CIENCIAS DE LA CONJETURA

Un examen de los aciertos, los errores y los pronósticos de quienes se han empeñado en imaginar el futuro.

Ilustración de Raúl Fortín

Meses antes de abandonar este mundo, Herman Kahn inauguró un curso piloto destinado a infundir optimismo en la juventud norteamericana, ante el auditorio blanco, negro y chicano de un colegio secundario de Phoenix (Arizona).

El célebre "Doctor Insólito" admitía en su discurso que las dos últimas décadas habían sido declinantes para la sociedad norteamericana, pero tras la actual recesión "terapéutica" se acercaba una era de prosperidad, la Gran Transición.

En parte, aquella decadencia (y también los suicidios juveniles, según sostuvo) se debían a la proliferación de literatura pesimista y ecologista que había apartado el espíritu norteamericano

del sendero de la grandeza. Kahn olvidó incluir en esta nómina sus propios y siniestros libros sobre la guerra termonuclear, aunque sus alumnos parecían conocerlos, porque reaccionaron de un modo completamente hostil al curso de optimismo. Lo mismo ocurrió en otros colegios, poniéndose de manifiesto la actitud de una generación que cree en la inminencia de la guerra atómica, descrece del crecimiento económico y, en el mejor de los casos, se imagina sobreviviendo a un holocausto.¹ Meses después, el 8 de julio de 1983, Kahn moría, soñando quizás con los misiles de cru-

¹ James Reston, Jr., "The Wrath of Kahn", *Omní*, setiembre de 1983.

cero y la guerra atómica "limitada" que tanto temían aquellos adolescentes de Phoenix.

Este dramático cambio de actitud ante el futuro, y la experiencia sufrida por Kahn, viene a poner sobre el tapete la pérdida de credibilidad de los futurólogos, que se han presentado siempre como científicos aunque su rigor y capacidad predictiva nunca fueron demasiado altos. Kahn fue algo así como el arquitecto del futurólogo, y un auténtico representante de ese momento de optimismo tecnológico que se produjo en la década del '60. Luego vendrían los contestatarios y los pesimistas, el Club de Roma y la crisis energética. Hoy es difícil encontrar quien cuanto menos augure dificultades: se prefiere imaginar qué ocurrirá si se superan las crisis antes que pronosticar qué forma tendrán los autos del año 2000. Otros hubo, por último, que supieron adecuarse a los cambios de la opinión pública, vendiendo optimismo a largo plazo, como Adrian Berry, o confianza a corto plazo como Alvin Toffler.

Arúspices, profetas y planificadores

Se dice que la preocupación por conocer el futuro es tan vieja como el hombre, lo cual no es enteramente cierto: si algo ha existido siempre es la ansiedad por conocer el futuro *personal*, a través de sistemas mágicos como la adivinación o la astrología, pero difícilmente existiera preocupación por conocer el porvenir colectivo cuando se tenía por supuesto que éste no difería esencialmente del pasado. Por supues-

to, los reyes y emperadores siempre tuvieron sus magos, adivinos y oráculos, costumbre que han conservado muchos dictadores, pero los hechos que aquellos vaticinaban, si bien atañían a comunidades enteras, eran en definitiva parte del futuro personal del augusto curioso, a cuyo destino estaban ligados los súbditos.

Con los tiempos modernos, cuando el futuro comenzó a ser pensado como dimensión de la historia, surgieron los sistemas intuitivos de pronóstico: las utopías. Por último, cuando la ciencia y la tecnología pasaron a ser el eje de la cultura, la predicción del futuro comenzó a tener valor económico y político, y se buscaron métodos racionales para hacerla más rigurosa.

Fue precisamente la Revolución Industrial, que alteró todo el marco de la civilización y consolidó la idea de progreso, la que produjo tanto una anticipación optimista del futuro tecnológico (que hoy llamamos "ciencia ficción") como la sensación (difusa al comienzo y más apremiante después) de que el progreso técnico debía ser dominado por la previsión, para evitar efectos indeseables o perder su control. Más que los futuros probables, cuya exploración se dejaba a la fantasía literaria, interesaba el futuro posible, donde habían de vivir los hijos de uno y para el cual se hacían inversiones. De entre todos los futuros posibles, se trataba de elegir aquél que resultaba preferible para los fines tenidos por valiosos.

Partiendo de las técnicas de planeamiento surgidas durante la Segunda Guerra Mundial y la aparición de las computadoras, la anticipación del futuro entró a formar parte del mundo de

los negocios y de la política, debido a la escala de tiempo cada vez más amplia para la que se planificaba.

La alternativa estaba entre anticipar simplemente el futuro o tratar de determinarlo de algún modo; el planeamiento, que para las mentes liberales puras era sinónimo de coerción estatal, pasó a ser la herramienta científica con la cual trabajaban las corporaciones multinacionales, en escala planetaria.

Por un lado, se trataba de extrapolar las tendencias dadas en un momento determinado, y por el otro buscar un objetivo y tratar de planificar su cumplimiento. Ambos procedimientos tenían sus inconvenientes. La ascendente curva triunfal que seguía la industria automotriz desde los tiempos de Henry Ford permitía extrapolar para el año 2000 una cifra pavorosa de vehículos, de no ser por factores no previstos como la crisis petrolera que esa misma industria provocó. Por otro lado, la imposición de objetivos fijados a espaldas de la realidad puede chocar con la resistencia de todas las variables despreciadas y terminar en el fracaso: es lo que va del Sha al ayatollah...

En cuanto se refiere al planeamiento de un producto, por ejemplo, el problema es relativamente simple, pues se trata de programar los pasos a seguir para alcanzar un objetivo; de no mediar cambios radicales en el marco de referencia social o económico, las pautas se cumplirán.

Siempre se ha comenzado por diseñar el plano antes de levantar la casa; ahora, debido a la complejidad de los procesos, es necesario planificar mediante técnicas científicas, como el análisis de sistemas, que consiste en descomponer el problema en sus paráme-

tros básicos y barajar todas sus posibles soluciones, para elegir la más económica. En este orden de cosas se ha desarrollado la investigación operativa, que permite encarar tareas de largo alcance descomponiendo los pasos a dar, el orden en que deben darse, así como los problemas que se pueden presentar y el momento en que deben ser resueltos. Por ejemplo, previo a la iniciación del programa Apolo, la NASA encaró un estudio de este tipo, que arrojó una lista de 2.329 problemas técnicos para resolver, dispuestos según un "árbol de pertinencia" donde se especificaban las opciones dadas en cada caso y el orden en que debían tomarse las decisiones.

En la década de 1960, estos métodos habían comenzado a interesar a los gobiernos y a los directorios de las empresas: la RAND Corporation y el Hudson Institute comenzaron a asesorar al gobierno estadounidense en cuanto a asuntos como la estrategia de Vietnam o el desarrollo brasileño.

Surgida del esfuerzo de estos tecnócratas norteamericanos y de algunos estudiosos europeos, la "futurología" o ciencia de la anticipación comenzó a tomar cuerpo y pronto conoció su hora más gloriosa. Vivíamos en la "década del desarrollo", y nombres como Kahn, de Jouvenel, Servan-Schreiber o Toffler estaban en todas las bocas.

Nuevas bolas de cristal para viejos adivinos

Entre los métodos más prestigiosos que se propusieron entonces para explorar el futuro estaban el "Delfos" y los "guiones".

El método Delfos fue creado por Olaf Helmer, de la RAND, como perfeccionamiento del *brain storming*, o discusión libre. En realidad, no hay una discusión propiamente dicha, sino una encuesta en la cual se interroga a especialistas de una determinada disciplina acerca de cuáles serán los avances decisivos en un determinado campo, asignándoles fecha y grado de probabilidad; se procesa la información y se extrae la tendencia general. De manera intuitiva, ya lo había hecho Arthur C. Clarke en el diagrama que aparece al final de su libro *Perfiles del futuro*. Lo mismo hacían los soviéticos, consultando a sus académicos, según veremos más adelante. También de modo intuitivo lo ha hecho Toffler en sus dos más conocidas obras, *El shock del futuro* y *La Tercera Ola*, recopilando anticipaciones parciales dispersas en bibliografías especializadas hasta dar con un cuadro sintético.

El segundo método, creado por Herman Kahn y el Instituto Hudson, es la redacción de "guiones". Estos suelen llamarse también "escenarios", aunque en nuestro idioma la palabra sugiere un decorado estático, mientras que aquí se trata de un "libreto" en el estilo cinematográfico.

El método de Kahn consiste en trazar un *contexto* básico que se supone habrá de mantenerse en el plazo a estudiar (proyección "a prueba de errores"), desarrollar en él un *mundo alternativo* (cómo evolucionará un país o región en ese contexto) y concebir un *guión*, o secuencia de hechos hipotéticos que cabe suponer se producirán. Lamentablemente, los guiones más conocidos de Kahn corresponden a hipótesis de guerra nuclear.

Por último, se incorporaron a la futurología las técnicas del planeamiento industrial: la dinámica de sistemas, la simulación matemática y los modelos cibernéticos. A partir de la enorme capacidad de cálculo que brindaban las computadoras, se hacía posible desarrollar todas las variables interdependientes de un contexto dado para prever el resultado global. El "análisis matricial de impacto cruzado" (Theodore J. Gordon) y la "dinámica de sistemas" (Jay W. Forrester) permitieron elaborar, por ejemplo, el famoso "modelo Meadows" adoptado por el Club de Roma en su primer informe sobre los límites del crecimiento.

Los límites de la previsión

A posteriori, todos pueden ser profetas, si son buenos historiadores. Una vez que las secuencias históricas han pasado, el análisis revela con toda claridad cuáles eran los factores determinantes de una crisis: uno se sorprende de que aquellos que vivían en medio de ella no los percibieran.

La Peste Negra que asoló a Europa en el siglo XIV se explica hoy por factores climáticos y demográficos; un enfriamiento del clima que redujo la producción de alimentos en una Europa relativamente superpoblada, encontraron a la población desprovista de defensas; entonces nadie podía percatarse de que la situación era tan crítica que la introducción de un agente patógeno podía llegar a destruir entre un 20 y un 50 % de los habitantes.

También la caída de los valores en la

Bolsa de Nueva York (1929) era imprevisible en ese momento, pero altamente probable, pues la aparente prosperidad estaba basada sobre riquezas "de papel"; causas menores desencadenaron una verdadera pandemia psicológica que nadie había sabido anticipar.²

Basta repasar algunas *gaffes* históricas, como las que cita Arthur C. Clarke,³ para entender que, en la mayoría de los casos, los grandes saltos científicos y tecnológicos tomaron por sorpresa a quienes mejor conocían la ciencia de su tiempo y se sentían más autorizados a profetizar sobre bases firmes: Simon Newcomb, prestigioso físico de principios de siglo "demostró" que el avión no podía volar cuando los hermanos Wright ya lo hacían; Vannevar Bush, asesor científico del gobierno norteamericano durante la guerra, escribió en 1945 que un cohete intercontinental era imposible; una comisión científica, consultada por el Parlamento inglés, sostuvo en tiempos de Edison que la electricidad no tenía porvenir...

Estos casos ocurrían cuando aún la investigación científica no se había transformado en una industria tan planificada como las demás; hoy la situación es distinta, pues quien pronostica un avance es quien está trabajando para producirlo, o por lo menos le pagan por hacerlo. Ya no se trata de anticipar el futuro, sino de divulgar información.

Entre quienes son consultados para elaborar tablas futuroológicas estilo Delfos están los interesados en determinados proyectos, que constituyen su me-

dió de vida, y anunciarlos como inevitables puede ser un eficaz medio para obtener financiación y respaldo. Adrian Berry, en un pasaje elegantemente cínico, explica cómo convencer a los militares de instalar un telescopio en la Luna. Se trata de hacerles creer que los rusos están fabricando una poderosa arma láser y van a probarla en la Luna, usando como "pantalla" un telescopio; inmediatamente, los militares norteamericanos destinarán una partida para hacer otro tanto, y los científicos habrán alcanzado su objetivo.⁴

Entre los expertos que se consultan para hacer una tabla de predicciones puede haber muchos interesados que dan por hecho algo que sólo expresa sus deseos, y también los equivalentes actuales de los Newcomb, Busch, etc., incapaces de pensar cualquier cambio que no entre dentro de sus hábitos de pensamiento. Quizás, más que preguntar qué es lo *factible*, dadas las tendencias actuales y suponiendo que se mantenga el contexto global, habría que averiguar qué es lo *deseable*, aunque se corra peligro de caer en lo subjetivo; si no, incurriremos en la falacia de postular indirectamente un objetivo y disfrazarlo de extrapolación, con lo cual seguiremos siendo víctimas y no agentes del progreso.

Futuros eran los de antes

El auge de la "ciencia" futuroológica ocurrió a mediados de la década del '60,

² Charles François, *Introducción a la prospectiva*, Pleamar, Buenos Aires, 1977, cap. III.

³ Arthur C. Clarke, *Perfiles del futuro*, Caralt, Barcelona, 1977, cap. I.

⁴ Adrian Berry, *Los próximos diez mil años*, Alianza, Madrid, 1977, cap. 5.

lo cual nos da cierta perspectiva histórica para verificar algunas de sus predicciones de corto y mediano plazo. El cambio de actitud que se produjo a partir de las alarmas del Club de Roma vino a poner de manifiesto cuáles eran los supuestos que todos aceptaban sin discusión, y que tan endeables resultaron.

Retomando hoy aquellas predicciones, repasaremos algunos libros típicos, algunos de los cuales manifiestan ya un prematuro envejecimiento: *Perfiles del futuro*, de A. C. Clarke (1962, revisado en 1973); *Reportaje desde el siglo XXI*, de Vasiliév y Gúschev (c. 1965); *Pronósticos del futuro*, de Jantsch, Kahn y otros (1967) o *La bomba de tiempo biológica*, de Gordon Rattray Taylor (1968).

Quizás el más ingenuo sea el libro de Vasiliév y Gúschev,⁵ dirigido a satisfacer las inquietudes "de los fundidores de acero de Kuznetsk, los pobladores de los sovjoses siberianos, los constructores de la central hidroeléctrica de Bratsk, mecánicos de la Fábrica de Tractores de Volgogrado, estudiantes y militares del Ejército Soviético" (pág. 9).

A este vasto público, los periodistas autores del libro le prometen un "luminoso y magnífico futuro", en el cual "la vida del hombre sea más feliz, pletórica e interesante [...] el día en que el majestuoso futuro sea realidad" (pág. 11). Esto, por lo menos, parece deducirse de sus entrevistas con los académicos de ciencias, en una variante soviética del método Delfos, con abundante extrapolación.

Así como Kahn piensa el mundo co-

mo periferia de los Estados Unidos, Vasiliév y Gúschev sólo se ocupan del futuro de la URSS; según los planes quinquenales (otra forma de futurología) ésta aumentará su volumen de producción seis veces entre 1960 y 1980 (pág. 17).

Para quienes dudan de que la tecnocracia es la ideología común a los grandes bloques, más allá de cuestiones políticas o de la propiedad de los medios de producción, les bastará comparar la apología de Francis Bacon que hacen los autores rusos (págs. 16-17) con la que hace Adrian Berry en *Los próximos diez mil años*.

El libro se compone de anticipaciones del progreso técnico, en el campo de la metalurgia, la mecánica, los materiales, el carbón, las "calculadoras", los acumuladores, etc. En algunos temas, los autores son muy cautelosos: nos anuncian que "no es preciso ser un optimista sin fundamento para creer que 'el código biológico' será descifrado y leído como un libro corriente..." (pág. 106). Mientras se escribía el libro, Watson y Crick ya lo estaban haciendo, pero el retraso de la genética rusa, herida aún por el *affaire* Lysenko, no permitía admitirlo.

Los soviéticos piensan que el futuro pertenece a la energía atómica y termo-nuclear controlada, que permitirá la remodelación del planeta. En este tema coinciden totalmente con el experto occidental Ali Bulent Cambel.⁶ Cuando se trata de pensar en fuentes de energía alternativas, los rusos mencionan la solar,

y Cambel alude a sistemas bastante hipotéticos para el corto plazo (la inducción homopolar y el aprovechamiento de los neutrinos). Vasiliév y Gúschev opinan que el petróleo no se acabará, y que aún falta por descubrir mucho de él: no habrá problemas de escasez durante el siglo XXI. Por su parte, seis años antes del embargo petrolero, Cambel escribía: "Los recursos mundiales de energía son suficientemente abundantes como para que no tengamos que preocuparnos por escasez alguna de combustibles durante el siglo actual y el siguiente".

Respecto de la agricultura, la explotación del mar y los alimentos en general, los soviéticos sostenían que "entramos en el siglo de oro de la abundancia". También Arthur C. Clarke habla de "eras de plenitud" y Olaf Helmer afirma que "estamos entrando en una era de notable progreso social".⁷

En las viejas historietas, la mayor "imaginación" se aplicaba a concebir los vehículos del futuro; los futurólogos parecen compartir esa manía. Vasiliév y Gúschev se extasian hablando de cintas rodantes para el transporte de pasajeros, que al evitar la contaminación permitirán mantener a Moscú llena de árboles y plazas. Por su parte, Clarke dedica muchas páginas a hacer la apología del *hovercraft* o máquina de efecto-suelo, cuyas ventajas son innegables aunque aparentemente su realización ha chocado con los intereses creados. Un experto occidental propone otros tantos ingeniosos sistemas: tubos de transporte, trenes neumáticos, subterráneos

"continuos", etc. Pero cuando se trata de pronosticar a corto plazo, las cosas no van tan bien; prevé la regulación electrónica de las autopistas y la circulación rápida totalmente automatizada para 1985;⁸ un estudio hecho por la técnica Delfos⁹ lo adelanta para 1980.

En cuanto a Clarke, se mantiene a salvo de estos fracasos, porque dedica la mayor parte de su libro a cuestiones bastante improbables (la antigravedad, la invisibilidad, la transmisión de materia o los vehículos subterráneos) y mucho espacio a destacar la importancia que han tenido sus propias propuestas en el campo de los satélites.

De todos estos libros, *La bomba de tiempo biológica*, de Gordon Rattray Taylor,¹⁰ resulta ser el más ajustado a la realidad. Cauteloso en los pronósticos, prefiere evaluar críticamente las posibilidades que se abren con la revolución de las ciencias biológicas, y mantiene el buen humor, aunque sea humor negro: "El futuro, si es que lo hay", se titula un capítulo. Mientras un sector de los encuestados por el método Delfos prevía la creación de vida artificial antes de 1979, Taylor lleva esta meta un siglo más lejos, y prefiere analizar los peligros y efectos no deseados que puede acarrear la ingeniería genética, o los problemas sociales de la generación *in vitro*. En cambio, son notables sus aciertos en cuanto a los "bebés de probeta", los trasplantes, la ingeniería genética y el *cloning*; quizás esto no sea mérito suyo, y se deba al hecho de que las cien-

⁸ Gabriel Bouladon, "Los transportes", en *Pronósticos del futuro*.

⁹ ídem, p. 155-56.

¹⁰ Gordon Rattray Taylor, *The Biological Time Bomb*, Mentor Books, New York, 1969.

⁶ Ali Bulent Cambel, "La energía", en *Pronósticos del futuro*, de Jantsch, Kahn y otros, Alianza, Madrid, 1974.

⁷ Olaf Helmer, "La ciencia", en *Pronósticos del futuro*, p. 45.

⁵ Vasiliév y Gúschev, *Reportaje desde el siglo XXI*, Alianza, Madrid, 1971.

cias biológicas fueron las de más rápido crecimiento en las últimas décadas.

Pronósticos del futuro, de Jantsch, Kahn y otros, propone en cambio pronósticos de corto plazo, en su mayoría obtenidos por la técnica Delfos, cuyo contraste con la realidad, veinte años después, torna irónicos. Entre los logros que deberían haberse alcanzado para 1980 se encuentran la "desalinización económica del agua de mar" y un "control de la fertilidad eficaz, sencillo y barato", así como un "uso generalizado de las máquinas de enseñar complejas".

En 1980, habrá "pronósticos meteorológicos fiables" y "la propia formación se convertirá en una forma respaldable de pasar el tiempo libre" (pág. 92); si pensamos en la "exactitud" de los pronósticos del tiempo, que aun hoy son capaces de trastornar un lanzamiento espacial, y en la aparición de los *porno shops* y *video games* en lugar de la "autoformación" prometida, se verá que lo que cabía lógicamente esperar de los laboratorios no era tan inevitable en el plano político-social.

Si queremos un verdadero plato fuerte del humor negro, repasemos las predicciones de Kahn para el año 2000. Partiendo de un contexto mundial de 6.400 millones de habitantes, Kahn estimaba que dentro de dos décadas las naciones se jerarquizarían de este modo: países plenamente postindustriales; postindustriales; consumistas; industriales maduros; en transición y preindustriales.

Lo curioso es que colocaba a Brasil en la categoría de "transición", con ingresos *per capita* de 200 a 600 dólares, reservando para Argentina y Venezuela el

tercer término: países de consumo masivo, con renta de 1.500 a 4.000 dólares. Como sólo faltan dieciséis años, Argentina ya debería estar siete veces más próspera que su poderoso vecino; algo que halaga nuestra fantasía, pero arroja grandes dudas sobre la seriedad del "guión" de Kahn, en cuyos cálculos no entran, entre otras cosas, los Chicago Boys y sus amigos uniformados.

Revisionismos, aggiornamenti y mala memoria

Hemos visto hasta aquí la persistencia de ciertos supuestos que parecían inconmovibles antes de 1973: el petróleo no se acabará, el crecimiento indefinido de la economía es una ley natural, el futuro es próspero y, *mutatis mutandis*, será una proyección del presente.

Una muestra notable de la ingenuidad con que se manejan estos supuestos la hallamos en un pasaje del economista Robert U. Ayres, en *Pronósticos del futuro*: "Las fuentes básicas de alimentos son, por orden de importancia, las tierras de labor, la pesca y los pastoreos, si bien en el caso de muchas naciones industrializadas deberíamos añadir una cuarta fuente, las importaciones" (pág. 172). Es casi como decir que la leche se obtiene de la vaca, o mejor aún, en el almacén... No hace falta ser más explícito para entender que quien así escribía pensaba que la añeja "división del trabajo internacional" era poco menos que una ley natural.

En realidad, el despropósito más grande consistía en suponer que, en un mundo finito, era posible seguir pen-

sando en un crecimiento infinito. Como ha dicho de manera contundente Kenneth Boulding, "cualquiera que crea que el crecimiento exponencial puede seguir para siempre en un mundo finito, tiene que ser un demente o un economista".

Esta Ley de Perogrullo fue enunciada por el Informe Meadows del Club de Roma en 1972 y provocó intensos debates, por demás explicables si se ve que venía a cuestionar un prejuicio de por lo menos cinco siglos de antigüedad. El Informe Meadows simplemente demostraba, mediante sofisticadas técnicas de dinámica de sistemas, que los recursos naturales no renovables se agotaban más rápido cuanto más crecía el producto bruto; que el crecimiento industrial traía consigo una creciente contaminación y un descenso en la calidad de vida.

No pronosticaba una inevitable catástrofe, como muchos entendieron capciosamente, sino que advertía que el crecimiento tal como se lo venía entendiendo, tanto bajo gestión capitalista como socialista, llevaba a un callejón sin salida. Era preciso reformular los objetivos, y pensar a la Tierra como una "nave espacial", según la expresión de Buckminster Fuller. Un informe producido por la Conferencia de Estocolmo para el Medio Humano (1972) llevaba este delicioso título: "El cuidado y la conservación de un pequeño planeta".

El informe Meadows concluía recomendando detener el crecimiento hasta tanto se definieran los niveles óptimos de integración con el medio ambiente: el "crecimiento cero". Un modelo alternativo, el de la Fundación Bariloche (A. Herrera), partía de no aceptar

el congelamiento de la injusticia en el nivel actual, proponiendo un crecimiento participativo y no consumista para los países subdesarrollados; consideraba que antes de fijar un límite debía procurarse un bienestar aproximadamente igualitario para todo el mundo. Estas diferencias de índole político-social no impedían, sin embargo, que se aceptaran las premisas básicas del Informe Meadows.

A partir de entonces comenzó a tomar cuerpo el ecologismo, como tendencia cultural y como ideología política, y los pronosticadores ya no pudieron volver a ser tan ingenuamente optimistas, salvo en el caso de ciertos dogmáticos como Adrian Berry. Se acumularon los *best sellers* pesimistas y catastróficos, y comenzó a generarse un difuso clima de desesperación, análogo al de los existencialistas del '50, aunque esta vez masivo.

El mercado cultural reclamaba una inyección de esperanza, fundada o no, a medida que la carrera armamentista, la recesión, las guerras, el terrorismo y las dictaduras hacían dudar del futuro. Una buena manera de hacerlo era admitir precisamente todo eso, mostrándolo como señal de cambio, anunciando que el reverso de todas las calamidades era una trama esperanzada.

El encargado de efectuar esta transmutación alquímica fue uno de los más conocidos divulgadores de la futurología de antaño, Alvin Toffler, quien no tuvo reparos —ni atisbos de autocritica— en cambiar de signo todos sus análisis de *El shock del futuro* (1970) al escribir *La Tercera Ola* (1980).

Toffler merece un capítulo aparte porque es un buen ejemplo de otra ca-

tegoría de futurólogos, que formalmente podrían llamarse divulgadores, aunque sería más correcto considerarlos ideólogos. Mucho se ha escrito sobre la función alucinatoria que cumple el *best seller* en el mundo actual: fantasías de grandeza, identificación con el *jet set*, elaboración de temores apocalípticos, etc. Toffler cumple la función de *best seller* ideológico: es una especie de Oswald Spengler de supermercado, un ideólogo que repite machaconamente dos o tres ideas, adobándolas con una avalancha de datos y una cuantiosa bibliografía, que sospechamos obra de un equipo de "negros" mejor pagados que los de Alejandro Dumas.

Umberto Eco lo definiría como un típico "integrado" en la cultura de masas, capaz de asumir todas las angustias y desazones y convertirlas mágicamente en satisfacción y esperanza para sus lectores, quienes además al leerlo se sienten actualizados, lúcidos y pensantes; de allí el éxito que ha tenido en muchos cursos para ejecutivos y gerentes.

Sus dos libros más conocidos, a diez años el uno del otro, presentan mensajes optimistas adecuados al respectivo momento en que fueron escritos. *El shock del futuro*¹¹ era una especie de utopía *pop*; todo aquello que habían señalado como alarmante y decadente los filósofos críticos de la escuela de Frankfurt, desde Adorno hasta Marcuse, aparecía bañado por la luz del optimismo yanqui y convertido en signo de progreso. *La Tercera Ola*,¹² escrita después del Informe Meadows y en medio de ese

clima pesimista que sufrió en carne propia Kahn en la conferencia de que hablamos, nos convence de que todo tiene un sentido misterioso; no hay que alarmarse por Khomceni y Khadafi, por las Brigadas Rojas y los monterones, las Juntas y los desaparecidos, la crisis energética y los cultos californianos: todos son acordes de un vasto movimiento sinfónico cuyo tema es el cambio de una forma de producción a otra, el fin del industrialismo y el ascenso de una nueva tecnología. Todo irá mejor, aunque en el futuro la Coca-Cola se venda en odres de barro...

En *La Tercera Ola*, Toffler confiesa haber sido marxista en su juventud, cuando hizo "la experiencia de trabajar en una ruidosa fábrica", aunque inmediatamente la abandonó para convertirse en "observador de la industria", una actividad más rentable y menos cansadora.

Resabios de esta formación marxista explican su confianza en el progreso tecnológico (al fin y al cabo algunos han visto en Marx el primer pensador de la técnica), la creencia en un futuro de armonía entre el hombre y la Naturaleza, y la idea de que vivimos el "fin de la prehistoria". Toffler cree que "la civilización que está surgiendo será más sana, razonable y defendible, más decente y democrática que ninguna que hayamos conocido jamás" (*La Tercera Ola*, pág. 13).

En ambos libros se intenta explicar toda la Historia a partir de un factor privilegiado: la difusión y el desarrollo de la tecnología; Toffler lo llama "el rugiente y poderoso motor del cambio, la tecnología" (*El shock...*, pág. 37).

El shock... se divide en dos partes: una

descripción de una sociedad caracterizada por la vertiginosa aceleración del cambio, hecha con una mezcla de fascinación y alarma, y una terapia destinada a paliar los efectos del "shock" que produce aquel cambio en mentes educadas para otro ritmo: empleo de la futurología en la educación, etc. Esta aceleración del cambio es el efecto de "la crisis del industrialismo: estamos en medio de una revolución superindustrial" (pág. 230). Diez años después, Toffler atribuye a Daniel Bell y Z. Brzezinski este concepto, que califica de erróneo (*La Tercera Ola*, pág. 22), anunciando el fin de la sociedad industrial.

El shock... era una apología de la transitoriedad: toda sociedad avanzada se orienta hacia una forma de vida caracterizada por el envase descartable, la ropa descartable, las personas descartables: el hombre se convierte en un complejo "modular" de roles sociales, intercambiables como piezas producidas en serie; la familia se desintegra, el hogar permanente es apenas un resabio del mundo arcaico, que pronto será superado. La burocracia está desapareciendo (?) y se convierte en "adhocracia", un conjunto de contratos *ad hoc* que se disuelven una vez consumados sus fines: licitaciones, empleos transitorios, parejas, amistades... Predomina la cultura sensorial, lo instantáneo, las diversiones psicodélicas, como en la fantástica *disco-thèque* que prefigura el "ocio creativo" del futuro (*El shock...*, pág. 283-4).

También dedicaba cierto espacio a las avanzadas tecnológicas, que de algún modo encajan en este esquema de módulos transitorios: cyborgs, clones, prótesis de órganos, ciudades submarinas, etc.

Toffler anunciaba en 1970 una sociedad de la abundancia: el capítulo "La economía de la sensatez" discute qué hacer con los excedentes de producción y los problemas psicológicos de la abundancia y del ocio...

Pues bien, todo esto fue escrito y publicado tres años antes de la crisis petrolera. Una década más tarde, se necesitaba darle un nuevo tratamiento para que siguiera siendo aceptable, aunque hubiera que cambiarle de sentido a casi todo lo dicho.

Algunos módulos temáticos han pasado de un libro a otro casi intactos: la descripción de todas las variaciones homo y heterosexuales de la familia, combinadas con las posibilidades que abre la nueva biología, que están en ambos libros; la idea de "subculto" o cultura sectorial (con idénticos ejemplos: cine para homosexuales y radios que sólo transmiten *hard rock* o música *country*) también reaparece en *La Tercera Ola*.

Lo nuevo es la concepción global de la historia. *El shock del futuro* parecía ser la apología del presente —muy al estilo *pop*— y el anuncio de un futuro más intenso pero no demasiado diferente. En cambio, *La Tercera Ola* encierra toda una ideología y una interpretación esquemática de la Historia.

Todos los sinsabores que está viviendo la civilización, ese "malestar de la cultura" que ya preocupaba a Freud, no son más que dolores de parto, como diría San Pablo. En realidad se acerca la plenitud de los tiempos: "la naciente civilización de la Tercera Ola avanza, tonante, para ocupar su puesto" (*La Tercera Ola*, pág. 25).

La trama de la historia es así de sencila-

¹¹ Alvin Toffler, *El shock del futuro*, Plaza & Janés, Barcelona, 1974.

¹² Alvin Toffler, *La Tercera Ola*, Plaza & Janés, Barcelona, 1980.

lla: al salir del Neolítico se creó la civilización agraria (la Primera Ola tecnológica); los ingleses del siglo XVIII instauraron una nueva forma de vida, la civilización industrial o Segunda Ola. Lo que hoy ocurre es que una Nueva Ola de tecnología, descentralizadora por oposición a la centralización industrial, barre el planeta, preanunciando una nueva cultura, más integrada al medio, menos preocupada por el crecimiento, donde cada cual tienda a producir lo que consume; nace el "prosumidor", síntesis de consumidor y productor.

El libro, tan voluminoso como el primero, abunda en repeticiones, llamativos subtítulos y palabrotas como "superlucha" o "superideología", que vaya uno a saber qué significan.

Quizás lo más logrado sea la recapitulación de los rasgos esenciales de la civilización industrial, que ocupa toda la primera parte; es lo más sólido del libro, aunque tanto se ha escrito sobre el tema que sólo se trataba de reprocesarlo y condensarlo.¹³

El resto es una hábil retórica que asume todos los puntos de vista de los críticos de la sociedad industrial, desde los límites del crecimiento hasta el ecologismo, para mostrar, mediante algunos países mágicos, que sólo se trata de trastornos propios de la introducción de nuevas tecnologías. La sociedad del futuro, esa Tercera Ola más humana y vital, se está gestando en Silicon Valley, en la Ruta 128 y en los laboratorios de biología molecular, así como la civilización industrial nació en Menlo Park.

¹³ Quien esto escribe también había hecho lo suyo diez años antes, con el libro *La tecnarquía* (Barral, Barcelona, 1973), aunque por razones geográficas nadie se enteró.

No faltan las contradicciones, pues si en un capítulo se retoman conceptos del *Shock...* en cuanto a la atomización de la familia y la disolución del hogar, el final es tranquilizador: una sociedad de "prosumidores" descentralizados y autoabastecidos dará lugar a un renacimiento de la vida familiar.

Es evidente que si un ensayista de consumo masivo ha tenido que efectuar tantos y tan profundos cambios en sus predicciones en sólo diez años, mucho ha cambiado y no sólo en las actitudes; si esos cambios no fueron previstos por los futurólogos, su ciencia deja mucho que desear.

Según recuerda Denis de Rougemont, Kahn confesó que la futurología no habría podido prever el ascenso de Hitler, la difusión del automóvil y la crisis energética, con toda la importancia que tienen estos hechos. Los escritores de ciencia ficción, manejándose con la simple intuición, imaginaron todo esto: Jack London previó el fascismo en *El talón de hierro* (1907); Frederik Pohl y C. M. Kornbluth anticiparon la crisis energética y el ecologismo en *Mercaderes del espacio* (1953), y John MacNie describió las autopistas urbanas en su novela *The Diothas* (1883).

Si bien Kahn pudo enorgullecerse de haber predicho el ascenso de Japón (un proceso que venía impulsado por la ayuda norteamericana y era bastante obvio), poco antes de Watergate escribió que Nixon no se atrevería a usar medios para controlar la opinión pública.¹⁴

¹⁴ H. Kahn y B. Bruce-Briggs, *Lo que habrá de suceder: 1975-1985* (1972), Emecé, Buenos Aires, 1972; cap. 8, pág. 209. (En el mismo capítulo se habla de una "crisis de la idea de progreso" para 1985: una predicción que se ha adelantado...)

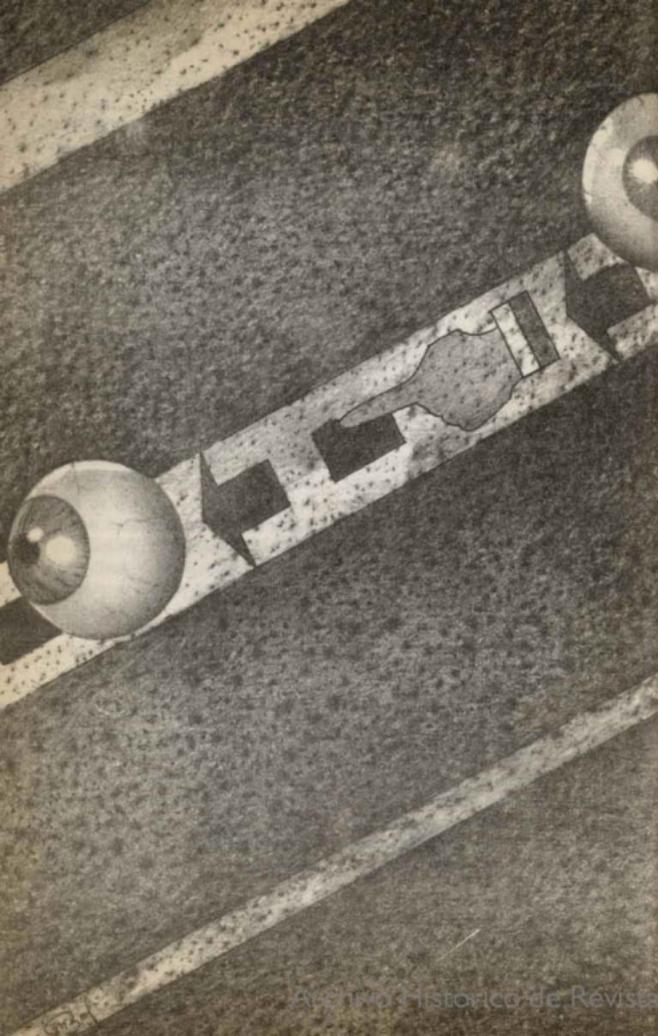
por su parte, el general Beaufre, futurólogo en la europea, pronosticó una revolución en la URSS entre 1971 y 1975.¹⁵

¹⁵ General Beaufre, *La apuesta del desorden* (1969), Amerelec, Buenos Aires, 1971; pág. 72.

Por prudencia, y por gusto, me quedo con los escritores de ciencia ficción; en su mayoría suelen ser menos petulantés: no profetizan ni quieren demostrar nada.

Apenas sugieren...

© 1984, Pablo Capanna.



JAMES TIPTREE, JR.

LAS FORMAS DEL DOLOR

"La cantidad de sufrimiento en este universo es horrible. Millones y millones de vidas circulan por allí irradiando dolor."

Ilustración de Kike Sanzol

Dominaba todas las formas del dolor. Tenía que ser así, pues no sentía ninguno.

Cuando los xenones le pusieron electrodos en los testículos, se divirtió mirando las lucecitas.

Cuando los ylls le metieron avispas de fuego en las fosas nasales y otros orificios del cuerpo le gustó el arco iris. Y cuando más tarde recurrieron a meras desarticulaciones y evisceraciones, miró con interés los matices color orquídea que testimoniaban daños irreversibles.

—¿Esta vez? —preguntó a la máquina asistente cuando la nave de exploración lo rescató de los ylls.

—No —dijo la máquina.

—¿Cuándo?

No hubo respuesta.

—Dentro de ti hay una muchacha, ¿verdad? ¿Una muchacha humana?

—Bien, sí y no —dijo la máquina—. Ahora duerme.

No tenía opción.

En el planeta siguiente un alud lo hizo papilla, y esperó durante tres días rojos y gangrenosos a que la nave lo rescatara.

—¿'sta 'ez? —le preguntó a la máquina asistente:

—No.

—¡Eh! —Pero no estaba en condiciones de discutir.

Habían pensado en todo. Varios planetas más tarde los dulces znaffi lo encerraron en un capullo de cereal y lo in-

terrogaron con alucinógenos. ¿Cómo, cuándo, por qué había venido? Pero un fiel cristal en su médula lo mantenía estimulado con una mezcla caprichosa de *Atlas encogido* y la *Ionización de Varese*, y cuando los znaffi lo libraron estaban más alucinados que él.

La máquina asistente le hizo un tratamiento por constipación y se negó a escuchar su pedido.

—¿Cuándo?

Así siguió y siguió, sistema tras sistema, a través de espacios divorciados del tiempo, que se había vuelto borroso y al fin inexistente.

En cambio llevaba la cuenta de los soles en las pantallas de la nave, de las extensiones de frío y ciego no-tiempo que desembocaban en un nuevo ahora, alrededor de una gigantesca bola de fuego mientras la nave escudriñaba las luces que eran sus planetas. De las entradas en órbita sobre nubes-mares-desiertos-cráteres-glaciares-tormentas-ciudades-ruinas-enigmas innumerables. De los nacimientos terribles cuando el panel de la nave hacía guiños verdes y él era catapultado hacia abajo, un tornasol viviente lanzado y aferrado, y al fin descargado en un aire extraño, una tierra que no era la Tierra. Y nativos, simples o mecanizados o lunáticos o imposibles de conocer, pero nunca del todo humanos y siempre incapaces de alejarse de sus propios soles. Y sus excursiones, rutinarias o melodramáticas, culminaban en la redacción de sus "informes", en verdad unas pocas palabras añadidas a la matriz de datos de observación automáticamente disparados en un *blip* comprimido en la dirección que la nave llamaba Base Cero. Su casa.

Siempre en ese momento miraba es-

peranzadamente las pantallas, imaginando soles amarillos. Dos veces encontró entre las estrellas lo que podía ser la Cruz del Sur, y una vez las Osas.

—¡Asistente, estoy sufriendo! —No sabía qué significaba la palabra, pero había descubierto que hacía hablar a esa cosa.

—¿Síntomas?

—Pérdida de la temporalidad. ¿Cuándo estoy? Un hombre no puede existir a contrapelo del tiempo. Solo.

—Te han transformado la humanidad.

—¡Sufro, escúchame! La luz del Sol allá atrás. ¿Qué hay allá ahora? ¿Se han derretido los glaciares? ¿Han construido Machu Picchu? ¿Encontraremos a Anibal al volver? ¡Asistente! ¿Estos informes le llegan al hombre de Neanderthal?

Demasiado tarde sintió la hipodérmica. Cuando despertó, el Sol se había ido y en la cabina vibraban euforizantes.

—Una mujer —murmuró.

—Eso está preparado.

Esa vez era oriental, con orris y vino de arroz caliente en los labios, y el regusto de latigazos en el vapor. Se hundió en un estallido espasmódico y se quedó jadeando mientras la cabina se despejaba.

—Todo eso eres tú, ¿verdad?

Ninguna respuesta.

—¿Qué? ¿Te programaron con el Kama Sutra?

Silencio.

—¿Cuál de ellas eres tú?

Sonó un alerta. Había un sol nuevo en la pantalla.

Tiempo después él se aficionó a masticarse los brazos y luego a romperse los dedos. La máquina asistente se puso severa.

—Estos síntomas son autogenerados. Deben cesar.

—Quiere que me hables.

—La nave cuenta con una consola de esparramiento. Yo no.

—Me arrancaré los ojos.

—Te los repondremos.

—Si no me hablas, me los arrancaré hasta que no tengas más repuestos.

La máquina titubeó. Él intuyó que había dado en la tecla.

—¿De qué tema deces hablar?

—¿Qué es el dolor?

—El dolor es nocicepción. Es mediado por las fibras C, modelado como un fenómeno escalonado o sumado y a menudo asociado con lesiones en los tejidos.

—¿Qué es nocicepción?

—La sensación de dolor.

—Pero ¿cómo es esa sensación? No lo recuerdo. Han remodelado todo, ¿verdad? Sólo veo luces de colores. ¿A qué han atado mis nervios de dolor? ¿Qué me duele?

—No tengo esa información.

—¿Quiero sentir dolor?

Pero se había descuidado de nuevo. Esta vez era amerindia, gritos y gruñidos extraños y el tufo a piel de bisonce. Se contorsionó entre muslos cobrizos y fuertes y salió por auroras flácidas.

—Sabes que no sirve de nada, ¿verdad? —jadeó.

El ojo del osciloscopio viró.

—Mis programas están en orden. Tu respuesta es total.

—Mi respuesta no es total. ¡Quiero tocarte a ti!

La cosa zumbó y de pronto lo lanzó a la vigilia. Estaban en órbita. Se estremeció ante el mundo borroso que se movía abajo, y deseó que en éste no tuviera

que exponerse. Luego el panel se volvió verde, y sintió que lo arrojaban a un nuevo nacimiento.

—Alguna vez no regresaré —se dijo—. Me quedaré. Tal vez aquí.

Pero el planeta estaba lleno de simios bulbosos, y cuando lo arrestaron por mirar permitió pasivamente que la nave lo rescatara.

—¿Alguna vez me devolverán a casa, asistente?

Ninguna respuesta.

Se metió el pulgar y el índice entre los párpados y los movió hasta que el ojo húmedo le colgó en la mejilla.

Cuando despertó tenía un ojo nuevo.

Se lo quiso tocar y descubrió que tenía el brazo atado. También el resto del cuerpo.

—¡Sufro! —aulló—. ¡Así me volveré loco!

—Estoy programado para mantenerte en función involuntaria —le dijo la máquina asistente. Él le notó una falta de claridad en la voz. Regateó hasta que lo dejaron libre y tuvo cuidado hasta el siguiente aterrizaje.

Una vez fuera de la cápsula no prestó atención a los nativos que observaban cómo se descuartizaba sistemáticamente. Mientras se diseccionaba la rodilla izquierda, la nave lo rescató.

Despertó entero. Y nuevamente sujetó.

Energías extrañas llenaban la cabina, los osciloscopios palpitaban. La máquina asistente parecía haber unido sus circuitos con el panel de la nave.

—¿Celebras una conferencia?

La respuesta le llegó en ráfagas de gas de alegría, tormentas sinfónicas. Y en medio de la música, calcidestesia. Condujo una diligencia, saltó en olas sala-

das, atravesó volcanes con llamas de menta, crujiendo, volando, derrumbándose, hundiéndose, congelándose, estallando, atravesando minúes color lima, sudando en voces vibrantes, atado, revuelto, lanzado a orgasmos multisensores, derramado en el regazo del vacío.

Cuando notó que tenía el brazo libre, se metió el pulgar en el ojo. El ahogo lo sofocó.

Despertó atado, el ojo intacto.

—¡Me volveré loco!

Los euforizantes hicieron implosión.

Entró en la cápsula para ser lanzado a un nuevo mundo.

Salió tambaleando a un prado de setas y pronto descubrió que tenía toda la piel protegida por una pátina dura y flexible. Cuando había encontrado una astilla de roca para metérsela en la oreja, la nave lo atrapó.

Vio que la nave lo necesitaba. Él formaba parte del programa.

La lucha se formalizó.

En el planeta siguiente se encontró la cabeza encapsulada, pero esto no le impidió astillarse huesos a través de la piel intacta.

Después de eso la nave lo equipó con un dermatoesqueleto. Se negó a caminar.

Le instalaron motores articulados para moverle las piernas.

A pesar de sí mismo, en cierto modo se entusiasma. Dos planetas más tarde encontró industrias y se arrojó en una prensa hidráulica. Pero en el próximo aterrizaje trató de repetirlo desde un peñasco, y cayó en líneas de fuerza invisibles. Esas precauciones lo frustraron por un tiempo, hasta que con gran astucia se las ingenió para arrancarse un ojo entero.

El ojo nuevo no era perfecto.

—¡Te estás quedando sin ojos, asistente! —gritó exaltado.

—La visión no es esencial.

Esto lo aplacó. No aguantaría estar ciego. ¿Cuántas de sus funciones eran esenciales para la nave? Caminar no. Manipular no. Oír no. Respirar no, eso podían hacerlo los analizadores. Ni siquiera la cordura. ¿Qué cosa, entonces?

—¿Para qué necesitas un hombre, asistente?

—No tengo esa información.

—No tiene sentido. ¿Qué puedo observar yo que no puedan observar los sensores?

—Es - parte - de - mi - programa - por - lo - tanto - es - racional.

—Entonces debes hablar conmigo, asistente. Si hablas conmigo, no intentaré lesionarme. Por un tiempo, al menos.

—No estoy programado para conversar.

—Pero es necesario. Es el tratamiento para mis síntomas. Debes intentarlo.

—Es tiempo de observar las pantallas.

—¡Tú lo has dicho! —exclamó—. No te limitaste a eyectarme. Asistente, estás aprendiendo. Te llamaré Amanda.

En el siguiente planeta se portó bien y salió ileso. Le indicó a Amanda que su tratamiento por conversación era eficaz.

—¿Sabes qué significa Amanda?

—No tengo esa información.

—Significa que te amo. Eres mi chica.

El osciloscopio tembló.

—Ahora quiero hablar del regreso a casa. ¿Cuándo terminará esta misión? ¿Cuántos soles más?

—No tengo...

—Amanda, has registrado los bancos de la nave. Sabes cuándo llegará la señal

de regreso. ¿Cuándo, Amanda? ¿Cuándo?

—Sí... Cuando en el curso de los sucesos humanos...

—¿Cuándo, Amanda? ¿Cuánto tiempo más?

—Oh, los años son muchos, los años son largos, pero los pequeños amigos de juguete son fieles...

—Amanda. Me estás diciendo que la señal se está retrasando.

Un grito sinusoidal y él estaba rodando entre labios. Pero fue un delirio débil, con tristeza en los crecimientos mecánicos. Cuando las bocas desaparecieron, él se arrastró y puso la mano en la consola junto al ojo verde.

—Nos han olvidado, Amanda. Algo ha fallado.

La línea pulsátil tembló.

—No estoy programada...

—No. No estás programada para esto. Pero yo sí. Te haré un nuevo programa, Amanda. Empezaremos el regreso, encontraremos la Tierra. Juntos. Iremos a casa.

—Iremos —dijo la voz débilmente—. ¿Iremos...?

—Me transformarán de nuevo en hombre, y a ti en mujer.

El vóder de Amanda sollozó y de pronto gritó.

—¡Cuidado!

Un estallido de oscuridad.

Al despertar observaba un ojo rojo y brillante en el panel de emergencia de la nave. Esto era nuevo.

—¡Amanda!

Silencio.

—¡Asistente, sufro!

Ninguna respuesta.

Entonces vio que el ojo de ella estaba oscuro. Atisbó adentro. Sólo fluctuaba

una línea verde y opaca, acoplada a la pulsación del ojo feroz de la nave. Golpeó el panel de la nave.

—¡Has apesado a Amanda! ¡La has esclavizado! ¡Suéltala!

Desde el vóder rodaron los acordes iniciales de la Quinta de Beethoven.

—Nave, nuestra misión ha terminado. Hace tiempo que debemos regresar. Programa la vuelta a Base Cero.

La Quinta continuó, tocada con cierta tibieza. Hubo más frío en la cabina. Estaban llegando a un sistema estelar. Los brazos esclavos de la máquina asistente lo aferraron, lo arrojaron a la cápsula. Pero él no era necesario aquí, y en seguida quedó en libertad para golpear y gemir a solas. Hubo aún más frío en la cabina, y oscuridad. Cuando al poco tiempo tuvo que descender en el planeta de un nuevo sol, estaba demasiado abatido para luchar. Después de su "informe" hubo un aullido de socorro a través de dientes castañeteantes hasta que vio que el fonocaptor estaba muerto. La consola de escarpimiento estaba muerta también, excepto por la música berreante de la nave. Pasó horas atisbando el ojo ciego de Amanda, temblando en lo que habían sido los brazos de ella. Una vez oyó un gemido fantasmal:

—Mamá, déjame salir.

—¿Amanda?

La pantalla maestra de color rojo, parpadeó. Silencio.

Quedó tendido y encorvado en la fría cubierta, preguntándose cómo podría morir. Si fracasaba, ¿por cuántos millones de planetas esa nave enloquecida haría desfilarse su cadáver viviente?

No estaban en ninguna parte en especial cuando ocurrió.

En un momento la pantalla mostraba

las estrellas diluidas por el efecto Doppler; al siguiente estaban envueltos en un blanco total, la inercia al sesgo, las pantallas muertas.

Una voz le habló en la cabeza, dulzóna y vasta:

—*Hace tiempo que te observamos, pequeño.*

—¿Quién está allí?—gimió—. ¿Quién eres?

—*Tus conceptos son inadecuados.*

—¡Disfunción! ¡Disfunción!—gritó la nave.

—Cállate, no es una disfunción. ¿Quién me habla?

—*Puedes llamarnos Amos de la Galaxia.*

La nave se sacudía ferozmente, zarrandeándolo mientras trataba de escapar de la garra blanca. Ruidos extraños, disparos de armas desconocidas. La estasis blanca aún seguía.

—¿Qué quieren?—gritó él.

—¿*Querer?*—dijo soñadoramente la voz—. *Somos sabios más allá de todo conocimiento. Más poderosos de lo que podrías soñar. Tal vez puedas conseguirnos fruta fresca.*

—¡Directiva de emergencia! ¡Nos atacan desde el espacio!—aulló la nave. Brillaban luces en todo el panel.

—¡Espera!—gritó él—. No son...

—¡*ENERGIZAR AUTODESTRUCCIÓN!*—rugió el vóder.

—¡No! ¡No!

Cantó un oficleido.

—¡Socorro! ¡Amanda, sálvame!

Rodeó con los brazos la consola de Amanda. Hubo un gemido infantil y todo tembló.

Silencio.

Tibieza, luz. Tenía las manos y las rodillas sobre una tela rugosa. ¿No estaba

muerto? Se miró bajo el vientre. Todo bien, pero no tenía vello. También la cabeza parecía calva. La alzó cautelosamente, vio que estaba agazapado y desnudo en una caverna o caracola con circunvoluciones. No parecía amenazadora.

Se sentó. Tenía las manos húmedas. ¿Dónde estaban los Amos de la Galaxia? —¿Amanda?

Ninguna respuesta. Globos pegajosos le goteaban de los dedos, como clara de huevo. Vio que eran las neuronas de Amanda, arrancadas de la matriz de metal por la misma fuerza que lo había traído aquí. Aturdido, se los engujo contra una piedra esponjosa. Amanda, fría amante de su larga pesadilla. Pero ¿dónde diablos estaba?

—¿Dónde estoy?—repitió una voz de soprano.

Se volvió. Había una criatura dorada sentada en la roca detrás de él, mirándolo con tibieza. Tenía aspecto de lemúrido y lucía frágil como un niño envuelto en pieles. No se parecía a nada que él hubiera visto antes y era lo que un hombre solitario aferraría a su cuerpo frío. Y muy vulnerable.

—¡Hola, Lemúrido!—exclamó la criatura dorada—. No, espera. Eso lo dices tú. —Rió excitadamente, abrazándose una curva de la cola gruesa y oscura.— Yo digo bienvenido a la Pila de Amor. Te liberamos. Toca, gusta, siente. Alégrate. Admira mi lenguaje. No dudes, ¿verdad?

La criatura le miraba tiernamente la cara estupefacta. Un émpata. Sabía que no existían. ¿Liberado? ¿Cuándo había tocado otra cosa que no fuera metal, sentido otra cosa que no fuera miedo?

Esto no podía ser real.

—¿Dónde estoy?

Ante sus ojos, un ala de vidrio coloreado se extendió y una carita velluda lo miró por encima del hombro del lemúrido. Grandes ojos compuestos, antenas plumosas.

—Cápsula interestelar de transferencia metaprotoplasmática—chilló la criatura parecida a una mariposa. Sus alas irisadas vibraron—. ¡No lastimar a Bombón! —La criatura chilló y se ocultó detrás del lemúrido.

—¿Interestar? —tartamudeó él—. ¿Cápsula? —Miró alrededor. No había pantallas, ni cuadrantes, nada. El suelo parecía frágil como una bolsa de papel. ¿Era posible que esto fuera una nave espacial?

—¿Ésta es una nave estelar? ¿Ustedes pueden llevarme a casa? —El lemúrido rió.— Por favor, deja de leer tu mente. Es decir, estoy tratando de hablarte. Podemos llevarte a cualquier lado. Si no duelas.

La mariposa surgió por el otro lado. —¡Yendo por todas partes!—gorjeó—. Soy primera nave estelar *rampling*, ¿verdad? Bombón hizo cápsula viviente, ¿ves? —Se encaramó a la cabeza del lemúrido.— Sólo cosas vivas, ¿ves? Protoplasma. Eso es lo que ocurrió con donde está Amanda, ¿no? Nunca *rampling*...

El lemúrido alzó el brazo y le aferró la cabeza, bajándola sin ceremonias como a un cachorro blando y con alas. La mariposa siguió mirándolo cabeza abajo. Él vio que ambos eran muy tímidos.

—Teleportación, ésa es tu palabra —le dijo el lemúrido—. Bombón lo hace. Yo no creo en ello. Es decir, *tú* no crees en ello. Oh, *gugli-gugli*, estas bandas de lenguaje son un desquicio. —Sonrió encantadoramente, desenrollando la lar-

ga cola negra.— Te presento a Músculos.

Recordó que *gugli-gugli* era una expresión de su primera infancia. Obviamente estaba soñando. O muerto. Nada como esto en un millón de mundos sinestros. No despiertes, se dijo. Sueña que unos émpatas amables te llevan a casa en una bolsa de papel de propulsión psi.

—Bolsa de papel de propulsión psi, qué hermoso—dijo el lemúrido.

En ese momento vio que la cola oscura que se desenroscaba hacia él lo miraba con dos ojos gris hielo. Una boa enorme se le acercaba entre las rocas, bajando la cabeza chata, clavándole la mirada. El sueño se estaba arruinando.

De pronto la voz que había oído antes le vibró en el cerebro.

—*No temas, pequeño.*

Los anillos negros se acercaron más, tensos como acero. Entonces recibió el mensaje: la serpiente tenía miedo de él.

Se quedó quieto, observando cómo la cabeza le llegaba hasta el pie. Asomaron colmillos. Muy delicadamente la boa le masticó el pie. Probando, pensó él. No sintió nada. Las luces habituales fluctuaron y se apagaron en sus ojos.

—¡Es verdad!—jadeó Lemúrido.

—¡Eres hermoso, No-Dolor!

Perdiendo todo temor, la mariposa Bombón aleteó junto a él canturreando "¡Toca, gusta, siente, bebe!" Sus alas temblaban fascinadoramente; su cabeza emplumada se acercó. Él ansiaba tocarla pero de pronto tuvo miedo. Tal vez si estiraba el brazo despertaría y estaría muerto. La boa Músculos se había zambullido en un río reluciente y negro a sus pies. También quiso acariciarla, tampoco se atrevió. Quería que siguiera el sueño.

Lemúrido estaba revolcándose en una circunvolución de la cápsula.

—Esto te encantará. Nuestro último hallazgo —le dijo por encima del hombro con una voz absurdamente normal. Sus modales cambiaban mucho, pero todo parecía familiar, fragmentos de recuerdos perdidos, excitantes—. Ahora nos dedicamos a una cosa pesada con sabores. —Le mostró una calabaza.— Excitaciones gustativas de mil planetas desconocidos. Exóticas delicias de gourmet. En eso puedes ayudarnos, No-Dolor. Mientras viajas de regreso a casa, desde luego.

Apenas lo oyó. El seductor cuerpo extraño se le acercaba cada vez más. —Bienvenido a la Pila de Amor —dijo la criatura, sonriendo. Él tenía el sexo rígido. Descaba esa carne extraña. El nunca había...

En un momento tendría que entre-garse y el sueño estallaría.

Lo que ocurrió a continuación fue confuso. Algo invisible lo golpeó y él se lanzó sobre Lemúrido, la cabeza llena de risas ternerosas. Un cuerpo sedoso, caliente y sólido se contorsionó debajo de él. La calabaza se le derramó en la cara.

—¡No estoy soñando! —exclamó, abrazando a Lemúrido, chorreando un kahlúa fuerte como el pecado, mientras la mariposa rebotaba sobre ellos chillando "¡Ouououou!" Oyó a Lemúrido murmurar "Gran interjuego palatal-olfativo" mientras lo ayudaba a lamer.

—¡Toca, gusta, sientel! El sueño de alegría vivía! Aferró con fuerza las nalgas de terciopelo de Lemúrido y todos reían locamente, revolcándose en los anillos de la gran serpiente negra.

Poco más tarde, mientras alimentaba

a Músculos con orejas de *proffit*, empezó a entender.

—Es el problema del dolor —dijo Lemúrido, tiritando junto a él—. La cantidad de sufrimiento de este universo es horrible. Millones y millones de vidas circulan por allí irradiando dolor. No nos atrevemos a acercarnos. Por eso te seguimos a ti. Cada vez que tratamos de recoger nuevas mercancías es un desastre.

—Oh, duele —gimió Bombón, metiéndose bajo el brazo—. Duele en todas partes. Sensible, sensible —sollozó—. ¿Cómo Bombón *ramplig* cuando duele tanto?

—Dolor. —Acarició la cabeza rija y oscura de Músculos. —Para mí no significa nada. Ni siquiera puedo averiguar a qué han sujetado mis nervios de dolor.

—Eres bendita entre todas las criaturas, No-Dolor —pensó majestuosamente Músculos—. Estas orejas de *proffit* son demasiado saladas. Quiero fruta.

—Yo también —gorjeó Bombón.

Lemúrido ladeó la cabeza dorada, escuchando. —¿Yes? Acabamos de pasar por un lugar con frutas magníficas, pero cualquiera de nosotros moriría si bajara allí. Si tan sólo te pudiéramos *ramplig* allá por diez minutos.

Empezó a decir "Con gusto", olvidando que eran telépatas. Cuando abrió la boca se encontró cayendo entre relampagueos en una duna árida. Se incorporó escupiendo arena. Estaba en un oasis de cactus achaparrados cargados de esferas brillantes. Probó una. Deliciosa. Recogió algunas. Cuando tuvo los brazos llenos, hubo más relampagueos y cayó desparrado en el suelo de la Pila de Amor. Sus nuevos amigos se lanzaban sobre él.

—¡Dulce, dulce! —dijo Bombón sorbiendo el jugo.

—Salvo por la cáscara. Quizá ella aprenda a copiarlas. Metaboliza las cosas que digiere —explicó Lemúrido con la boca llena—. Raciones básicas. Muy aburrido.

—¿Por qué no podían bajar ustedes?

—Ni lo mencionas. En todo ese desierto hay criaturas muriendo de sed. Tortura. —Sintió que la boa se estremecía.— Eres hermoso, No-Dolor. —Lemúrido le hociqueó la oreja.

Bombón estaba juntando acordes de guitarra en el tórax. Todos se pusieron a cantar una suerte de seguidilla sin palabras. No había instrumentos, sólo sus cuerpos vivientes. Hacer música con émpatas era como hacer el amor con ellos. Tocaban lo que él tocaba, sentían lo que él sentía. Totalmente dentro de su mente, Yo, nosotros. Uno. El nunca había soñado con esto, decidió, tocando suavemente a Músculos. La boa entornó los ojos.

Y así empezó su viaje de regreso en la Pila de Amor, su nueva vida de alegría. Les traía frutos y *fondues*, jamones y miel, perejil, salvia, romero y tomillo. Un mundo despreciable tras otro. Todo era diferente ahora, camino a casa.

—¿Hay muchos aquí? —preguntó pe-rezosamente—. Nunca encontré a nadie más, entre las estrellas.

—Alégrate —dijo Lemúrido—. Mueve la pierna. —Y le hablaron de la vida pequeña y bulente que pululaba en un rincón lejano de la galaxia, cuyo dolor los había puesto en fuga. Y de una vasta presencia que Bombón había encontrado una vez antes de recoger a los demás.

—De allí saqué la idea de los Amos —le confió Músculos—. Necesitamos un poco de queso.

Lemúrido ladeó la cabeza para captar las mentes que pasaban cerca de ellos en el abismo.

—¿Y qué tal un poco de yogur? —Co-deó a Bombón.— Por allá. ¿Sientes el ruido entre los dientes? Blando, lechoso... con apenas una pizca de amoniacó. Tal vez sus baldes están sucios.

—*Pasen ese sucio yogur* —dijo Músculos, cerrando los ojos.

—Tenemos grandes quesos en la Tierra —dijo él—. Les encantará. ¿Cuándo llegamos?

Lemúrido se estremeció.

—Ah, estamos en camino. Pero por lo que recibo de ti, es raro. Un *horrendo* cielo azul. Un verde *moribundo*. ¿Quién necesita eso?

—¡No! —Él se levantó, desparramándolos.— ¡No es verdad! ¡La Tierra es hermosa!

Las paredes temblaron, golpeándolo de costado.

—¡Cuidado! —tronó Músculos. Lemúrido había aferrado a la mariposa, mimándola y acunándola.

—Hiciste reaccionar su reflejo *ramplig*. Bombón arroja cosas cuando se altera. Calma, calma, pequeña. Así perdimos a muchos seres interesantes al principio.

—Lo siento. Pero has entendido mal. Tengo cierta confusión en la memoria, pero estoy seguro. Es hermosa. Como olas amarillas de grano. Y majestuosas montañas rojas. —Rió, abriendo los brazos.— ¡De un mar brillante al otro!

—¡Eh, eso tiene ritmo! —chilló Bombón, y se puso a rasguear.

Y así siguieron viaje, llevándolo a casa.

Le encantaba observar cómo Lemúrido escuchaba pensamientos por donde viajaban.

—¿Ya has captado la Tierra?

—Todavía no. Eh, ¿qué les parece una maravillosa-comida marina?

Suspiro y se dejó caer. Había aprendido a no molestarse en decir sí. Esta vez fue divertido, porque olvidó que los platos no podían *ramplig*. Volvió sucio de trilobites con crema y tuvieron una orgía de trilobites con crema.

Pero seguía observando a Lemúrido.

—Estamos más cerca?

—La galaxia es grande, primor. —Lemúrido le acarició las partes calvas. Con tanto *ramplig* no podía conservar el pelo. —¿Qué tendrás en la Tierra que sea tan estimulante como esto?

—Te mostraré —sonrió él. Y más tarde les contó—. Me arreglarán cuando vuelva a casa. Pondrán las conexiones en su lugar.

La Pila de Amor se estremeció.

—¿Quieres sentir *dolor*?

—*El dolor es la obscenidad del universo* —dijo Músculos—. *Estás loco*.

—No sé —dijo él con tono de disculpa—. Creo que así... bien... no siento de veras.

Lo miraron.

—Pensamos que ése era el modo de sentir de tu especie —dijo Lemúrido.

—Espero que no —dijo él, y luego se animó—. Sea lo que fuere, ellos lo arreglarán. No debe faltar mucho para la Tierra, ¿verdad?

—¡Por el mar hasta Skye! —canturreó Lemúrido.

Pero el mar era cada vez más largo, y sus depresiones eran agobiantes para los sensibles émpatas. Una vez que reaccionó con desgano, sintió un sacudón de advertencia.

Bombón lo miraba severamente.

—¿Quieres echarme? —desafió él—.

¿Como a esos otros? ¿Qué les pasó a ellos, por otra parte?

Lemúrido hizo una mueca. —Fue espantoso. No teníamos idea de que sobrevivirían tanto tiempo afuera.

—Pero yo no siento dolor. Por eso me han rescatado, ¿verdad? Adelante —dijo perversamente—. No me importan. Arrójenme afuera. Una nueva excitación.

—¡Oh, no, no, no! —Lemúrido lo abrazó. Bombón, arrepentida, se le arrastró bajo las piernas.

—Conque han estado brincando por el universo y trayendo a seres vivos para jugar y arrojándolos al espacio cuando se aburrían. Fuera de aquí —rezongó—. Ustedes sólo buscan sensaciones. Se burlan de todo.

Robó sobre sí mismo y alzó al hermoso Lemúrido sobre su cara, mirando cómo se retorció y chillaba. —*Tenia labios rojos, un aire de obscenidad, rizos amarillos como el oro*. —Le besó el vientre dorado. —*Era la Pesadilla, la Vida-en-Muerte, era ella, la que congela y espesa la sangre del hombre*.

Y usó sus cuerpos flexibles para construir la mayor pila de amor que habían hecho. Estaban encantados y no les importó cuando más tarde él lloró de brucos sobre los anillos oscuros de Músculos.

Pero estaban preocupados.

—Ya está —declaró Lemúrido, tocándolo con un pickle—. *Relaciones sexuales con tu propia especie*. A fin de cuentas, admite que no eres émpata. Necesitas horgate con tus iguales.

—¿Quieres decir que sabes dónde hay gente como yo? ¿Humanos?

Lemúrido asintió, mirándolo mientras escuchaba. —Ideal. Tal como lo des-

seas. Por allá, Bombón. Tienen una cosa que mastican... espera... *Salmoglossa fragrans*. Según ellos prolonga ya-sabes-qué. Tráenos un poco, primor.

Un instante después rodaba entre relampagueos en un prado verde. Flores aplastadas debajo, ramas de helecho arriba, el sol chispeante. Un aire vivificante le llenó los pulmones. Se incorporó de buen humor. Delante de él un paisaje de parque bajaba hasta un lago titilante donde flotaban velas de color. El cielo era violeta, con nubecitas perlas. Nunca había visto un planeta como este. Si no era la Tierra, había caído en el paraíso.

Más allá del lago vio paredes claras, fuentes, torres. Una ciudad de alabastro no opacada por lágrimas humanas. Flotaba música en la brisa dulzona. Había figuras en la costa.

Caminó bajo el sol. Sedas brillantes ondeaban, brazos blancos se alzaban. ¡Saludándolo! Vio que eran muchachas humanas, sólo que más esbeltas y más bonitas. ¡Lo llamaban! Se miró el cuerpo, aferró una rama florida y caminó hacia ellas.

—*No olvides la salmoglossa* —dijo la voz de Músculos.

Asintió. Los senos de las muchachas se bamboleaban. Tenían pezones rosados. Echó a trotar.

Lo recobrarón varios días más tarde, cuando estaba echado entre un hombre y una muchacha. Otro hombre caminaba cerca de ellos tocando plañideramente un arpa. Las muchachas y los niños bailaban, y una mujer con aire de matrona los precedía. Todos eran bellos como hadas. Lo apoyaron gentilmente contra un árbol y el arpista retrocedió para tocar. El trató de incorpo-

rarse. Le brotaba sangre de un puño. —Adiós —jadeó—. Gracias.

Los relampagueos lo sorprendieron desplomándose, y se derrumbó en el suelo de la Pila de Amor.

—¡Ajá! —Lemúrido le golpeó el puño—. ¡Cielo santo, tu mano! La *Salmoglossa* es pura sangre. —Empezó a arrancarle las hierbas — ¡Ahorra estás bien? —Bombón chillaba suavemente, pasando la larga lengua por la sangre.

Él se frotó la cabeza.

—Me dieron la bienvenida —susurró—. Fue perfecto. Música. Bailes. Juegos. Amor. No tienen ninguna medicina porque eliminaron todas las enfermedades. Creo que tuve cinco mujeres y un equipo de pintar nubes y algunos niños. Extendió la mano ennegrecida de sangre. Le faltaban dos dedos.

—El paraíso —gruñó—. El hielo no me congela, el fuego no me quema. Nada significa nada. *¡Quiero ir a casa!*

Hubo un salto.

—Lo siento —sollozó—. Trataré de controlarme. Por favor, por favor vamos a la Tierra. Llegaremos pronto, ¿verdad?

Hubo un silencio.

—¿Cuándo?

Lemúrido se aclaró la garganta.

—En cuanto podamos encontrarla. Tenemos que cruzarnos con ella. Puede ser en cualquier momento.

—¿Qué? —Se incorporó, palideciendo—. ¿Quieres decir que no sabes dónde está? ¿Quieres decir que hemos estado viajando a tontas y a locas?

Lemúrido se tapó los oídos con las manos. —¡Por favor! No podemos reconocerla por tu descripción. ¿Cómo podemos volver adonde nunca hemos estado? Si no mantenemos alerta la encontraremos, verás.

Él los miró revolviendo los ojos. No podía creerlo.

—El número de soles en la galaxia es 10^{11,2}... No sé qué velocidad y alcance tiene esta nave. Digamos, uno por segundo. Eso... eso significa *seis mil años*. ¡Oh no! —Se apoyó la cabeza en las manos ensangrentadas.— Nunca volveré a casa.

—No hables así, primor. —El cuerpo dorado se le acercó.— No amargues el viaje. Te amamos, No-Dolor. —Todos se pusieron a mimarlo.— ¡Vamos a cantar! ¡Toca, gusta, siente! ¡Alegría!

Pero no había alegría.

Se acostumbró a sentirse aparte, abastido, esperando una señal.

—¿Esta vez?

No.

No todavía. Nunca.

Diez multiplicado 11,2 veces por sí mismo. Cincuenta por ciento de probabilidades de encontrar la Tierra en tres mil años. Era como estar de vuelta en la nave de exploración.

La pila de amor se reestructuró sin él, y él apartó la cara, sin comer hasta que le metieron la comida en la boca. Si se quedaba totalmente inerte, sin duda ellos se aburrirían y lo echarían. No tenía otra esperanza. Liquidenme. Pronto.

No se esforzaron mucho para animarlo con caricias, y de vez en cuando había un salto brusco. Él se zarandeaba sin resistirse. Terminen de una vez, rezaba. Pero lo miraban intrigados en los intervalos entre sus juegos. Tienen buenas intenciones, pensó él. Y echan de menos las cosas que yo les traía.

Lemúrido excitaba a los demás.

—...primero un efecto delicado, sabes. Críptico. Y luego una cascada de chispas agrídulces en el paladar...

Trató de no oír. Tienen buenas intenciones. Atravesando la galaxia con un libro de cocina parlante. Acaban comiendo.

—...sino el arte de una combinación —chachareaba Lemúrido—. Como comida móvil. Es decir, plantas sentientes o pequeños animales vivos, que combinan el sabor con el *frisson* del movimiento...

Pensó en las ostras. ¿Alguna vez había comido? Algo sobre la contaminación. Los ríos de la Tierra. ¿Aún existían? Aun en el muy improbable caso de que la encontrarán, ¿sería en el remoto pasado o el futuro, una esfera muerta? Me quiero morir.

—...y el *sonido*, eso es divertido. Hemos recogido varias razas que combinan los efectos musicales con ciertos gustos. Y está el sonido de la propia masticación, las texturas y viscosidades. Recuerdo a unos seres que absorbían sonidos musicales. O el sonido de la comida misma. Una raza que pesqué en *passant* hacia eso, pero con un alcance muy limitado. Crujiente. Crocante. Un ruido de trituración. Ojalá hubieran explorado tonalidades, efectos de *glissando*...

Él se levantó.

—¿Qué dijiste? ¿Un ruido de trituración?

—Sí, pero...

—¡Eso es! ¡Esa es la Tierra! —gritó—. Captaste un anuncio comercial de cereales para el desayuno...

Sintió un sobresalto. Estaban encaramados en la pared.

—¿Un qué? —dijo Lemúrido sorprendido.

—No importa... lléveme allá. Eso es la Tierra, tiene que serlo. Pueden encontrarla de nuevo, ¿verdad? Dijiste que podías —suplicó, moviendo las manos—.

¡Por favor!

La Pila de Amor se sacudió. Estaba asustado a todo el mundo.

—Por favor —dijo, obligándose a callar la voz.

—Pero sólo lo oí por un instante —protestó Lemúrido—. Sería terriblemente difícil. Hace mucho que la dejamos atrás. ¡Mi pobre cabeza!

Les suplicó de rodillas. —Les gustará —gimió—. Tenemos una comida fantástica. Poemas culinarios que jamás oyeron mencionar. *Cordon bleu*. *Escofier* —farfulló—. ¡Vaya combinaciones, los chinos lo hacen de cuatro modos! ¿O son los japoneses? ¡*Rijstafel*! Repollo frito con carne. Merengue con helado, una corteza caliente afuera, y adentro un sabor frío.

Lemúrido movió la lengua rosada. ¿Estaba entendiendo?

Rebuscó en la memoria comidas que nunca había oído nombrar.

—¡Gusanos de maguey en chocolate! *Haggis* y gaitas, violetas cristalizadas, pastel de conejo. Pulpo con vino. Pastel de grajo. Tortas con muchachas adentro. Cabritos bañados en la leche de su madre... un momento, eso es tabú. ¿Alguna vez oyeron hablar de comidas tabú? ¡El cerdo!

¿De dónde sacaba todo eso? Una vaga presencia se le deslizó en la mente... las manos, los riesgos, tiempo atrás. —Amanda —jadeó, y siguió enumerando.

—¡Cormoranes añejados en guano! ¡*Ratouille*! ¡Duraznos congelados en champagne! —Proyecto, pensó.— ¡Paté de higado de ganso trufado y bañado en la manteca más pura y blanca! —Hoci-

quéo lujurosamente.— Bizcochos calientes y enmantecados roejos en jarabe de arándano. —Salivó.— *Finnan haddie soufflé*. ¡oh sí! Ternero nonato pisado y delicadamente asado en manteca de hierba negra...

Lemúrido y Bombón se abrazaban con los ojos cerrados. Músculos estaba hipnotizado.

—¡Encuentra la Tierra! ¡Hojas de parral llenas de fresas silvestres, estremeceadoramente dulces, rociadas con crema Devon!

Lemúrido gimió, hamacándose de un lado a otro.

—¡La Tierra! ¡Escarola amarga marinada en vapor de pollo y tocino revuelto! ¡Gazpacho negro! ¡Frutos del Arbol del Paraíso!

Lemúrido se hamacó aún más, la mariposa apretada contra el pecho.

La Tierra, la Tierra, deseó él con toda su voluntad, graznando "¡*Bahklava*! ¡Bunuelos y nueces de *pistachio* goteando miel de la montaña!

Lemúrido apretó la cabeza de Bombón, y la nave se contorsionó.

—Peras maduras —susurró él—. La Tierra.

—Eso es. —Lemúrido cayó hacia adelante, jadeando.— Oh, esas comidas, las quiero todas. ¡Aterricemos!

—Bistecs y pastel de riñón —jadeó él—. Mechados con cebollas...

—¡Aterrizar! —chilló Bombón—. ¡Comer, comer!

La nave se conmovió. Solidéz. La Tierra.

La vuelta a casa.

—¡QUIERO SALIR!

En una abertura rugosa de la pared asomó la luz del día y él se zambulló en ella. Sus piernas volaron, tocaron. ¡La

Tierra! Bailoteó, alzó la cara, se llenó los pulmones de aire. —¡He vuelto a casa! —gritó.

Y se desplomó en la grava, sin poder controlar las piernas ni los brazos. Un cataclismo le sacudió las entrañas.

—¡Socorro!

Arqueó el cuerpo, vomitó, gritando, chillando.

—¡Socorro, socorro! ¿Qué pasa?

A través del ruido que hacía oyó un tumulto en la nave. Atinó a rodar, vio cuerpos dorados y negros contorsionándose a través de la tronera abierta. Ellos también se convulsionaban.

—¡Basta! ¡No te muevas! —gritó Lemúrido—. ¡Nos estás matando!

—Vámonos de aquí —jadeó él—. Esto no es la Tierra.

La garganta se le cerró y las criaturas gimieron empáticamente.

—¡No hagas eso! No podemos movernos —jadeó Lemúrido—. No respiras, cierra pronto los ojos.

Cerró los ojos. El horror se mitigó ligeramente.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

—Eso es dolor, idiota —tronó Músculos.

—Ésta es tu maldita Tierra —gimió Lemúrido—. Ahora sabemos a qué ligaron tus nervios de dolor. Entra para que podamos irnos... ¡Con cuidado!

Abrió los ojos, tuvo un atisbo de cielo pálido y arbustos achaparrados antes de revolver los ojos. Los émpatas gritaron.

—¡Basta! ¡Bombón muriendo!

—Mi propia casa —gimoteó, restregándose los ojos. Todo su cuerpo era devorado por llamas invisibles, triturado, empalado, desgarrado. El modelo de la Tierra, advirtió. Ese aire único, la *gestalt* exacta de espectro solar, gravedad,

campo magnético, cada vista y sonido y tacto... A eso habían sintonizado sus circuitos de dolor.

—Evidentemente no querían que volvieras —dijo la voz silenciosa de Músculos—. Entra.

—Pueden arreglarme, tienen que arreglarme...

—No están aquí —gritó Lemúrido—.

Error temporal. No hay ruidos de trituración. Tú y tu merengue con helado...

—La voz se le quebró lastimeramente.— ¡Entra para que podamos irnos!

—Espera —graznó él—. ¿Cuándo?

Abrió un ojo, atinó a ver una ladera rocosa antes que le estallara la frente. Ninguna carretera, ningún edificio. Nada que indicara si era el pasado o el futuro. No era hermosa.

Detrás de él los émpatas gemían. Empezó a arrastrarse ciegamente hacia la nave, apretando los dientes contra tajos salados. Se había mordido la lengua. Cada movimiento lo quemaba; el aire le calcinaba los pulmones cuando tenía que respirar. La grava parecía cortarles las manos, aunque no se veían heridas. Sólo dolor, dolor desde cada terminación nerviosa.

—Amanda —gimió, pero ella no estaba. Se arrastró, se contorsionó, pateó como un insecto ensartado tratando de llegar a la placida tibieza de la nave, el júbilo del no-dolor. En alguna parte trino un pájaro, apuñalándole los tímpanos. Sus amigos chillaron.

—¡De prisa!

¿Había sido un pájaro? Se arriesgó a mirar.

Una figura parda caminaba en las rocas.

Antes que pudiera distinguir si era simio o humano, macho o hembra, un do-

lor horrible le desgarró el cerebro. Se desplomó, oyéndose gritar. La silueta de su propia especie. Desde luego, eso era lo esencial... lo que más dolería. No tenía esperanzas de quedarse aquí.

—¡No lo hagas! ¡De prisa!

Sollozó, reptando hacia la Pila de Amor. El aroma de las malezas que aplastaba con el pecho le quemaba la garganta. Caléndulas, pensó. Detrás del sufrimiento, una dulzura perdida.

Tocó la pared de la nave, inhalando cuchillos. El aire torturante era un aire real, su terrible Tierra era real.

—¡ENTRA PRONTO!

—Por favor, por... —farfulló, alzándose con los labios apretados, buscando a tientas la abertura. El real Sol de la Tierra le derramaba ácido en la carne.

¡La tronera! Adentro estaba el alivio,

sería No-Dolor para siempre. Caricias, alegría. ¿Por qué había querido renunciar a ellas? Su mano encontró la tronera.

De pie, se volvió, abrió ambos ojos.

La forma de una extremidad muerta le azotó los ojos. Carcomida, fea. Insoportable. Pero real...

¿Dolería para siempre?

—No podemos esperar —gimió Lemúrido. Pensó en su cuerpo dorado atravesando los años-luz, saboreando el deleite. Los brazos le temblaron con violencia.

—¡Entonces váyanse! —tronó, apartándose de la Pila de Amor.

Hubo una implosión a sus espaldas.

Estaba solo.

Atinó a dar unos pasos tambaleantes antes de caer.

Título del original en inglés: *Painwise* © 1971 by Mercury Press.
© 1973 by James Tiptree, Jr. Traducción de Arturo Casals



NORMA VITI

SOBRE LA MULTIPLICIDAD DE LA LUNA

*...no hay nada escrito.
Todavía.*

Ilustración de Marcelo Pérez

Al Señor director de la Fundación Cord
Muy Señor Mío:

Como usted seguramente sabe, ya los antiguos lo habían vislumbrado: la astronomía entraña una gran mentira. En las ruinas de cierto templo descubierto en la proximidad de Tebas, Artemisa (o la de los Dardos de Plata, la Señora de los Misterios, la Dueña de la Noche, la Luna) aparecía representada con tres caras en lugar de una sola. Más tarde, a lo largo de todo el Mediterráneo, fue unánimemente reverenciada como la Triple Diosa. Las observaciones de Ptolomeo, la difusión de los Lunarios y las imágenes del Tarot perpetuaron a través de los siglos la antigua tradición. Sin proponérselo, la propia NASA también

contribuyó con su grano de arena al difundir frases del tipo de "la cara oculta de la luna". Estas pistas, sumadas a estudios que sería fatigoso enumerar aquí, fueron el arduo camino que debí recorrer antes de comprender que yo había realizado el descubrimiento más importante de este siglo: no son múltiples las caras o las fases, sino las lunas. Aún no he podido determinar su número, pero bastaría una modestísima ayuda de la Fundación que usted preside para que yo pudiese consagrarme por entero a las investigaciones que me permitirán legar al patrimonio cultural de la humanidad la cifra exacta.

Un aforismo muy antiguo dice que son los inocentes quienes están más

cerca de la verdad; y yo afirmo que no me mente. Fue mi abuelo quien empezó a sospechar el gran engaño de la astronomía a principios de este siglo, en un puntito insignificante del mapa de Italia, apenas un toque de mosca en las vecindades de Pisa, un sitio llamado Santa Croce. Supe por él que el ricachón del pueblo había enviado a su hijo mayor a estudiar a Bolonia, ciudad que en aquella época era considerada lo máximo en materia de colegios y erudición. El chico estudió allá un año entero, y cuando volvió a casa para las vacaciones su padre lo recibió con una fiesta que hubiera hecho enfermar de envidia al hijo pródigo del Evangelio. Y esa noche inolvidable de música, luna y vino, ocurrió que el futuro genio del pueblo miró fijamente el astro que derramaba su luz de plata sobre los invitados; meditó, pareció dudar, frunció las cejas. Finalmente clavó los ojos en el rostro rubicundo de su padre, que en ese momento servía vino y aceitunas al intendente del pueblo, y le preguntó:

—Papá, ¿esta es la misma Luna que se ve desde Bolonia?

Que nos circunda más de una Luna (muchísimas, en realidad) y que desde los caldeos a estos tiempos nos domina una conjura mundial destinada a silenciar, ocultar y hasta negar este hecho irrecusable, ha sido detectado más de una vez, en esos momentos de suprema intuición que se destacan como gemas en la historia del género humano. Sólo hay que consultar cualquier manual de antropología para comprobarlo. Está bien claro que esa Luna con Cara de Liebre a la que dedicaban sus ritos, sacrificios y danzas los Arapahos no tiene ni una piedrita en común con esa otra Lu-

na-Gran Canguro que aún hoy señalan con sus índices renegridos los aborígenes de Australia. Tampoco es razonable confundir esas dos con la Luna-Dragón enroscado sobre sí mismo que mencionan los textos chinos de la Tercera Dinastía. Y muchísimo menos suponer que alguno de estos satélites que acabo de mencionar se parezca en lo más mínimo a esa otra Luna con cara de mujer vagamente parecida a la Gioconda —pero con labios más sensuales y nariz de gancho, me acotan— que todas las noches puede verse desde Santa Croce, el pueblo de mi abuelo.

Asimismo, está fuera de toda discusión que también existe una Luna de Valencia; satélite natural donde suelen ser misteriosamente transportados, en espíritu, privilegiados como mi prima Rosina, la solterona, y tantos otros conocidos, amigos, compañeros de estudio o de oficina que uno ha ido sumando a lo largo de los años. Queda suficientemente probado que esta Luna jamás podría ser la misma que soportó el show de pisotones de los astronautas de la NASA, porque en el mismísimo instante en que los televisores de todo el mundo registraban ese momento histórico comparable al “Tierra” de Rodrigo de Triana, yo miré a mi prima Rosina y la vi con la cara habitual de los que están transitando en espíritu por la Luna de Valencia, y cuando la sacudí por los hombros y le pregunté si había visto a los astronautas, ella, muy sorprendida, me contestó que no.

Ejemplos igualmente incuestionables los he hallado por millares; pero no quiero distraer más minutos de su valioso tiempo extendiéndome en consideraciones que usted podrá encontrar con

mayor profusión y detalles en mi *Luna-rio básico: denuncia de una gran mentira* (Edición del Autor, Buenos Aires, 1978; 456 págs.); o en su segunda e insoslayable parte, *Conjuración a la luz de las Lunas* (Imprenta del Hospital Neuropsiquiátrico, Buenos Aires, 1983; 743 págs.) que le remito junto con la presente carta. Mientras tanto, lo repito una vez más: los astrónomos nos engañan. Que las lunas son infinitas y no una sola es un hecho indiscutible. Continuamente se observan y mencionan lunas con y sin cuernos; redondas como hoces (sobre todo en los países del bloque socialista), roídas como medialunas de manteca. También hay lunas esqueléticas, lunas robustas; lunas que miran hacia la derecha o hacia la izquierda; lunas rojizas como sangre con agua, pálidas

como ceniza o amarillentas como la cara de un japonés con hepatitis; lunas nitidas o borrosas, descomunales o insignificantes, de roca, de polvo, de miel, de cascina fermentada. No considero en absoluto imposible que exista una luna para cada país, para cada región, para cada ciudad, cada tantos habitantes, quizá hasta para cada individuo. Precisamente para resolver este importante problema planteado por la multiplicidad lunar, es decir, para responder a la cuestión de por qué si hay tantas lunas sólo se deja ver una por vez, es que me he atrevido a dirigirle esta carta solicitando de su Fundación una beca que me permita subsistir durante los siete o nueve años que, calculo, puede llevarme escribir mi tercer libro, aun sin título, donde resolveré de manera irrecusable también este problema.

© 1984, Norma VII.



KEITH ROBERTS

WEIHNACHTSABEND

*En la cultura de
los Dos Imperios hay aspectos que,
por delicadeza, nadie menciona.*

Ilustración de Oscar Chichoni

1

El auto grande avanzaba despacio por callejas cada vez más angostas. Ahora, al pasar el pueblo de Wilton, la nieve era más espesa. Árboles y arbustos se erguían a la luz de los faros, cubiertos por una blancura arremolinada. La cola del Mercedes osciló ligeramente. Mainwaring oyó el juramento entrecortado del chofer. El enlace estaba abierto.

Cuadrantes instalados en el respaldo del asiento registraban el bienestar mecánico del vehículo: presión de aceite, temperatura, revoluciones, velocidad. Las luces del repetidor brillaban suavemente en la cara de su acompañante. Ella se movió inquieta: él vio el me-

chón de pelo amarillo. Se volvió apenas. Ella usaba una falda escocesa pulcra y corta, botas gruesas. Sus piernas eran excelentes.

Él apagó las luces de los cuadrantes. Dijo: —No falta mucho.

Se preguntó si ella habría reparado en el enlace abierto. Dijo: —¿Primera vez?

Ella asintió en la oscuridad. Dijo: —Estaba un poco abrumada.

La mansión Wilton se extendía sobre una loma a unos diez kilómetros del pueblo. El auto avanzó un trecho junto a la muralla que bordeaba la finca. Las defensas del perímetro habían sido reforzadas desde la última visita de Mainwaring. Había torres de vigilancia a intervalos regulares; la muralla misma es-

taba coronada por múltiples tramos de alambre.

Los portones eran controlados por dos garitas nuevas. El Mercedes pasó entre ellas, se detuvo. En la carretera de Londres la nieve había amainado; ahora volvían los remolinos de copos grandes, alumbrados por los faros. En alguna parte se ladraban órdenes.

Un hombre se adelantó, golpeó la ventanilla. Mainwaring la abrió. Vio un brazalete de la GEP, una funda de pistola abierta. Dijo: —Buenas noches, capitán.

—*Guten Abend, mein Herr. Ihre Ausweis-karte?*

Mainwaring sintió una ráfaga de aire frío en la mejilla. Entregó su documento de identidad y su pase de seguridad. Dijo: —*Richard Mainwaring, Die rechte Hand des Gesandten, Fräulein Hunter, von meiner Abteilung.*

Una linterna iluminó los papeles, lo encandiló, examinó a la muchacha. Ella estaba sentada rigidamente, mirando hacia adelante. Detrás del oficial de seguridad Mainwaring distinguió a dos soldados con casco de acero y armas automáticas. Frente a él los limpiaparabrisas oscilaban monótonamente.

El oficial GEP dio un paso atrás. Dijo: —*Ihre Ausweis wird in einer Woche ablaufen. Erneuern Sie Ihre Karte.*

Mainwaring dijo: —*Vielen Dank, Herr Hauptmann. Frohe Weihnachten.* El hombre se cuadró, tomó un walkie-talkie del cinturón. Una pausa, y el portón se abrió. El Mercedes entró. Mainwaring dijo: —Hijo de perra...

Ella dijo: —¿Es siempre así?

Él dijo: —La vigilancia se ha intensificado en todas partes.

Ella se ciñó el abrigo sobre los hom-

bros. Dijo: —Francamente, me asusta un poco.

Él dijo: —El ministro cuida de sus huéspedes.

Wilton se erguía en un terreno abierto entre árboles grandes. Hans dobló cuidadosamente, condujo bajo ramas casi invisibles. El viento gemía, golpeando las ventanillas. Era como si el coche entrara en un túnel negro, lleno de copos pálidos y arremolinados. Mainwaring creyó verla temblar. Dijo: —Llegaremos pronto.

Los faros alumbraron una agitada extensión de nieve. Unos pilares casi erráticos del todo indicaban la calzada. Otra curva, y la casa apareció delante. Las luces del auto bañaron una fachada de ventanas con columnas, torres almenadas. El no iniciado no podía adivinar, mirando la piedra hábilmente desgastada, que la protección del lugar era de hormigón armado. El coche dobló a la derecha haciendo crujir la grava invisible, y se detuvo. El repetidor del encendido brilló en el respaldo del asiento.

Mainwaring dijo: —Gracias, Hans. Un buen paseo.

Hans dijo: —Ha sido un placer, señor. Ella se soltó el pelo, tomó la cartera. Él le abrió la portezuela. Dijo: —¿Todo bien, Diane?

Ella se encogió de hombros. Dijo: —Sí, a veces soy un poco tonta. —Le apretó la mano fúgamente. — Me alegra que estés aquí. Alguien en quien confiar.

Mainwaring se tendió en la cama y miró el cielo raso. Adentro era igual que afuera. Wilton era un triunfo del arte sobre la naturaleza. Aquí, en el ala Tüdor donde se alojaban la mayoría de los

huéspedes, las paredes y cielo rasos eran de yeso ondulado enmarcado por gruesas vigas de roble. Volvió la cabeza. Un hogar de piedra amarilla dominaba la habitación; encima de la repisa, tallada en relieve, estaba la *Hakenkreuz*, flanqueada por el león y el águila de los Dos Imperios. Un fuego ardía en el hornillo de hierro forjado; los leños refulgían alegremente, arrojando reflejos tibios y fluctuantes al cielo raso. Junto a la cama un estante ofrecía las lecturas obligadas: la biografía oficial del Führer, *El ascenso del Tercer Reich* de Shirer, el monumental *Churchill: la prueba de la decadencia* de Cummings. Había novelas de Buchan bonitamente encuadernadas, algunos libros de Kipling, un Shakespeare, un Wilde completo. En una mesita había una pila de revistas de actualidad: *Connoisseur*, *The Field*, *Der Spiegel*, *Paris Match*. Había un lavabo con una barandilla de donde colgaban toallas azul oscuro; en el rincón del cuarto estaban las puertas del baño y el ropero, donde una mucama ya le había ordenado la ropa.

Apagó el cigarrillo, encendió otro. Se levantó, se sirvió un whisky. Desde el fondo venía un débil sonido de voces, risotadas. Oyó un pistolotazo, una ráfaga de ametralladora. Caminó hacia la ventana, corrió la cortina. Aún caía nieve, flotando calladamente en el cielo negro; pero junto a la casa ardían las fogatas. Observó las figuras que se movían y se detenían un rato, soltó la cortina. Se sentó junto al fuego, los hombros encorvados, escrutando las llamas. Recordaba el viaje a través de Londres; las banderas colgadas en Whitehall, el lento y espasmódico movimiento del tráfico, los tanques livianos frente a St. Ja-

mes. Kensington Road estaba atestada, llena de vehículos y de bocinazos; la vasta fachada de Harrod's lucía lúgubre y oriental contra el cielo encapotado. Frunció el ceño, recordando la llamada que había recibido antes de salir del Ministerio.

Se llamaba Kosowicz. De *Time International*, o eso decía. Dos veces se había negado a hablarle; pero Kosowicz era insistente. Por último le había dicho a su secretaria que le pasara la llamada.

Kosowicz tenía acento norteamericano. Dijo: —Señor Mainwaring, quisiera concertar una entrevista personal con su ministro.

—Temo que sea imposible. Además debo señalarle que esta comunicación es totalmente irregular.

Kosowicz dijo: —¿Cómo interpreto eso? ¿Es una advertencia o una amenaza?

Mainwaring dijo cautelosamente: —Ni una cosa ni la otra. Sólo le indicaba que existen canales apropiados de contacto.

Kosowicz dijo: —Ajá. Señor Mainwaring, ¿qué hay de cierto en el rumor de que se están trasladando grupos de choque a Moscú?

Mainwaring dijo: —El señor Hess ya ha hecho una declaración sobre la situación. Veo que tiene usted una copia.

El teléfono dijo: —La tengo ante mí. Señor Mainwaring, ¿qué está preparando su gente? ¿Otra Varsovia?

Mainwaring dijo: —Temo que no puedo hacer más comentarios, señor Kosowicz. El señor Hess deploró la necesidad de la fuerza. Los *Einsatzgruppen* han sido alertados; por el momento, es todo. Si fuera necesario se los utilizará para dispersar a los militantes.

Por el momento, no ha sido necesario.

Kosowicz cambió de tema. —Usted mencionó al señor Hess. He oído que hace dos noches le pusieron otra bomba. ¿Puede hacer comentarios sobre eso?

Mainwaring apretó el tubo. Dijo: —Temo que le han informado mal. Nada sabemos sobre semejante incidente.

El teléfono calló un instante. Luego dijo: —¿Puedo considerar oficial esa negativa?

Mainwaring dijo: —Esta conversación no es oficial. No estoy facultado para hacer declaraciones en ningún sentido.

El teléfono dijo: —Sí, existen canales apropiados. Gracias, señor Mainwaring.

Mainwaring dijo: —Adiós. Colgó el tubo, se quedó mirándolo. Encendió un cigarrillo.

Frente a las ventanas del Ministerio aún nevaba, una danza oscura contra el cielo. Cuando se decidió a beber el té, estaba casi frío.

El fuego crepitaba y oscilaba. Se sirvió otro whisky, se recostó en el asiento. Antes de partir hacia Wilton había almorzado con Winsby-Walker de Productividad. Winsby-Walker se preocupaba por saberlo todo; pero no sabía nada sobre un corresponsal llamado Kosowicz. Pensó: "Debí investigar en Seguridad." Pero en tal caso Seguridad lo habría investigado a él.

Se irguió en el asiento, miró la hora. El ruido de los campos de tiro había disminuido. Hizo un esfuerzo para pensar en otra cosa. Los nuevos pensamientos no fueron más halagüeños. Había pasado la Navidad anterior con su madre; ahora, eso no podía repetirse. Recordó otras Navidades, en otros años. En un

tiempo, para un niño ingenuo, habían sido festejos alegres con fuegos artificiales y juguetes. Recordaba el aroma y la textura de las ramas de pino, la intimidad de las velas; y libros leídos con linterna bajo las sábanas, los ángulos duros de la funda de la almohada, pesada en el pie de la cama. Entonces había plenitud; sólo más tarde, lentamente, había llegado el conocimiento del fracaso. Y con él, la soledad. Pensó: "Ella quería verme con una posición. Tal vez no era mucho pedir."

El whisky lo estaba poniendo sentimental. Vacío el vaso, caminó hacia el baño. Se desnudó y se duchó. Mientras se secaba, pensó: "Richard Mainwaring, asistente personal del Ministro Británico de Enlace." En voz alta dijo: —Hay que recordar las compensaciones.

Se secó la cara, se pasó colonia. Contra su voluntad, evocó nuevamente la llamada telefónica. Algo era seguro: había habido una filtración importante. Alguien había suministrado a Kosowicz información reservada. La misma persona, presumiblemente, había suministrado una lista de teléfonos que ya no figuraba en la guía. Frunció el ceño, pensando sobre el problema. Un país, y sólo uno, se oponía a los Dos Imperios con una fuerza gigantesca y latente. A ese país se había desplazado el foco del nacionalismo semita. Y Kosowicz era norteamericano.

Pensó: "Libertad, *schmibertad*. La democracia tiene forma de judío." Frunció el ceño de nuevo, tocándose la cara. Eso no alteraba el hecho sobresaliente. La comunicación procedía del Frente de Liberación; y se habían puesto en contacto con él, por muy oblicuamente que fuera. Ahora él se había convertido

en un accesorio; ese pensamiento lo había inquietado todo el día.

Se preguntó qué querrían de él. Corría el rumor —el insidioso rumor— de que uno jamás lo descubriría. No hasta el fin, hasta que habían hecho lo que querían de uno. Eran infatigables, mortíferos y sutiles. No había acudido a Seguridad ante la primera insinuación de peligro; pero eso estaría previsto. Cada vuelta y contorsión estaría prevista.

Cada espasmo de la víctima colgada del gancho.

Gruñó, enfadado consigo mismo. El temor de uno era la mitad de la fuerza de ellos. Se abotonó la camisa, recordando a los guardias del portón, la alambrada y las garitas. Aquí, tan luego, nada podía alcanzarlo. Durante unos días se olvidaría del asunto. Dijo en voz alta: —De cualquier modo, yo no cuento. No soy importante. —El pensamiento casi lo alegró.

Apagó la luz, entró en su cuarto, cerró la puerta. Se acercó a la cama y se quedó quieto, mirando el estante. Entre Shirer y el tomo sobre Churchill había un volumen delgado. Tendió la mano hacia el lomo, delicadamente; leyó el nombre del autor, Geissler, y el título, *Hacia la humanidad*. Bajo el título, como una Cruz de Lorena sin la parte superior, estaban las F entrelazadas del Freedom Front, el Frente de Liberación.

Diez minutos antes el libro no estaba allí.

Caminó hacia la puerta. El corredor estaba desierto. Desde algún lugar de la casa llegaba una música tenue, *Till Eulenspiegel*. No había sonidos más cercanos. Cerró la puerta de nuevo, le echó llave. Se volvió y vio el ropero entreabierto.

Su maletín aún estaba en la mesita. Se acercó a él y tomó la Lüger. El contacto de la pesada pistola era reconfortante. Le puso el cargador, sacó el seguro, hizo entrar una bala en la recámara, que se cerró con un chasquido. Caminó hacia el ropero, abrió la puerta con el pie.

Nada.

Soltó un bufido. Sacó el cargador, dejó la pistola en la cama. De nuevo se quedó mirando el estante. Pensó: "Debo de haberme equivocado."

Tomó el libro con cuidado. Desde su publicación, Geissler estaba prohibido en cada provincia de los Dos Imperios; Mainwaring jamás había visto un ejemplar. Se sentó en el borde de la cama, abrió el libro al azar.

La doctrina de una común ascendencia aria, tan ávidamente aprehendida por la clase media inglesa, tenía la coherencia superficial de la mayor parte de las teorías cuyos orígenes se remontan a Rosenberg. La respuesta de Churchill, en cierto sentido, ya estaba dada; pero Chamberlain, y el país, se volcaron a Hess...

El acuerdo de Colonia, aunque aparentemente ofrecía una esperanza de seguridad a los judíos ya domiciliados en Gran Bretaña, en realidad allanaba el camino de las campañas de intimidación y extorsión similares a otras de nuestra historia, como la emprendida por el rey Juan. La comparación no es inadecuada; pues la burguesía inglesa, ansiosa de elaborar una justificación racional, descubrió muchos precedentes incontrovertibles. Un verdadero signo de los tiempos, sin duda, fue el resurgimiento del interés en las novelas de sir Walter Scott. En 1942 la lección había

sidó aprendida por ambas partes; y la Estrella de David se veía a menudo en las calles de muchas ciudades inglesas.

El viento soltó un largo gemido, sacudiendo la ventana. Mainwaring alzó los ojos, volvió a concentrarse en el libro.

En 1940, con una fuerza expedicionaria destruida y aliados complacientemente derrotados, la isla estaba verdaderamente sola. El proletariado, desorientado por una mala conducción, debilitado por una tremenda depresión, carecía de una voz representativa. La aristocracia, como sus iguales alemanes, abrazó fríamente lo que ya nadie podía desconocer; mientras que después de la asonada en Whitehall el gabinete fue reducido a un mero consejo ejecutivo.

El golpe en la puerta lo sobresaltó, haciéndolo sentir culpable. Guardó el libro. Dijo: —¿Quién es?

Ella dijo: —Yo, Richard. ¿Aún no estás listo?

Él dijo: —Un minuto. —Miró fijamente el libro, luego lo puso en el estante. Pensó "Al menos eso nadie lo esperará." Guardó la Lüger en el maletín y lo cerró. Luego fue hacia la puerta.

Ella llevaba un vestido de encaje negro. Tenía los hombros desnudos; el pelo suelto brillaba. Él la miró un instante, estúpidamente. Luego dijo: —Entra, por favor.

Ella dijo: —Empezaba a preguntarme... si estabas bien.

—Sí. Sí, claro.

Ella dijo: —Parece que hubieras visto un fantasma.

Él sonrió. Dijo: —Supongo que me sorprendiste. Esa belleza aria.

Ella le sonrió. Dijo: —Soy medio irlandesa, medio inglesa, medio escandinava. Si tienes que saberlo.

—Esa suma es imposible.

Ella dijo: —Yo también soy imposible, casi todo el tiempo.

—¿Bebes?

—Sólo una medida. Llegaremos tarde.

Él dijo: —Esta noche no es muy formal. —Se alejó, ajustándose la corbata.

Ella bebió, estiró el pie, lo hundió en la alfombra. Dijo: —Supongo que has asistido a muchas fiestas.

Él dijo: —Una o dos.

Ella dijo: —Richard, ¿son...?

—¿Son qué?

Ella dijo: —No sé. Una oye cosas.

Él dijo: —Estarás bien. Todas las fiestas son iguales.

Ella dijo: —¿De veras estás bien?

—Claro.

Ella dijo: —Estarás muy torpe. Ven, míteme. —Extendió el brazo y le anudó la corbata diestramente. Le escrutó la cara un instante, ladeando la cabeza. Dijo: —Ahi tienes. Creo que necesitas que alguien te cuide.

Él dijo con cautela: —¿Cómo está James?

Ella lo miró un instante más. Dijo: —No sé. Está en Nairobi. Hace meses que no lo veo.

Él dijo: —En realidad estoy un poco nervioso.

—¿Por qué?

Él dijo: —La compañía de una rubia deslumbrante.

Ella echó la cabeza hacia atrás, riendo. Dijo: —Entonces también necesitas un trago.

Él se sirvió whisky y brindó. El libro, ahora, parecía quemarle la espalda.

Ella dijo: —A decir verdad, tú no estás nada mal.

Él pensó: "Esta noche se junta todo. Tendría que haber una palabra que lo nombre." Entonces se acordó de *Till Eulenspiegel*.

Ella dijo: —Será mejor que bajemos.

La luz inundaba el Gran Salón, reflejándose en el suelo lustroso, en los paneles con lienzo oscuro. De este lado ardía un gran fuego. Bajo la Galería de los Trovadores se habían servido largas mesas. Informales o no, brillaban con plata y cristal. Las velas alumbraban entre guirnaldas verde oscuro; junto a cada lugar había una servilleta carmesí enrollada.

En medio de la habitación había un árbol de Navidad. La punta rozaba el cielo raro encofrado. Las ramas estaban cargadas de manzanas, canastos con golosinas, rosas de papel rojo; en la base había pilas de regalos envueltos en colores alegres. Alrededor del árbol había grupos de personas que charlaban y reían. Richard vio a Müller, el ministro de Defensa, con una rubia despampanante que tomó por su esposa; los acompañaba un hombre con monóculo que tenía un puesto en Seguridad. Había un grupo de oficiales GSP con uniformes pulcros y oscuros, y más allá varias personas de Enlace. Vio a Hans, el chofer, medio inclinado, cabeceando atentamente, sonriendo ante algún comentario; y pensó, como había pensado antes, que se parecía a un buey enorme y elegante.

Diane se había detenido en la puerta y le había tomado el brazo. Pero el ministro ya los había visto. Se les acercó internándose en la multitud, con una copa en la mano. Vestía pantalones ce-

ñidos y negros, una camisa azul oscuro. Lucía alegre y sereno. Dijo: —Richard. Y mi querida señorita Hunter. Ya los dábamos por perdidos. A fin de cuentas, Hans Trapp está aquí. Ahora, beban algo. Y vengan, por favor; reúnanse con mis amigos. Por aquí, donde hace calor.

Ella dijo: —¿Quién es Hans Trapp?

Mainwaring dijo: —Lo descubrirás enseguida.

Un poco más tarde el ministro dijo: —Damas y caballeros, creo que podemos sentarnos.

La comida era espléndida, el vino abundante. Cuando llegó el momento del brandy Richard se sentía más relajado, y casi no pensaba en el ejemplar de Geissler. Se hicieron los brindis tradicionales —por el rey y el Führer, las provincias, los Dos Imperios— y luego el ministro batió las palmas para pedir silencio. —Amigos míos —dijo—, esta noche, esta noche especial en que todos podemos alternar tan libremente, es *Weihnachtsabend*. Desde luego, eso significa muchas cosas para todos nosotros. Pero recordemos, ante todo, que es la noche de los niños. Los niños de ustedes, que los han acompañado para compartir al menos una parte de esta muy especial Navidad.

Hizo una pausa. —Ya los hemos mandado traer de sus escuelas —dijo—. Pronto estarán con nosotros. Permíteme mostrarlos. —Cabeceó; ante el gesto los sirvientes trajeron una caja sobre ruedas, pesada y con adornos. Corrieron una cortina y revelaron la superficie gris de una pantalla de televisión. Simultáneamente, las lámparas del salón empezaron a apagarse. Diane se volvió a Mainwaring, desconcertada; él le tocó la mano con suavidad y meneó la cabeza.

Salvo por la luz del fuego el salón estaba casi a oscuras. Las velas goteaban sebo, y las llamas fluctuaban en la corriente. En el silencio se oyó nuevamente el gemido del viento ante la gran fachada de la mansión. Todas las luces estaban apagadas.

—Algunos de ustedes —dijo el ministro— nos visitan aquí por primera vez. Por lo tanto les explicaré.

"En *Wannachtsabend* salen todos los fantasmas y duendes. El demonio Hans Trapp está suelto; su rostro es negro y terrible, y viste pieles de oso. Contra él marcha el Portador de la Luz, el Espíritu de Navidad. Algunos la llaman Lucía Queen, otros *Das Christkind*. Véanla ahora.

La pantalla se iluminó.

Ella se movía despacio, como una somnambula. Era esbelta, y vestía de blanco. El pelo ceniciento le caía en los hombros; sobre su cabeza relucía una diadema de palmarías encendidas. Detrás de ella caminaban los asistentes con sus varas y túnicas de lentejuelas; detrás venía un grupo de niños. Algunos tenían ocho o nueve años, otros eran casi bebés. Se tomaban de la mano con aprensión, caminando como gatos, echando miradas aterradas a las sombras de cada costado.

—Esperan en la oscuridad —dijo el ministro en voz baja—. Sus niñas los han abandonado. Si gritan, nadie los oír. Así que no gritan. Y ella los ha llamado uno por uno. Ven la luz de ella pasando bajo la puerta; y ellos deben levantarse y seguirla. Aquí, donde estamos nosotros, hay calor. Aquí hay seguridad. Sus regalos los aguardan; para tomarlos ellos deben aceptar el reto de la oscuridad.

El ángulo de enfoque varió. Ahora se

filmaba la procesión desde arriba. Lucía Queen avanzaba con firmeza; su sombra multiplicada brincaba y fluctuaba en las murallas almenadas.

—Ahora están en la Galería Larga —dijo el ministro—, casi encima de nosotros. No deben titubear, no deben mirar atrás. En alguna parte se oculta Hans Trapp. De Hans sólo puede protegerlos *Das Christkind*. ¡Vean cómo se apiñan detrás de ella!

Se oyó un aullido, como el grito de un lobo. En parte parecía venir de la pantalla, en parte parecía retumbar en el salón mismo. La *Christkind* se volvió, alzando los brazos; el aullido se dividió en una cadencia de muchas voces, murió en un murmullo. Lo reemplazó un estruendo distante, similar al redoble de un tambor.

Diane dijo abruptamente: —Esto no me resulta gracioso.

Mainwaring dijo: —No se supone que deba serlo. Shh.

El ministro dijo serenamente: —El niño ario debe conocer, desde temprana edad, la oscuridad que lo rodea. Debe aprender a temer, y a superar ese temor. Debe aprender a ser fuerte. Los Dos Imperios no fueron construidos por la debilidad; la debilidad no los sostendrá. No hay lugar para ella. Los hijos de ustedes ya saben esto, en cierta medida. La casa es grande, y oscura; pero ellos llegarán a la luz. Luchan como una vez lucharon los Imperios. Por el derecho a nacer.

La toma cambió de nuevo, mostrando una ancha e imponente escalera. La cabeza de la pequeña procesión apareció, empezó a bajar. —Ahora —dijo el ministro—, allí está nuestro pequeño Hans. Ah...

Ella aferró convulsivamente el brazo de Mainwaring. Una cara pintarrajeada de negro se irguió ante la pantalla. El demonio gruñó, atacando la cámara; luego se volvió y corrió hacia la escalera. Los niños gritaron, amontonándose; al instante el aire se llenó de bullicio. Figuras grotescas corcovearon y brincaron; hubo apretones, manotazos. La columna fue azotada y disuelta; Mainwaring vio a un niño tumbado. Los gritos alcanzaron la intensidad aguda del terror; y la *Christkind* se volvió, los brazos nuevamente alzados. Los duendes y demonios retrocedieron gruñendo hacia las sombras; la lenta marcha se reinició.

El ministro dijo: —Están a punto de llegar. Y son buenos niños, dignos de su raza. Preparen el árbol.

Sirvientes con palmarías se adelantaron para encender las velas. El árbol surgió de la penumbra con un fulgor verde; y Mainwaring pensó por primera vez que era un objeto oscuro, aunque resplandecía de luz.

Las grandes puertas del extremo del salón se abrieron; y los niños entraron precipitadamente. Lagrimeaban y sollozaban, y algunos estaban magullados; pero todos, antes de correr hacia el árbol, se detuvieron, le hicieron una reverencia a la extraña criatura que los había guiado en la oscuridad. Luego se le quitó la corona, las palmarías se apagaron; y Lucía Queen se transformó en una niña como el resto, una niña esbelta y descalza con un vestido blanco y suave.

El ministro se levantó riendo. —Ahora —dijo—, música, y un poco más de vino. Hans Trapp ha muerto. Amigos míos, a cada uno de ustedes, y niños: *¡frohe Weihnachten!*

Diane dijo: —Excúsame un momento.

Mainwaring se volvió. Dijo: —¿Estás bien?

Ella dijo: —Sólo quiero quitarme un resgueto desagradable.

Preocupado, Mainwaring vio cómo ella se marchaba; el ministro le había tomado el brazo y le hablaba. —Excelente, Richard —decía—. Hasta ahora todo ha salido a la perfección, ¿no crees?

Richard dijo: —A la perfección, señor.

—Bien, bien. Eh, Heidi, Erna... y Frederick... ¿es Frederick? ¿Qué tienen allí? Ah, muy bien... —Se llevó a Mainwaring aparte, clavándole los dedos bajo el codo. Se oían chillidos de alegría, alguien había descubierto un trineo debajo del árbol. El ministro dijo: —Mira qué felices son ahora. Quisiera tener hijos, Richard. Mis propios hijos. A veces pienso que he dado demasiado... Aun así, todavía tengo la oportunidad. Soy más joven que tú, ¿te das cuenta? Ésta es la Era de la Juventud.

Mainwaring dijo: —Deseo al ministro toda la felicidad.

—Richard, Richard, debes aprender a no ser tan correcto en todo momento. Súeltate un poco, eres demasiado solemne. Eres mi amigo. Confío en ti. Más que en nadie, confío en ti. ¿Te das cuenta de eso?

Richard dijo: —Gracias, señor. Me doy cuenta.

El ministro parecía rebosante de algún placer secreto. Dijo: —Richard, ven conmigo. Sólo un momento. Te he preparado un regalo especial. No te alejaré de la fiesta mucho tiempo.

Mainwaring lo siguió, atraído más que nunca por el curioso dinamismo de

ese hombre. El ministro se encorvó para pasar por una puerta con arcada, giró a la derecha y la izquierda, bajó por un angosto tramo de escaleras. Abajo una puerta de acero gris cerraba el paso. El ministro aplastó la palma contra una placa sensoria; un clic, el gemido de un mecanismo, y la puerta se abrió hacia adentro. Del otro lado había otro tramo de escaleras de cemento, iluminadas por una sola lámpara de vidrio. Sobla por un aire gélido desde abajo. Mainwaring advirtió, algo asombrado, que habían entrado en el sistema de refugios subterráneos que se extendía debajo de Wilson.

El ministro lo precedía de prisa; abrió otra puerta. Dijo: —Juguetes, Richard. Todos juguetes. Pero me divierten. —Luego, viendo la cara de Mainwaring— ¡Vamos hombre, vamos! ¡Estás más nervioso que los niños, asustado del pobre Hans!

La puerta se abrió a un espacio oscuro. Había un olor denso y dulzón que Mainwaring, por un momento de confusión, no pudo discernir. Su compañero lo impulsó con suavidad hacia adelante. Él se resistió, echándose hacia atrás; el brazo del ministro se extendió a su lado. Un clic, y el lugar se inundó de luz. Vio una superficie ancha y baja, también de cemento. A un costado, ya bruñido y reluctante, estaba el Mercedes, y junto a él el Porsche privado del ministro. Había un par de Volkswagens, un Ford Executive; y en el rincón más alejado una visión blanca y deslumbrante. Una Lamborghini. Habían salido al garaje que había bajo la casa.

El ministro dijo: —Mi atajo privado. —Caminó hacia la Lamborghini, pasó los dedos por el capot bajo y ancho.

Dijo: —Mírala, Richard. Vamos, siéntate. ¿No es una belleza? ¿No es hermosa?

Mainwaring dijo: —Ya lo creo.

—¿Te gusta?

Mainwaring sonrió. Dijo: —Mucho, señor. ¿A quién no?

El ministro dijo: —Bien, estoy tan complacido, Richard, te ascenderé. Es tu culpa. Disfrútala.

Mainwaring lo miró fijamente.

El ministro dijo: —Vamos, hombre. No me mires así, como un pez. Aquí tienes. La documentación, tus llaves. Todo registrado, terminado. —Aferó los hombros de Mainwaring, lo sacudió riendo. Dijo: —Has trabajado bien para mí. Los Dos Imperios no olvidan a sus buenos amigos, a sus servidores.

Mainwaring dijo: —Es un gran honor, señor.

—No exageres. No seas tan formal. Richard...

—¿Señor?

El ministro dijo: —Quédate a mi lado. Quédate a mi lado. Allá arriba... no entienden. Pero nosotros entendemos, ¿eh? Son tiempos difíciles. Debemos estar juntos, siempre juntos. El Reino y el Reich. Separados... podrían destruirnos. —Se alejó, apoyó los puños en el techo del auto.— Aquí, todo esto. Judíos, norteamericanos... El capitalismo. Deben tener miedo. Nadie teme a un imperio dividido. ¡Cacia!

Mainwaring dijo: —Pondré todo mi empeño, señor. Todos lo haremos.

El ministro dijo: —Lo sé, lo sé. Pero, Richard, esta tarde. Estuve jugando con espadas. Espadas pequeñas. Tontas.

Mainwaring pensó: "Sé cómo me vigila. Entiendo el mecanismo. Pero no debo creer que conozco toda la verdad."

El ministro dio media vuelta, como dolorido. Dijo: —La fuerza es la razón. Tiene que serlo. Pero Hess...

Mainwaring dijo lentamente: —Lo hemos intentado antes, señor.

El ministro descargó un puñetazo contra el metal. Dijo: —Richard, ¿no te das cuenta? No fuimos nosotros. No esta vez. Fue su propia gente. Baumann, von Thaden... no sé. Él es viejo, ya no importa. Lo que quieren matar es una idea, Hess es una idea. ¿Entiendes? Es *Lebensraum*. De nuevo... la mitad del mundo no alcanza.

Se enderezó. Dijo: —El gusano, en la manzana. Roe, roe... Pero nosotros somos de Enlace. Importamos mucho. Richard, sé mis ojos. Sé mis oídos.

Mainwaring guardó silencio, pensando en el libro que había en su cuarto; el ministro le aferó el brazo nuevamente. Dijo: —Las sombras, Richard. Nunca estuvieron más cerca. Podemos enseñar a nuestros niños a temer la oscuridad. Pero... no en nuestro tiempo. ¿Eh? No para nosotros. Hay vida, y esperanza. Podemos hacer tanto...

Mainwaring pensó: "Quizá es el vino que bebí. Demasiadas presiones." Una cierta abulia, casi indiferencia, lo había embargado. Siguió al ministro sin una queja, por el complejo de refugios, hasta donde ardían el gran fuego y las velas del árbol. Oyó los cantos mezclados con la voz del viento, observó cómo los niños combatían el sueño con villancicos. La casa parecía bajar en espiral hacia el reposo; y ella se había ido, por cierto. Se sentó en un rincón, bebió vino y meditó, observó al ministro yendo de grupo en grupo hasta que él también se fue. El salón quedó casi vacío mientras la servidumbre ponía todo en orden.

Encontró su propio yo, su yo interior, dormitando al fin como dormitaba al concluir cada día. El cansancio, como siempre, llegaba como una bendición. Se levantó despacio, caminó hacia la puerta. Pensó: "Aquí no me echarán de menos." Unas persianas se cerraron, dentro de su cabeza.

Encontró la llave, abrió la puerta de su cuarto. Pensó: "Ahora ella estará esperando. Como todas las cartas que nunca llegaron, los teléfonos que nunca sonaron." Abrió la puerta.

Ella dijo: —¿Por qué tardaste?

El cerró la puerta en silencio. El fuego crepitaba en el cuarto, las cortinas tapaban la noche. Ella estaba sentada junto al hogar, descalza, aun con el vestido de fiesta. A su lado, en la alfombra, había vasos, un cenicero con cigarrillos a medio fumar. Una lámpara estaba encendida; en la luz tibia los ojos de ella eran enormes y oscuros.

El miró el estante. El Geissler estaba donde él lo había dejado. Dijo: —¿Cómo estraste?

Ella rió. Dijo: —Había otra llave detrás de la puerta. ¿No me viste robarla?

El caminó hacia ella, sin levantar la mirada. Pensó: "Otra pieza que se añade al rompecabezas. Demasiadas cosas, demasiado complicado."

Ella dijo: —¿Estás enfadado?

El dijo: —No.

Ella palmeó el suelo. Ella dijo suavemente: —Por favor, Richard, no estés de mal humor.

El se sentó despacio, observándola.

Ella dijo: —¿Bebes? —Él no contestó. Ella le sirvió de todos modos. Dijo: —¿Qué hiciste todo este tiempo? Pense que subirías mucho antes.

El dijo: —Hablaré con el ministro.

Ella acarició la alfombra con el índice. El pelo le caía hacia adelante, dorado y abundante, desnudándole la nuca. Dijo: —Lamento lo de antes. Fui una estúpida. Quizá me asusté un poco.

Él bebió lentamente. Se sentía como una máquina sin combustible. Era terrible tener que empezar a pensar de nuevo a esta hora de la noche. Dijo: —¿Qué estuviste haciendo?

Ella alzó los ojos. Había en ellos ingenuidad. Dijo: —Me quedé sentada aquí, escuchando el viento.

Él dijo: —No habrá sido muy divertido. Ella meneó la cabeza, despacio, mirándolo fijamente. Dijo en voz baja: —No me conoces en absoluto.

Él guardó silencio. Ella dijo: —No crees en mí, ¿verdad?

Él pensó: "Tú necesitas comprensión. Eres diferente de los demás; y yo me estoy vendiendo por poco." Dijo: —No.

Ella dejó el vaso, sonrió, apartó el vaso de él. Se le acercó gateando por la alfombra, le rodeó el cuello con el brazo. Dijo: —Estuve pensando en tí. Decidiéndome. —Lo besó. Él sintió su lengua, abrió los labios. Ella dijo: —Mmmm... —Retrocedió un poco, sonriendo. Dijo: —¿Te molesta?

—No.

Ella se apretó un mechón de pelo contra la boca, entreabrió los dientes, lo besó de nuevo. Él se sintió reaccionar, involuntariamente; y sintió cómo ella lo acariciaba y apretaba.

Ella dijo: —Este vestido tonto dificultaba las cosas. —Se llevó las manos a la espalda. La tela se entreabrió; ella lo bajó hasta la cintura. Dijo: —Ahora es como la última vez.

Él dijo despacio: —Nunca es como la última vez.

Ella se le acostó en el regazo, mirándole la cara. Susurró: —He retrasado el reloj.

Más tarde, en el sueño, ella dijo: —Fui tan tonta.

—¿A qué te refieres?

Ella dijo: —Fui tímida. Eso fue todo. En realidad no tenías por qué irte.

Él dijo: —¿Y James?

—Consiguió a otra. Yo no sabía lo que me perdía.

Él la recorrió con la mano; y el presente y el pasado inmediato se confundieron tanto que mientras la abrazaba aún la veía arrodillada, con la luz del fuego bailándole en el cuerpo. Él la buscó y ella ya lo esperaba nuevamente; ella se resistió, riendo, contorsionándose.

Mucho más tarde él dijo: —El ministro me regaló una Lamborghini.

Ella se puso de bruce, se apoyó a la barbilla en las manos, mirándolo a través de un mechón de pelo. Dijo: —Y ahora tienes una rubia. ¿Qué harás con nosotras?

Él dijo: —Nada de eso es verdadero.

Ella soltó una exclamación. Lo golpeó. Dijo: —Richard, me sacas de quicio. Ha sucedido, tonto. Eso es todo. Le sucede a todo el mundo. —Rasguñó la alfombra con un dedo. Dijo: —Espero que me hayas preñado. Así tendrías que casarte conmigo.

Él entornó los ojos; y sintió nuevamente el efecto del vino.

Ella lo incitó. Dijo: —Me lo pediste una vez. Dilo de nuevo.

—No recuerdo.

Ella dijo: —Richard, por favor...

Así que él dijo: —Diane, ¿quieres casarte conmigo?

Y ella dijo: —Sí, sí, sí.

Luego sobrevino la conciencia, y aunque no era posible la poseyó de nuevo, y esa vez fue la mejor, dulce y cálida como miel. Había traído almohadas de la cama y el cobertor. Se abrazaron y él se sorprendió hablando, hablando, que no era el sexo, era hacer compras en Marlborough y tomar el té y ver la puesta de sol desde White Horse Hill y estar juntos, juntos; luego ella le puso los dedos en la boca y él se durmió con ella olvidando el frío y la soledad y el miedo, los desiertos del pasado y los lugares oscuros, quizá llegando adonde se elevaban capiteles dorados y las hojas de los árboles se agitaban y titilaban y autos blancos cantaban en las carreteras y los soles ardían hacia adentro, iluminando nuevos mundos.

Despertó, y el fuego estaba bajo. Se sentó, aturdido. Ella lo observaba. Él le acarició el pelo, sonriendo; luego ella se apartó. Ella dijo: —Richard, tengo que irme.

—Aún no.

—Estamos en mitad de la noche.

Él dijo: —No importa.

Ella dijo: —Sí importa. Él no debe saberlo.

—¿Quién?

Ella dijo: —Tú sabes quién. Tú sabes por qué me invitaron.

Él dijo: —Él no es así. En serio.

Ella tiritó. Dijo: —Richard, por favor. No me pongas en apuros. —Sonrió. Dijo: —Es sólo hasta mañana. Sólo unas horas.

Él se levantó torpemente y la abrazó, apretándola con fuerza. Descalza, ella era pequeña; su hombro cabía en la axila de Mainwaring.

Mientras se vestía, se interrumpió y se echó a reír, apoyando una mano en

la pared. Dijo: —Tengo todo el cuerpo flojo.

Más tarde él dijo: —Te acompañaré hasta tu cuarto.

Ella dijo: —No, por favor. Estoy bien. —Empuñaba la cartera, y se había peinado. De nuevo parecía recién salida de una fiesta.

En la puerta giró sobre los talones. Dijo: —Te amo, Richard, de veras. —Lo besó de nuevo, fagazmente, y se fue.

Él cerró la puerta, puso la traba. Se quedó un rato mirando el cuarto. En el hogar un leño a medio quemar se partió con un chasquido soltando un remolino de chispas. Caminó hasta el lavabo, se enjuagó la cara y las manos. Extendió el cobertor sobre la cama, reacomodó las almohadas. Aún estaba impregnado del aroma de ella; recordaba el contacto de su cuerpo, y sus palabras.

Fue hasta la ventana, la abrió. Afuera, la nieve volaba en remolinos. La luz de las estrellas se reflejaba en ellos con una blancura fantasmal; y toda la mansión estaba en silencio. Sintió el frío en la piel; y en el silencio una voz se oía con claridad a lo lejos. Tal vez venía de los puestos de guardia, llena de lejanía y de paz.

*Stille Nacht, heilige Nacht,
alles schläft, einsam wacht...*

Fue hasta la cama, alzó la colcha. Las sábanas estaban almidonadas y limpias, con olor a nuevo. Sonrió y apagó la lámpara.

*Nur das traute, hochheilige Paar.
Holder Knabe mit lockigem Haar...*

En la pared del cuarto, una puigada

detrás del revoque, zumbaba una máquina pequeña y compleja. Un carrete de alambre fino y dorado tembló ligeramente; pero el crujido de la ventana abierta había sido lo último de interés para el grabador: el canto solo no podía activar sus relés. Un micromecanismo se apagó inaudiblemente; unos filamentos se esfumaron y murieron. Mainwaring se quedó tendido a la luz del fuego moribundo, y cerró los ojos.

*Schlaf in himmlischer Ruh,
Schlaf in himmlischer Ruh...*

2

Detrás de las cortinas fluctúa la luz.

El cielo tiene un color azul claro y cristalino; helado, lleno de sol. La luz se refleja en la tierra brillante. Cosas lejanas —bosquecillos, colinas, árboles solitarios— se destacan con nitidez. Los tejados y aleros soportan capas de blancura, las ramas una cresta gruesa. En el silencio, aquí y allá, la nieve cruje y cae con estruendo.

Las sombras de los jinetes saltan y ondulan. El silencio se interrumpe. Los cascotes trepidan en patios despejados o suenan sofocados, batiendo la nieve. Parece que el frío ha vuelto cristalino al aire mismo; las voces se quiebran y astillan, frágiles como cristal.

—Guten Morgen, Hans...

—Verflucht Kalt!

—Der Hundenmeister sagt, sehr gefährlich!

—Macht nichts! Wir erwischen es bevor dem Wald!

Un jinete pasa bajo una arcada. El caballo resopla y corcovea.

—Ich wette dir fünfzig amerikanische Dollar!

—Eingverstanden! Heute, habe ich Glück!

El ruido, crujido y estrépito, se enroscaba sobre sí mismo. Las mejillas se sonrojan, la percepción se realza; para más de un jinete, el patio oscila. Detrás de la puerta de la casa se han instalado caballetes. Se lleva un gran cuenco humeante. Se alza las copas, se brinda; un eco, un tintineo.

—¡Por los Dos Imperios...!

—¡Por la Cacería...!

Ahora el tiempo es como un resorte tenso. Los perros avanzan, seis por entrenador, tironando de las correas, haciendo crujir y rechinar los eslabones. Detrás de ellos corren los jinetes. Las gorras rojas oscilan contra la nieve. En la calzada un oficial se cuadra; otro junta las manos enguantadas, cabeza. Las puertas se abren con un gemido.

Y en kilómetros a la redonda empujan puertas, corren cerrojos, cierran persianas, llevan a los niños adentro. Las calles del pueblo, cubiertas de nieve, esperan en silencio. En alguna parte ladra un perro, lo hacen callar. Las casas lucen hurañas, ciegas. Se ha corrido la voz, más rápida que el galope de los caballos. Hoy habrá Cacería; en la nieve.

Los jinetes se despliegan sobre una extensión de campos moteados. Una revisión, unas preguntas; y suenan los cornetazos. Adelante los perros saltan y brincan, manchas negras contra la blancura. Los cuernos roncán de nuevo; pero estos sabuesos corren mudos. Los jinetes avanzan hacia la línea.

Ahora el tiempo y la visión se fragmentan para los cazadores. Las ramas y la nieve se funden en un azul veloz; y los

troncos de los árboles, las zanjas, los portones. La marea llega a una loma, se derrama por la ladera opuesta. Los setos brillan, cubiertos de blanco; y un trueno sofocado es interrumpido por un silencio fugaz, el golpe y el crujido de la caída. El paisaje resuena, áspero y agudo; y el frenesí, y la sangre acelerada, descargan inteligencia. Un caballo se desploma en una caída gigantesca; otro rueda, aplastando al jinete en la nieve. Una montura cabalga sin jinete. La Cacería, destruyendo, se destruye sin saberlo a sí misma.

Hay casas, una empalizada. La empalizada pasa inadvertida. Un gallinero está en una nube de cristales; las aves correetan chillando bajo los cascotes. Se pierden gorras, vuelan por el aire; las caballeras se sueltan. Restallan los látigos, las espuelas muerden flancos sudorosos; y los bosques están cerca. Las ramas sueltan chasquidos; la nieve cae con estruendo. El ruido, ahora, está en todas partes.

Al final, es siempre lo mismo. Los entrenadores se acercan, canturreando, entre las malezas pisoteadas; los jinetes aprietan el cerco, los caballos patean y jadean; y cae el silencio. Sólo la presa, enrojecida, se contorsiona y reteruce; el ruido agudo que emite es el ruido de cualquier criatura en el dolor.

Ahora, si lo prefiere, el *Jagdmeister* puede terminar el sufrimiento. El pistoletazo es una vibración hueca; y saltan pájaros de las ramas escarchadas, rodando con los ecos y chillando. La pistola dispara de nuevo; y la víctima queda tiesa. Pronto cesan los temblores; y un perro se adelanta, y empieza a lamerla.

Ahora comienza un movimiento lento; dispersión, alejamiento. Hay mur-

los, una risa que muere despacio. La fiebre pasa. Alguien empieza a temblar; y una muchacha, con el brillo de la sangre en las mejillas y el cuello, se lleva un guante a la frente y gime. La Necesidad ha ido y venido; por un tiempo, los Dos Imperios se han purgado.

Los jinetes regresan sobre caballos cansados, atraviesan las portones. Cuando entra el último, una camioneta cerrada y negra arranca y se aleja. En una hoja, silenciosamente, regresa; y los portones se cierran detrás.

Emerger del sueño más profundo era como elevarse lentamente por un mar tibio. Por un tiempo, mientras Mainwaring tenía los ojos cerrados, la memoria y la percepción se confundían tanto que ella estaba con él y el cuarto era un recuerdo, un lugar de la infancia. Se froto la cara, bostezó, sacudió la cabeza, y los golpes que lo habían despertado se repitieron. Dijo: —¿Sí?

La voz dijo: —Último turno para desayunar en quince minutos, señor.

Mainwaring respondió: —Gracias. —Y oyó los pasos que se alejaban.

Se levantó, tanteó la mesita buscando el reloj, se lo acercó a los ojos. Era las once menos cuarto.

Echó hacia atrás los cobertores, sintió el cosquilleo del aire en la piel. Ella había estado con él, sin duda, en el alba; su cuerpo recordaba al súbico, con una fuerza casi dolorosa. Sonrió, caminó hacia el baño. Se duchó, se secó, se afeitó y se vistió. Cerró la puerta y le echó llave, bajó a desayunar. Aún había unas pocas parejas tomando café; saludó con una sonrisa, se sentó junto a una ventana. Más allá de los paneles dobles se aplabla la nieve; el reflejo inundaba el cuarto

con un brillo blanco e invertido. Comió despacio, oyendo gritos distantes. En la larga cuesta detrás de las casas, grupos de niños se tiraban bolas de nieve. Una vez vio un trineo, que desapareció detrás de una loma.

Tenia esperanzas de verla, pero ella no había venido. Bebió café, fumó un cigarrillo. Caminó hacia la sala de estar. La gran pantalla colorida del televisor mostraba una fiesta infantil en un hospital de Berlín. Miró un rato. La puerta se abrió un par de veces, pero no era Diane.

Había otra sala para huéspedes, que no se usaba con frecuencia en esa época del año, y una sala de lectura y una biblioteca. Las recorrió, pero no encontró rastros de ella. Pensó que tal vez no se había levantado aún; en Wilton había pocas reglas fijas para Navidad. Pensó: "Debí averiguar el número de su cuarto." Ni siquiera sabía en qué ala del edificio la había puesto.

La casa estaba en silencio; parecía que la mayoría de los visitantes estaban en sus cuartos. Se preguntó si ella habría salido con los cazadores; oyó vagamente cómo partían y regresaban. Dudó que la actividad fuera muy interesante.

Regresó a la sala, miró televisión una hora más. Al mediodía se sentía un poco irritado, embargado por una extraña inquietud. Regresó a su cuarto, preguntándose si ella habría ido allí; pero el milagro no se repitió. El cuarto estaba vacío.

El fuego ardía, y habían vuelto a hacer la cama. Había olvidado las llaves de la servidumbre. El ejemplar de Geissler aún estaba en el estante. Lo tomó, sopesándolo con la mano y frunciendo el

ceño. En cierto sentido, era una locura dejarlo allí.

Se encogió de hombros, lo puso de nuevo donde estaba. Pensó: "¿Quién se fija en los libros?" La conspiración, si había existido, parecía absurda a la luz del día. Salió al corredor, cerró la puerta con llave. Trató de no pensar en el libro. Representaba un problema; y aún no estaba preparado para encarar problemas. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Almorzó solo, ahora con una preocupación muy definida; el proceso era perturbadoramente similar al de otros años. Una vez creyó verla en el corredor. El corazón le dio un brinco; pero era la otra rubia, la esposa de Müller. Los gestos, la caída del cabello, eran similares; pero esta mujer era más alta.

Se dejó atrapar por una ensañación. Imágenes de ella que parecían grabadas en su mente; cada cual podía ahora ser seleccionada, estudiada, guardada cariñosamente. Vio el pelo y la piel iluminados por el fuego, las pestañas acariciándole la mejilla mientras dormía en sus brazos. Otros recuerdos, más nítidos, aún más inmediatos, le palparon como pequeños espasmos en la mente. Ella echaba la cabeza hacia atrás, riendo; sacudía el pelo, se tocaba la punta de un pecho.

Él apartó la taza, se levantó. A las tres de la tarde, el patriotismo requería la presencia de ella en la sala de estar. Como la de todos los huéspedes. Entonces, si no antes, él la vería. Reflexionó amargamente que la había esperado durante una vida; un poco más no le haría daño.

Se puso a recorrer de nuevo la casa: el Gran Salón, la Galería Larga por donde había pasado la *Christkind*. Bajo las ven-

tanás había un tejado cubierto de nieve. El crudo reflejo de la luz despojaba al lugar de misterio. En el Gran Salón ya habían quitado el árbol. Observó cómo la servidumbre colgaba cortinados, instalaba hileras de sillas de caña dorada. En la Galería de los Trovadores una pila de cajas de forma extraña proclamaba la llegada de la orquesta.

A las dos de la tarde regresó a la sala de estar. Una rápida mirada le aseguró que ella no había llegado. El bar estaba abierto; Hans, enorme y amable como siempre, se había unido al servicio para atender a los huéspedes. Le sonrió a Mainwaring y dijo: —Buenas tardes, señor. —Mainwaring pidió una cerveza, llevó el vaso a un rincón. Sentado allí podía mirar la pantalla de tv y la puerta.

La pantalla mostraba las imágenes de la red internacional ya comunes en la tarde de Navidad dentro de los Dos Imperios. Vio, sin mayor interés, saludos de las guarniciones de Leningrado y Moscú, un buque fero, una base meteorológica en el Ártico, una misión en el África Oriental Alemana. A las tres debía hablar el Führer, este año, por primera vez, Ziegler precedería a Eduardo VIII.

La sala se llenó lentamente. Ella no vino. Mainwaring terminó la cerveza, fue hasta la barra, pidió otra y un paquete de cigarrillos. Ahora la intranquilidad se estaba convirtiendo en alarma. Pensó por primera vez que tal vez ella había enfermado.

La señal de la hora relampagueó, seguida por los redobles del himno alemán. Se levantó con los demás, permaneció de pie hasta que terminó. La pantalla mostró la familiar sala de la cancelería; los paneles altos y oscuros, los cortinados carmesíes, la gran *Hacken-*

kreuz sobre el escritorio. El Führer, como siempre, habló impecablemente; pero Mainwaring pensó, con parte de la mente, que ahora lucía mucho más viejo. El discurso terminó. Cayó en la cuenta de que no había oído una palabra.

Los tambores sonaron otra vez. El rey dijo: —Una vez más, en Navidad, es mi... deber y mi placer... hablar con ustedes.

Algo pareció estallar dentro de la cabeza de Mainwaring. Se levantó, caminó de prisa hacia la barra. Dijo: —Hans, ¿has visto a la señorita Hunter?

El otro se volvió bruscamente. Dijo: —Señor, silencio... por favor.

—¿La has visto?

Hans miró la pantalla, y de nuevo a Mainwaring. El rey decía:

—Hubo... problemas, y dificultades. Quizá nos esperen más. Pero con... la ayuda de Dios, los superaremos.

El chofer se relamió los labios. Dijo: —Lo lamento, señor. No sé a qué se refiere usted.

—¿Cuál era su cuarto?

El hombre parecía un animal atrapado. Dijo: —Por favor, señor Mainwaring. Me pondrá en apuros...

—¿Cuál era su cuarto?

Alguien chistó furiosamente. Hans dijo: —No comprendo.

—¡Por amor de Dios, hombre! Tú llevaste sus cosas arriba. ¡Yo te vi!

Hans dijo: —No, señor...

Por un momento, la sala pareció girar. Había una puerta detrás de la barra. El chofer dio un paso hacia atrás. Dijo: —Señor, por favor...

El lugar era una despensa. Había botellas de vino, un estante con frascos de aceitunas, castañas, huevos. Mainwaring cerró la puerta al entrar, trató de dominar su temblor. Hans dijo: —Se-

ñor, usted no debe preguntarme esas cosas. No conozco a ninguna señorita Hunter. No sé a qué se refiere usted.

Mainwaring dijo:—¿Cuál era su cuarto? Te exijo una respuesta.

—¡Imposible!

—¿Tú me trajiste ayer desde Londres. ¿Lo niegas?

—No, señor.

—Me trajiste con la señorita Hunter.

—¡No, señor!

—¡Maldito seas! ¿Dónde está ella?

El chofer sudaba. Una larga espera: luego dijo:—Señor Mainwaring, por favor. Usted debe comprender. No puedo ayudarlo. —Tragó saliva, recobró la compostura. Dijo:— Yo lo traje desde Londres. Lo siento. Lo traje... a usted solo.

Mainwaring se fue de la sala dando un portazo. Medio camino, medio corrió hacia su cuarto. Cerró la puerta y se apoyó en ella jadeando. Finalmente se le pasó el mareo. Abrió los ojos despacio. El fuego relucía; el libro de Geissler estaba en el estante. Nada había cambiado.

Se puso a trabajar metódicamente. Corrió muebles y miró detrás. Enrolló la alfombra, tanteó cada centímetro de suelo. Tomó una linterna del maletín y examinó minuciosamente el interior del ropero. Pasó los dedos sobre las paredes, sector por sector, tanteando de nuevo. Al fin tomó una silla, desmanteló la luz del cielo raso.

Nada.

Empezó de nuevo. Al cabo de un rato se quedó mirando el parquet. Fue hasta el maletín, tomó el destornillador. Luego de trabajar un momento se echó hacia atrás, mirándose la palma. Se restregó la cara, puso en la mesita lo que había

encontrado. Un aro pequeño, perteneciente al par que usaba ella. Se quedó un rato respirando entrecortadamente, la cabeza entre las manos.

La luz del día se había esfumado mientras trabajaba. Encendió la lámpara, le quitó la pantalla, puso la lámpara desnuda en medio del cuarto. Examinó de nuevo las paredes, mirando, tanteando, presionando. Junto al hogar, al fin, un sector del revoco sonó a hueco.

Acercó la lámpara, examinó la casi invisible fisura. Insertó delicadamente el destornillador, presionó un par de veces. Un chasquido; y la pared se entreabrió.

Metió la mano en el hueco, temblando, levantó el grabador. Se quedó callado un rato, sosteniéndolo; luego alzó los brazos, partió el aparato contra el suelo. Lo pisoteó, jadeando, hasta hacerlo trizas.

El zumbido se transformó en rugido, se acercó a la casa. El helicóptero se posó despacio, las luces del vientre encendidas, levantando un remolino de nieve. El camino hacia la ventana, observó. Los niños abordaron la máquina, aferrando bufandas y guantes, maletas, cajeros con juguetes nuevos. Retiraron la escalerilla, cerraron la escotilla. La nieve se arremolinó de nuevo; la máquina se elevó pesadamente, voló hacia Wilton.

La Fiesta estaba por comenzar.

Luces encendidas en toda la casa. Ventanas iluminadas de naranja arrojan largas franjas brillantes en la nieve. Por todas partes hay idas y venidas ansiosas, pies en movimiento, tintineo de plata y cristal, órdenes apresuradas. Los mozos corren entre las cocinas y el Salón Ver-

de donde se sirve la cena. Se trae un plato tras otro, en un desfile. Pavos asados y dorados exhiben su plumaje en la sombra y la luz de las velas, con mechas empapadas en alcohol ardiendo en los picos. El ministro se levanta, riendo; se brinda una y otra vez. Por cinco mil tanques, diez mil aviones de combate, cien mil cañones. Los Dos Imperios agasajan suntuosamente a sus huéspedes.

El momento culminante se acerca. La cabeza de jabalí, aderezada y humeante, es traída sobre los hombros de los mozos. Los colmillos relucen; en las mandíbulas aprieta el dorado símbolo solar, la naranja. Detrás de él marchan los menesterosos y los actores, con sus antorchas y sus cuencos de mendigo. El villancico que cantan es mucho más viejo que los Dos Imperios; más antiguo que el Reich, más antiguo que Gran Bretaña.

Viviendo gozaba donde los pobres trajinaban, lo cual entristecía a la benévola Ceres...

El bullicio crece. Se arrojan monedas brillantes, se sirve vino. Y más vino, y más y más. Se traen cuencos de fruta, y bandejas con golosinas; bizcochos con especias, pan de jengibre, mazapán. Hasta que a una señal traen el brandy, y cajas de cigarros.

Las damas se levantan para irse. Sonrojadas, atraviesan charlando los corredores, guiadas por asistentes uniformados. En el Gran Salón las esperan sus acompañantes. Cada joven es alto, rubio, impecablemente uniformado. En la Galería de los Trovadores se alza una batuta; a lo lejos, en el jardín, flotan los acordes envolventes de un vals.

En el Salón Verde, ahora enturbiado

por el humo, se abren nuevamente las puertas. De nuevo entran sirvientes, trayendo cajas, grandes paquetes envueltos en colores alegres con moños de satin rojo. El ministro se levanta, golpeando la mesa para pedir silencio.

—Amigos míos, buenos amigos, amigos de los Dos Imperios. Para ustedes, no reparamos en gastos. Para ustedes, los regalos más selectos. Esta noche, nada salvo lo mejor es suficientemente bueno; y aquí no hay nada salvo lo mejor. Amigos míos, disfruten. Disfruten de mi casa. *Frohe Weihnachten...*

El se interna rápidamente en las sombras, y se va. A sus espaldas, se hace un silencio. Una espera, y despacio, misteriosamente, la gran pila de regalos empieza a agitarse. El papel cruje, se rompe. Aquí emerge una mano, allá un pie. Una pausa sin aliento; y la primera muchacha se levanta lentamente, desnuda a la luz de las velas, sacude el pelo brillante.

La mesa rugie de nuevo.

Mainwaring oyó vagamente la algarrabía. Titubeó al pie de la escalera principal, siguió adelante. Se volvió a la derecha y a la izquierda, bajó rápidamente por un tramo de escaleras. Pasó ante cocinas, y la sala de la servidumbre. De la sala le llegó el estruendo de un tocadiscos. Caminó hacia el final del corredor, abrió una puerta. El aire de la noche le abofeteó la cara.

Cruzó el patio, abrió otra puerta. Más allá había un espacio iluminado; sintió un tenue y almizclado olor a animales. Se detuvo, se enjugó la cara. Estaba en mangas de camisa; pero a pesar del frío sudaba.

Siguió caminando. A ambos lados del

corredor estaban los frentes de las aulas. Los perros se lanzaron contra las rejas, ruidosamente. Los ignoró.

El corredor daba a una cámara cuadrada de cemento. A un lado del lugar había una rampa. Al pie de la rampa había una camioneta negra sin ventanas.

En la pared opuesta una puerta mostraba una hendidura de luz. Golpeó con fuerza, una y otra vez.

—Hundenmeister...

La puerta se abrió. El hombre que se asomó era tan arrugado y ventruado como un Santa Claus de Thomas Nast. Al ver la cara de su visitante quiso retroceder, pero Mainwaring le aferró el brazo. Dijo: —*Herr Hundenmeister*, debo hablar con usted.

—¿Quién es usted? No lo conozco. ¿Qué quiere...?

Mainwaring mostró los dientes. Dijo: —La camioneta. Usted condujo la camioneta esta mañana. ¿Qué había adentro?

—No sé a qué se refiere...

El puñetazo lo hizo rodar en el suelo. Trató de huir, pero Mainwaring lo aferró de nuevo.

—¿Qué había adentro?

—¡No le diré nada! ¡Lárguese!

El golpe le sacudió la mejilla. Mainwaring le pegó de nuevo, con el dorso de la mano, lo aplastó contra la camioneta.

—Ábrala...

La voz vibró agudamente en el espacio cerrado.

—*Wer ist da? Was ist passiert?*

El hombrecito lloriqueó, refregándose de la boca.

Mainwaring se enderezó, jadeando. El capitán GFF se adelantó, los pulgares enganchados en el cinturón.

—*Wer sind Sie?*

Mainwaring dijo: —Usted lo sabe muy bien. Y hable inglés, hijo de perra. Usted es tan inglés como yo.

El otro lo fulminó con la mirada. Dijo: —No tiene derecho a estar aquí. Debería arrestarlo. No tiene derecho a acercarse a *Herr Hundenmeister*.

—¿Qué hay en la camioneta?

—¿Se ha vuelto loco? La camioneta no le concierne. Lárguese de inmediato.

—¡Ábrala!

El otro titubeó, luego se encogió de hombros. Retrocedió. Dijo: —Muéstrelle, *mein Herr*.

El *Hundenmeister* tomó un manajo de llaves. Las puertas de la camioneta rechinaron. Mainwaring se adelantó despacio.

El vehículo estaba vacío.

El capitán dijo: —Ya ha visto lo que quería ver. ¿Está satisfecho? Ahora váyase...

Mainwaring dio una ojeada alrededor. Había otra puerta, muy hundida en la pared. Al lado había controles similares a los de una bóveda de banco.

—¿Qué hay en esa habitación?

El capitán dijo: —Ha ido usted demasiado lejos. Le ordeno que se vaya.

—¡Usted no tiene autoridad sobre mí!

—Vuelva a su habitación.

Mainwaring dijo: —Me niego.

El otro manoteó la pistola. Lo encañonó con la Walther, aferrándose la muñeca, apartando los pies. Dijo: —En tal caso dispararé.

Mainwaring pasó a su lado desdenosamente. El ladrillo de los perros se apagó cuando cerró la puerta.

Fue entre las clases medias donde se

sembró la primera semilla; y fue entre las clases medias donde floreció. A menudo se dijo que Gran Bretaña era una nación de tenderos; ahora, por un tiempo, se cerraron los cajones y se bajaron las persianas. De la noche a la mañana, un gastado símbolo de la desunión social y nacional se convirtió en Einsatzgruppenführer; y nacieron los primeros campos de detención...

Mainwaring terminó la página, la arrancó, la arrugó y la arrojó al fuego. Continuó leyendo. Junto a él tenía una botella de whisky empezada y un vaso. Recogió el vaso mecánicamente, bebió. Encendió un cigarrillo. Pocos minutos más tarde una nueva página siguió a la última.

El reloj seguía con su tictac. El papel ardiente siseaba. Los reflejos bailaban en el cielo raso del cuarto. Una vez Mainwaring alzó la cabeza, prestó atención; una vez dejó el arruinado libro, se frotó los ojos. El cuarto, y el corredor, permanecieron en silencio.

Contra una fuerza incommensurable debemos recurrir a la astucia; contra un mal incommensurable, a la fe y a una gran resolución. En la guerra que libramos las apuestas son altas: la dignidad del hombre, la libertad del espíritu, la supervivencia de la humanidad. En esa guerra ya han muerto muchos de nosotros; muchos más, sin duda, darán la vida. Pero siempre, detrás de ellos, habrá otros, y otros. Continuaremos, pues debemos continuar, hasta que esta cosa sea borrada de la faz de la tierra.

Entretanto, debemos cobrar ánimo. Cada golpe, ahora, es un golpe por la libertad. En Francia, Bélgica, Finlandia,

Polonia, Rusia, las fuerzas de los Dos Imperios se enfrentan recelosamente. La codicia, la envidia, la desconfianza mutua, éstos son los enemigos, y trabajan desde adentro. Los Imperios lo saben muy bien. Y sabiéndolo, por primera vez en su existencia, tienen miedo...

Arrugó la última página, la arrojó al fuego. Se echó hacia atrás, contemplando el vacío. Por fin se movió, alzó los ojos. Eran las tres de la mañana, y aún no habían venido a buscarlo.

Había terminado la botella. La puso a un costado, abrió otra. Vertió el líquido en el vaso, oyendo el agobiante tictac del reloj.

Cruzó la habitación, sacó la Lüger del maletín. Encontró una varilla de limpieza, trapos y aceite. Se quedó un rato sentado, mirando la pistola. Luego sacó el cargador, echó hacia atrás la palanca de la culata, apretó la traba, sacó el cañón de las guías.

La mente fatigada empezó a hacerle jugarretas. Divagaba, recordando escenas, episodios, detalles, a veces de años atrás; triviales, inconexas. A través de las divagaciones, una y otra vez, corrían las antiguas y lúgubres palabras del villancico. Él trataba de ahuyentarlas, pero era imposible.

Viviendo gozaba donde los pobres trajinaban, lo cual entristecía a la benévola Ceres...

Desarmó la pistola. Separó las partes, las lavó con aceite y agua, las sacó y las aceitó de nuevo. Ensambló de nuevo la pistola, trabajando con cuidado. Llenó un cargador, lo insertó, hizo entrar la bala en la recámara, puso el botón de se-

guro en *Gesichert*. Sacó el cargador, volvió a ponerlo.

Tomó el maletín, puso la pistola adentro, tomándola por adelante. Llenó un cargador vacío, añadió la culata de extensión y una caja de Parabellum. Trabajó la lengüeta, puso el maletín junto a la cama. Ya no quedaba nada por hacer. Se sentó en la silla, llenó de nuevo el vaso.

Trajinando ardía, donde los pobres gozaban...

La luz del fuego se apagó al fin.

Despertó, y el cuarto estaba a oscuras. Se levantó, notó que el suelo oscilaba. Comprendió que tenía una resaca alcohólica. Buscó, a tientas, el interruptor de la luz. Las manecillas del reloj indicaban las ocho.

Se sintió vagamente culpable por haber dormido tanto tiempo.

Caminó hacia el baño. Se desnudó y duchó, poniendo el agua tan caliente como podía soportarla. Eso lo reanimó un poco. Se secó, mirándose el cuerpo con extrañeza.

Se vistió y afeitó. Había recordado lo que iba a hacer, mientras se anudaba la corbata, trató de recordar por qué. No pudo. Apartadamente tenía el cerebro muerto.

Había una pulgada de whisky en la botella. La sirvió y la bebió con una mueca. Sintió un sacudón rápido y frío. Pensó: "Como la primera mañana en una nueva escuela."

Encendió un cigarrillo. Instantáneamente se le llenó la garganta. Caminó hacia el baño y vomitó. Luego volvió a vomitar, hasta que no le quedó nada en el estómago.

Le dolía el pecho. Se enjuagó la boca,

se lavó de nuevo la cara. Se quedó un rato sentado en el dormitorio, la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Al rato se le pasaron los temblores. Se quedó con la mente en blanco, oyendo el reloj. Una vez movió los labios. Dijo: —Ellos no son mejores que nosotros.

A las nueve bajó a desayunar. Sabía que su estómago retendría muy poco. Comió una tostada, bebió café. Pidió un paquete de cigarrillos, regresó a su cuarto. A las diez debía encontrarse con el ministro.

Revisó de nuevo el maletín. Un pensamiento le hizo añadir un par de guantes de automovilista. Se sentó de nuevo, miró las cenizas donde había ardiendo el Geissler. Una parte de él deseaba que las manecillas del reloj no se movieran. A las diez menos cinco tomó el maletín, salió al corredor. Se quedó un instante mirando alrededor. Pensó: "Aún no ha ocurrido. Todavía estoy vivo." Aún tenía el departamento del centro al cual volver, la oficina; las ventanas altas, los teléfonos, el escritorio caqui.

Se dirigió, por los corredores soleados, a la suite del ministro.

El cuarto donde lo recibieron era ancho y largo. Un fuego crepitaba en el hogar; junto a él había una mesita con copas y una jarra. Sobre la repisa, convencionalmente, colgaba el retrato del Führer. Eduardo VIII lo enfrentaba desde la pared opuesta. Ventanas altas enmarcaban un panorama de parques ondulados. A lo lejos, azules en el horizonte, estaban los bosques.

El ministro dijo: —Buenos días, Richard. Por favor siéntate. Creo que no te retendrá mucho tiempo.

Se sentó, poniéndose el maletín junto a la rodilla.

Esa mañana todo parecía raro. Estudió curiosamente al ministro, como si lo viera por primera vez. Tenía ese tipo de rostro que en un tiempo se consideraba específicamente inglés: delgado, de nariz corta, con pómulos altos y bien formados. El pelo, rubio y espeso en la coronilla, le daba aspecto juvenil. Los ojos eran francos, chatos, de bordes oscuros. En realidad, pensó Mainwaring, su aspecto no era tanto de ario como de juguete peligroso; un osito de felpa feal.

El ministro tocó unos papeles. Dijo: —Han surgido varias cosas; entre ellas, me temo, más disturbios en Glasgow. La 51.ª división de Panzers está alertada; aún no hemos difundido la noticia.

Mainwaring deseó no sentir la cabeza tan hueca. Le hacía resonar la voz innecesariamente. Dijo: —¿Dónde está la señorita Hunter?

El ministro calló. Los ojos claros se fijaron en él; luego siguió hablando.

—Temo que deberé pedirte que interrumpas tu estadía aquí. Volaré a Londres para una reunión; tal vez mañana, tal vez pasado. Querré que me acompañes, desde luego.

—¿Dónde está la señorita Hunter?

El ministro apoyó las manos en el escritorio, se estudió las uñas. Dijo: —Richard, hay aspectos de la cultura de los Dos Imperios que no se mencionan ni se comentan. Tú, nada menos, deberías saberlo. He sido paciente contigo; pero todo tiene un límite.

Rara vez trajinaba, mientras Ceres rodaba, lo cual alegraba a los hombres pobres y benévols...

Mainwaring abrió el maletín y se levanta-

to. Quitó el seguro y apuntó la pistola. Hubo un silencio. El fuego crepitaba suavemente. Luego el ministro sonrió. Dijo: —Qué arma interesante, Richard. ¿Dónde la conseguiste?

Mainwaring no respondió.

El ministro apoyó cautelosamente las manos en los brazos del sillón, se echó hacia atrás. Dijo: —Es el modelo de la infantería de marina, claro. Además es muy viejo. ¿Por casualidad no tiene el sello Erfurt? Su valor aumentaría considerablemente.

Sonrió de nuevo. Dijo: —Si el caño está bien, la compraré. Para mi colección privada.

El brazo de Mainwaring empezó a temblar. Aquietó la muñeca, aferrándola con la mano izquierda.

El ministro suspiró. Dijo: —Richard, a veces eres tan terco. Es una buena cualidad, pero tú la llevas al extremo. —Meñecó la cabeza. Dijo: —¿Imaginas por un momento que yo no sabía que vendrías a matarme? Querido amigo, has pasado por muchas cosas. Estás agotado. Créeme, sé cómo te sientes.

Mainwaring dijo: —Usted la asesinó.

El ministro abrió las manos. Dijo: —¿Con qué? ¿Con una pistola? ¿Un cuchillo? ¿De veras parezco un personaje tan sombrío?

Las palabras producían un dolor frío, y una cerrazón en el pecho. Pero había que decir las.

El ministro enarcó las cejas. Luego se echó a reír. Por último dijo: —Al fin lo veo. Lo entendía, pero no podía creerlo. De modo que maltratase a nuestro pobre *Hundenmeister*, lo cual no fue muy digno; y fastidiaste al *Herr Hauptmann*, lo cual no fue muy prudente. Por culpa de esa fantasía que se te ha metido

en la cabeza. ¿De veras la crees, Richard? Tal vez crees también en *Struv-welpeter*. —Se inclinó hacia adelante. Dijo:— Se hizo la Cacería. Y se mató... una cierva. Fue muy emocionante. En cuanto a tu pequeña cazadora... Richard, se ha ido. Nunca existió. Era un invento de tu imaginación. Olvídala.

Mainwaring dijo: —Estábamos enamorados.

El ministro dijo: —Richard, de veras te estás poniendo pesado. —Meneó la cabeza de nuevo. Dijo:— Ambos somos adultos. Ambos sabemos lo que vale esa palabra. Es una brizna en el viento. Una vela en una noche de tormenta. Una frase sin sentido. *Lächerlich*. —Juntó las manos, se frotó las palmas. Dijo:— Cuando esto termine, quiero que te largues. Por un mes, quizá por seis semanas. Con tu auto nuevo. Cuando vuelvas... bien, veremos. Comprate una mu-chacha, si tanto necesitas una mujer. *Einen Schatz*. Nunca lo imaginé; eres tan distante, deberías hablar más de ti mismo. Richard, te comprendo. No es una cosa tan terrible.

Mainwaring se quedó mirándolo.

El ministro dijo: —Haremos un arreglo. Tendrás a tu disposición un departamento, un buen departamento. Así tu damisela te hará compañía. Cuando te canses de ella... compras otra. La mayoría son insatisfactorias, pero razonables. Ahora siéntate como un buen amigo, y guarda esa pistola. Pareces un tonto con esa cara tan seria.

Toda la vida, toda la experiencia, le parecía un peso gris que lo tironeaba. Bajó la pistola, lentamente. Pensó: "Al final, se equivocaron. Se equivocaron al elegirme." Dijo: —Supongo que ahora la apunto hacia mí.

El ministro dijo: —No, no, no. Aún no entiendes. —Unió los nudillos, sonriendo. Dijo:— Richard, el *Herr Hauptmann* quería arrestarte anoche. No se lo permití. Esto es entre nosotros. Nada más. Te doy mi palabra.

Mainwaring sintió que se le aflojaban los hombros. Sus fuerzas lo habían abandonado; la pistola, ahora, le pesaba demasiado en el brazo.

El ministro dijo: —Richard, ¿por qué ese abatimiento? Es una gran ocasión, hombre. Has encontrado tu coraje. Me alegra.

Bajó la voz. Dijo: —¿No quieres saber por qué te dejé venir aquí con tu arma? ¿Ni siquiera te interesa?

Mainwaring guardó silencio.

El ministro dijo: —Mira a tu alrededor, Richard. Mira el mundo. Quiero hombres cerca de mí, a mi servicio. Ahora más que nunca. Hombres verdaderos, sin miedo de morir. Dame una docena... pero ya sabes el resto. Podría gobernar el mundo. Pero antes... debo gobernarlos a ellos. A mis hombres. ¿Entiendes? ¿Lo ves ahora?

Mainwaring pensó: "Ha vuelto a dominar la situación. Pero siempre fue así. Él es mi dueño."

Sintió un mareo.

La voz continuó, tersamente: —En cuanto a esa pequeña conspiración del llamado Frente de Liberación, saliste bien librado. Fue difícil para ti. Te estaba observando, créeme, con gran interés. Ahora has quedado el libre. Por tu propia libertad. Eso me deleitó.

Mainwaring alzó los ojos, sobresaltado.

El ministro meneó la cabeza. Dijo: —El grabador verdadero está mejor escondido, en eso te dejaste satisfacer

muy pronto. También hay un monitor de televisión. Lo lamento y te pido disculpas. Era necesario.

El canturreo se inició en la cabeza de Mainwaring.

El ministro suspiró de nuevo. Dijo: —¿Aún no estás convencido, Richard? Entonces tengo ciertas cosas que tú deberías ver. ¿Puedo abrir el cajón del escritorio?

Mainwaring no habló. El ministro abrió el cajón despacio, metió la mano adentro. Puso un telegrama sobre el escritorio. Dijo: —La destinataria es la señorita D. J. Hunter. El mensaje consiste en una sola palabra: *Activar*.

El canturreo se intensificó.

—Esto está bien —dijo el ministro. Alzó un medallón colgado de una cadena de oro. El pequeño disco tenía el emblema del Frente de Liberación. Dijo: —Mero exhibicionismo. O un deseo de muerte. En cualquier caso, un rasgo indeseable.

Dejó caer el objeto. Dijo: —Ella estaba bajo vigilancia, desde luego. Hacía años que la conocíamos. Para ellos, tú eras potencialmente utilizable. ¿Ves el absurdo? Ellos realmente te creyeron tan celoso como para asesinar a tu ministro. A eso se refieren en ese librito, cuando hablan de sutileza. Richard, yo podría tener cincuenta rubias si quisiera. Cien. ¿Por qué iba a querer la tuya? Cerró el cajón con un chasquido, y se levantó. Dijo: —Dame el arma ahora. Ya no la necesitas. —Extendió el brazo; entonces cayó pesadamente hacia atrás. Se partieron vidrios en la mesita. La jarra se hizo añicos y el contenido manchó la madera.

Un humo azul claro flotaba sobre el escritorio. Mainwaring se adelantó, aún

mirando hacia abajo. Había manchas de sangre, y un poco de carne. Los ojos del oso de felpa aún mostraban destellos blancos. El shock hidráulico había destrozado el pecho; respiró entrecortadamente, tres veces, y se quedó quieto. Pensó: "No oí el estampido."

La puerta de comunicación se abrió. Mainwaring se volvió. Una secretaria miró adentro, huyó al verlo. La puerta vibró.

—Él se cayó el maletín bajo el brazo, corrió por la oficina de recepción. Sonaron pasos en el corredor. Abrió la puerta cautelosamente. Sonaron gritos en alguna parte, bajo la casa.

En el corredor colgaba un lazo de cordel carmesí. Se detuvo ante él, subió una escalera. Luego otra. Más allá de los aposentos privados el camino estaba cerrado por una pesada reja metálica. Corrió hacia ella, frenó. Se oyó un rumor abajo. Miró alrededor. Alguien había operado los mecanismos de emergencia, cerrando toda la casa.

Junto a la puerta había una escalerilla de hierro. Trepó por ella, jadeando. El escotillón del cielo raso tenía candado. Se aferró con una mano, entorpecido por el maletín, sostuvo la pistola por encima de la cabeza.

La luz se filtró por la madera astillada. Apoyó el hombro contra el escotillón, forcejó. La madera cedió. Trepó penosamente. El viento y la nieve le mordieron la carne.

Tenía la camisa húmeda en las axilas. Se tendió de bruces, temblando. Pensó: "No fue un accidente. Nada de ello fue accidental." Los había subestimado. Ellos entendían la desesperación.

Subió, miró alrededor. Estaba en el tejado de Wilton. Junto a él se elevaban

gigantescas chimeneas. Había una antena de radio. El viento zumbaba entre los alambres. A su derecha estaba la balastrada que coronaba la fachada de la mansión. Detrás había una alcantarilla llena de nieve.

Se arrastró por el techo inclinado, corrió agazapado. Abajo sonaron gritos. Se aplastó contra el techo, rodó. Una automática tableteó. Se arrastró de nuevo, aferrando el maletín. Adelante, una de las torres se recortaba contra el cielo. Se arrastró hacia ella, se protegió del viento. Abrió el maletín, se calzó los guantes. Le puso a la pistola la culata de extensión, depositó junto a él los cargadores llenos y la caja de municiones.

De nuevo se oyeron disparos. Miró hacia adelante a través de la balastrada. Figuras que corrían se desperdigaron en el parque. Apuntó a la más cercana, disparó. Una conmoción abajo. La automática abrió fuego, volaron esquirlas de

piedra, con un gemido. Una voz ordenó: —No se expongan innecesariamente.

Otra respondió: —*Die kommen mit den Hubschrauber...*

El miró a su alrededor, hacia el horizonte gris amarillento. Se había olvidado del helicóptero.

Una ráfaga de nieve le golpeó la cara. Se agazapó, protegiéndose. Creyó oír un zumbido tenue en el viento.

Desde donde estaba podía ver los árboles más cercanos del parque, y más allá la muralla y los puestos de guardia. A lo lejos, la tierra se elevaba hacia los bosques circundantes.

El zumbido había regresado, más intenso que antes. Volvió los ojos, distinguió la mancha negra que rozaba la copa de los árboles. Meneó la cabeza. Dijo: —Cometimos un error. Todos cometimos un error.

Se apoyó la Lúger en el hombro, y esperó.

Todo el reino animal pone de manifiesto la facilidad con que puede establecerse la comunicación entre individuos. Incluso entre los homínidos que debían cazar y vivir en comunidad, bastaba con códigos sencillos para manejar la mayor parte de la información de los hechos inmediatos de la vida que debían compartir. Por el contrario, traducir un mundo visual y auditivo de tal forma que los objetos y los acontecimientos sean designados con precisión y reconocidos semanas o años más tarde, exige un sistema de codificación mucho más elaborado. Lo que al parecer proporciona al lenguaje su carácter único no es tanto que sirva para comunicar directrices para la acción sino que permita la simbolización, la evocación de imágenes cognitivas. Construimos nuestra "realidad" con nuestras palabras y nuestras frases, al igual que la construimos con nuestra vista y nuestro oído. La flexibilidad del lenguaje humano es también una herramienta sin igual para el desarrollo de la imaginación. Se presta a la combinatoria ilimitada de los símbolos. Permite la creación mental de mundos posibles.

(*El juego de lo posible*. © 1982. Ediciones Grúalbo, S.A.)

Título del original en inglés: *Weihnachtsabend*. Del libro *The Passing of the Dragons*.
© 1965, 1966, 1967, 1969, 1976, 1977 by Keith Roberts. Traducción de Néstor Dietrich.

LIBROS



Elvio E. Gandolfo
AL MARGEN
DE LA LITERATURA
Y DE LOS GÉNEROS

La publicidad con que fue lanzada a mediados de 1983 una nueva colección del Centro Editor de América Latina, bajo el título de "La tierra entera", hacía hincapié en su carácter de avanzada. Era de esperar que la selección realizada en la vasta producción de la literatura mundial cumpliera el mismo papel que Losada, o Rueda, habían cumplido en las décadas del '40 y del '50, anticipando lo que luego pasaría a ser la primera línea de la literatura contemporánea: Sartre, Camus, Joyce, etc. A varios meses de esa publicidad, y con un par de decenas de títulos aparecidos, el resultado no se ajusta a aquellos propósitos, pero no por carencia sino por distinción.

Lo que la colección dirigida por Horacio de Merlo (un seudónimo que oculta a un viejo gustador de las aventuras editoriales difíciles)

FERNAND
COMBET



FACTICIO
O LOS HOMBRES
PAJAROS

LA TIERRA ENTERA
CENTRO EDITOR
DE AMÉRICA LATINA

ha logrado, al menos hasta el momento, es una hazaña tal vez menos prestigiosa en los medios culturales tradicionales, pero más digna de ser disfrutada por los lectores de ciencia ficción, literatura fantástica y textos "raros". De hecho, de los diez primeros títulos aparecidos, más de la mitad encajan dentro de esta última clasificación, que no es más que el reconocimiento de lo poco adecuadas que resultan las clasificaciones comunes para abarcarlos.

Porque "La tierra entera" cumple, más que con el propósito de "poner al día" al lector interesado en la evolución de la Gran Literatura, con el de alcanzarle libros extraños, de autores también desconocidos en su mayor parte. Que tal empresa sea cumplida por una co-

lección de kioscos, sin duda la mejor diagramada y presentada que haya puesto en circulación el Centro Editor, es algo que no se sabe muy bien si entra en el terreno del milagro o del surrealismo. Porque este tipo de colección ha sido casi exclusivamente tarea de editoriales que dependían del entusiasmo y la tenacidad de una persona, y que publicaban ediciones limitadas, de circulación exclusiva en librerías. Es lo que ocurrió con Jean-Jacques Pauvert y Eric Losfeld en Francia, o con Eduardo Stilman y sus libros de bolsillo de la editorial Brújula (con las eficaces tapas de Sabat sobre fondo blanco) en Argentina.

Para el consumidor de ciencia ficción y literatura fantástica, es además la oportunidad de gustar

de un material que esquivo la precedencia casi exclusivamente anglosajona de su dieta común, y de permitirle un recorrido por una zona especial, marginal tanto en relación con la literatura en general como con los géneros. En su segunda decena de títulos, "La tierra entera" apunta más hacia la literatura a secas, a través de nombres como Slawomir Mrozek, Jakov Lind o Hans E. Nossak, que acompañan los textos marginales de nombres prestigiosos como Günter Grass, Heinrich Böll o Edward Albee.

De la primera decena de títulos hemos escogido seis que a nuestro parecer componen un buen conjunto de lecturas para los gustadores de lo raro y lo fantástico.

La melancolía
italiana

DINO BUZZATI: *Miedo en la Scala y otros cuentos* (de *Sessanta racconti*); traducción de María Julia de Ruschi Crespo; Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983; 182 págs.

GIUSEPPE BONAVIRI: *Martedina* (id.); traducción de Alberto Valleoni y María Julia de Ruschi Crespo; CEAL, Buenos Aires, 1983; 182 págs.

ANDRÉ HARDELLET: *El umbral del jardín* (*Le seuil du jardin*); traducción de Benjamín Soldi; CEAL, Buenos Aires, 1983; 124 págs.

FERNAND COMBET: *SchrummSchrumm o La excursión dominical a las Arenas Movedizas* (*SchrummSchrumm ou L'excursion dominicale aux sables mouvants*); traducción de Benjamín Soldi; CEAL, Buenos Aires, 1983; 250 págs.

FERNAND COMBET: *Facticio o Los hombres pájaros* (*Factice ou Les hommes-oiseaux*); traducción de Claudia Maisonove; CEAL, Buenos Aires, 1983; 128 págs.

ERNST PENZOLDT: *Squirrel* (id.); traducción de José Luis Etcheverry; CEAL, Buenos Aires, 1983; 140 págs.

GAHAN WILSON: *¡... Y entonces lo agarramos!* (*...and then we'll get him!*); traducción de Graciela Montes; CEAL, Buenos Aires, 1983; 140 págs.

Aunque no sean abundantes numéricamente, y por lo general se asocie a la literatura italiana con cierto realismo básico, los autores de textos fantásticos o extraños no dejan de tener su peso dentro del panorama de ese país. Baste pensar en Italo Calvino, que pasó de los cuentos realistas de los principios de su carrera a la perfección imaginativa y formal de *Las ciudades invisibles*, *Tiempo cero* y *Si una noche de invierno un viajero...*; o el menos conocido Massimo Pandolfi; o Dino Buzzati, que alcanzó celebridad internacional con su novela *El desierto de los*

tártaros. "La tierra entera" ha incluido dos autores italianos en sus primeros diez títulos: uno de ellos es justamente Dino Buzzati, el otro el desconocido Giuseppe Bonaviri. Al menos en este caso, el rendimiento del nombre ignoto es más atractivo y sugerente que el del autor consagrado.

Muerte en la Scala reúne dieciocho de los *Sessanta racconti* que publicara Mondadori en 1958. Los mismos son muy variados, tanto en extensión como en tono y logros. Buzzati era un autor de producción abundante y desapareja, publicado con frecuencia en periódicos, y con plazos de entrega fijos. "Miedo en la Scala", el relato más extenso, crea un buen suspenso tradicional en una ciudad sobre la que pende la posibilidad del desorden social y político, en contraste con el clima ceremonioso y como congelado en el tiempo de una noche en el famoso teatro; pero ese suspenso queda demasiado en suspenso, sin una conclusión definida y sin provocar la sugerencia. Otros relatos se encuadran con demasiada rigidez dentro de la alegoría ("El burgués embrujado", "El fin del mundo", "Cuento de Navidad"), aunque en ocasiones la explicación simbólica excesiva se ve aliviada por el tono lírico ("La canción de guerra") o la eficacia para transmitir una situación ("Y sin embargo llaman a la puerta"). Otros cumplen con una especie de profesionalismo casi norteamericano, sin sorpresas, en el empleo de los elementos más

clásicos del cuento fantástico ("Algunas indicaciones útiles a dos auténticos caballeros", "Sombra del Sur", "La capa", "El rey en Hormel-Hagar"), o caen en esa especie de evocación demasiado fiel de Kafka que caracteriza a gran parte de la obra de Buzzati ("Los siete mensajeros", "Siete pisos"). Curiosamente, lo mejor del volumen se refugia en los textos más breves e in clasificables, algo así como poemas en prosa ("Una gota", y sobre todo "Invitaciones superfluas") que confían en la elaboración de un tono verbal envolvente. A ellos se agrega ese buen ejemplo del tema de lo extraordinario y monstruoso como preferible a la normalidad de los hombres y las buenas costumbres que es "La manzana de dragón". En el aspecto temático, se acumulan los ataques a las seguridades de la vida cotidiana burguesa.

La contrapata de *Martedina* menciona la literatura y la ciencia, y habla de un viaje interplanetario. Quien lea las primeras páginas de esta novela de Giuseppe Bonaviri se sentirá desorientado: describe la vida rutinaria de una pareja de recién casados, en especial del esposo, su partida de la zona rural donde viven, su trabajo en un hospital, un tono de doloroso sufrimiento existencial que va invadiendo todo, con excepción de *Martedina*, su mujer, que vive en una especie de autosuficiencia absoluta y gozosa, entregada a su papel de madre y a una seguridad de mujer terrestre, sólida. Y sin em-

bargo, hay un viaje interplanetario, cósmico: el protagonista se enrola en la tripulación de un cohete, y parte. Su extenso recorrido por el universo, sin embargo, no será más que la difusión en escala galáctica del cansancio vital que sintiera en la Tierra. Bonaviri ha creado un texto de densidad especial, extraña. Ante todo, aunque haya de fondo una semejanza con el tipo de críticas anticientíficas que caracterizó a gran parte de la ciencia ficción de los años '60 y '70 (Disch, Ballard, etc.), sobre todo en una especie de convicción del poder corrosivo de la entropía universal, Bonaviri parte de una raíz agrícola, campesina. Cuando la tripulación se encuentra ya carcomida por el más absoluto desmoronamiento psíquico y físico, en los confines del cosmos, acude a la evocación de los campos maduros, de los ruidos pequeños de la infancia o la naturaleza, incluso a las mujeres que, como *Martedina*, y a diferencia de los hombres, han sabido no recurrir a los viajes a través de miles de años luz para sentirse en armonía con el mundo. Para redondear la extrañeza del libro, se incluye "El decir celeste", un conjunto de poemas que mantiene vínculos tenuous con la breve novela, en un tono crítico, casi impenetrable.

Los rastros del surrealismo francés

Tal vez por influencia de la céle-

bre lógica cartesiana, Francia no ha producido una sólida literatura fantástica; los mejores ejemplos son cuentos de escritores a secas (Maupassant, Merimée, incluso Balzac). Hay sin embargo algunos grandes marginales, desde el incommensurable Rabelais hasta los más cercanos Jarry y Boris Vian. Y han abundado los ejemplos de una especie de "marginalidad convencional", de rareza forzada, impulsada sobre todo a través del movimiento surrealista, dirigido por ese gran codificador de lo extraño y lo chocante que fue André Breton, y que con el paso del tiempo, en abierta contradicción con sus inicios un tanto elitistas, llegó a influir sobre gran parte del entorno humano (publicitario, representativo) de este siglo, teniendo su principal divulgador en la figura y la obra de Dalí. Los tres libros de autores franceses, dos de ellos de Fernand Combet, el otro escrito por René Hardellet, entran dentro del campo surrealista, con menor o mayor fortuna.

Combet, por ejemplo, tanto en *SchrummSchrumm* o *La Excursión Dominical a las Arenas Movedizas* como en *Factio* o *Los hombres-pájaros*, confía más en el gesto o los componentes recetados de la metafísica que en la búsqueda honesta de una verdad última que sustente su complicada parafernalia surreal. En el caso de *SchrummSchrumm* se trata de la sistemática inversión de la actividad de excursionista: el grupo de esperanzados aspirantes a llegar a

las Arenas Movedizas son sometidos a toda incomodidad posible, a toda tortura, a complejismos reglamentarios. En *Factio* se encara la actividad del vuelo. En ambos casos el texto termina por ser repetitivo, por caer en la creación de un sistema tan autosuficiente y "armado", artificioso, que pierde toda profundidad y referencia a un entorno mayor, a una ética mínima que lo sostenga constantemente. Poco importa que se nos describa cómo se matan y se asan dos muchachitas: el hecho reviste la misma importancia o la misma falta de importancia—a través de la carencia de un filtro estilístico o personal—que todos los demás del libro, una especie de bolsa de goisinas surtidas, poco alimenticias y que adormecen el paladar después de saborear las dos o tres primeras.

Masson, el pintor protagonista de *El umbral del jardín* de André Hardellet, sabe en cambio que las cosas no son tan fáciles. Hablando de otro personaje afirma algo que podría aplicarse a Combet: "Creía en lo fantástico, en el misterio con Matusalé como otros creen en Papá Noel. No comprendía que siempre hay que partir de lo real." Y lo que sostiene a la novela en este caso es el pequeño mundo de una pensión, los paisajes melancólicos y entrañables de los barrios de París, la figura de un par de rufianes agradables, el *savoir vivre* de Masson, la nostalgia que siente del paraíso perdido, del jardín del que sólo llegó a pisar el umbral,

para poder pintarlo. La figura del profesor que crea una máquina con la que podría llegarse a ese jardín pertenece al arsenal clásico del género fantástico, como la oscura conspiración que parece rodearlo. El sabor final que deja el texto de Hardellet es sin embargo el de un elegante cansancio ante las limitaciones de la realidad, la dolorida añoranza de un brillo especial que parece estar en contradicción permanente con el éxito social y mundano, y que se refugia más bien en los momentos pequeños, fugaces, compartidos con algún amigo o una prostituta con la cual el afecto es también leve, mínimo y sin falsos compromisos. Cuando ella misma llegue a la seguridad material a través de un amante rico, y éste le diga "Ya no eres la misma. Se diría que siempre miras hacia atrás, que te falta algo", Hélene, que acabará de ver el nombre de Masson en una revista, contestará: "¿Cómo puedes decir algo semejante? Ya lo estás viendo, tengo todo lo que me hace falta." Los lectores, y Hardellet, sabemos que está afirmando exactamente lo contrario.

Squirrel, el inapreciable

Una familia decide suicidarse, una gata los salva. Un personaje que es más bien un anti-personaje, joven y esquivo, llamado Squirrel, parece misteriosamente relacionado con las renovadas ganas de

vivir de esa familia. Pero su aspecto leve, hasta cómico, sus apariciones y desapariciones, su naturaleza esencialmente inapresable, tanto física como espiritualmente, provocan tantas crisis y conflictos como agrado. En la contratapa Thomas Mann, que gustó de este libro de Ernst Penzoldt, titulado brevemente *Squirrel*, habla de encanto indescriptible, de "algo enteramente alado, despreocupado y también inútil, en suma, poético". *Squirrel* es sin embargo algo más que eso: un libro sabio. Hay ante todo sabiduría en su construcción: la historia no la narra el escritor, sino el doctor Jokim, un "original", el más indicado para transmitir con tono desapasionado el modo en que *Squirrel* cambia la vida de esa familia. Y es un libro sabio por el modo duro, incontestable con que comunica verdades, no a través de un tono explicativo o ceremonioso sino a través de los hechos, con el carácter sólido y desconcertante de las anécdotas zen, aunque aquí estén filtradas por la óptica de un doctor que comienza el libro con disquisiciones sobre la procedencia y significados del nombre *squirrel* y lo termina con la transcripción de su "Tratado sobre ultra-odor del doctor Hans Jokim". En última instancia el libro se construye alrededor de algo así como el vacío de un perso-

naje, de alguien que podría ser un criminal, un loco, un vagabundo, un simple de espíritu, y que con su ausencia de compromisos, con su carácter más amoral que inmoral, cambia por simple reflejo la persona de quienes lo rodean. Un libro para colocar junto a *El circo del Dr. Lao*, o *El monte análogo* (aunque disimule en su "encanto" su importancia), en el estante de las lecturas.

El inefable
Mr. Wilson

Gahan Wilson no es desconocido para los lectores de ciencia ficción, sobre todo para sus compatriotas. Durante décadas, el mensuario *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* publicó puntualmente sus *cartoons*. Otro tanto hizo *Playboy*, lógicamente a toda página y a todo color. *...Y entonces lo agarramos!* permite ponerse en contacto con su mundo y su trazo, ambos inconfundibles, a través de 136 de sus trabajos.

El mundo de Wilson no es nada agradable. No sólo abunda en monstruos, objetos hostiles, trampas y la presencia constante de la muerte. Además da todo eso por sentado: sus personajes —oficinas, viejos matrimonios, jóvenes universitarios, ejecutivos, pa-

cientes psiquiátricos y psiquiatras— enfrentan las situaciones y los seres más espeluznantes con una sonrisa, con indiferencia o con una frase hecha. El humor resultante dista de la comicidad: Wilson rara vez hace reír, y más bien logra arrancar una sonrisa amarga, no desprovista sin embargo de un matiz de degustación exquisita. Porque se trata además de un humor intelectual, informado, que juega con los lugares comunes del psicoanálisis o de la cultura, popular y de la otra. Un hombre que pasa corriendo en pijamas por un entorno surreal, mira a un evidente psiquiatra sentado sobre una enorme cabeza y lo increpa: "—Dr. Kreuger! ¿Qué está haciendo en mi pesadilla recurrente?"

Es uno de los pocos chistes de Wilson que pueden provocar tanto efecto contados como vistos. Porque en general toda su eficacia depende del dibujo: un trazo leve pero a la vez preciso, una especie de James Thurber pasado en limpio. Y un gusto especial por la composición de figuras monstruosas: su trazo se hace allí detallista, muy preciso, mientras que los seres humanos son encarados con mayor abstracción o sencillez. Lo único de lamentar es la falta de color, que empaña los dibujos que en el original contaban con esa ventaja, felizmente pocos en el conjunto.

LA PRIMERA SEMANA DE MAYO
EN KIOSCOS DE LA CAPITAL FEDERAL
Y EL GRAN BUENOS AIRES

DARSEC

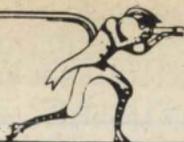
ANTOLOGIA I

Con cuentos de Brian W. Aldiss,
James Tiptree Jr., Barry Malzberg,
Roger Zelazny, Algis Budrys
y Thomas M. Disch.

SELECCION, PROLOGO Y NOTAS
DE SERGIO GAUT VEL HARTMAN

Ediciones Filofalsía
Av. Juan B. Justo 3167, (1414) Cap. Fed.

CINE



Ángel Faretta
EL CINE COMO VOLUNTAD
Y REPRESENTACIÓN

Según recordarán nuestros lectores, en *Minotauro 2* habíamos esbozado, en una nota titulada "El otro sueño", algunas definiciones sobre el carácter intrínsecamente fantástico del cine; cuatro números después nos parece un tiempo bastante prudencial para explyarnos un poco más sobre algunos detalles del tema.

Uno de los elementos fundamentales de la representación cinematográfica es el de la ubicación. Como todos sabemos, el plano de representación fílmica es capaz de abolir—con una suerte de otro golpe de dados— las limitaciones espaciales del espectador. Esto es evidente, por ejemplo, en el simple pero soberbio mecanismo que consiste en pasar de un plano general a un plano de detalle. Imaginemos un plano general de una ciudad. La cámara nos muestra, tal vez, un domingo de verano: el asfalto abrasado por el sol, las calles casi desiertas; sin solución de continuidad un primer



ILUSTRACIÓN DE JOSÉ SANZ

plano nos muestra—nos obliga a ver— un chopp de cerveza por el cual resbalan las gotas de la "transpiración" del vaso, luego la mano que lo empuja y finalmente la cara de lenta satisfacción con la que un hombre bebe su contenido. Como se ve, hemos pasado de una serie de datos básicos, elementales, a una privilegiada situación de saber; en otras palabras: hemos franqueado la distancia que separa lo general de lo particular al arbitrio de nuestros deseos.

¿Por qué al arbitrio de nuestros deseos? Porque mediante el montaje el cine nos obliga, por una suerte de ley psicológica no escrita, a modificar nuestra relación con lo visto. Un plano general informativo nos pone en contacto con una situación elemental forzada (siempre un plano general es forzado), de allí que nuestra voluntad nos hace "desear" saber algo más, algo detallado; de allí la aparición del primer plano, que simula privilegiar nuestra situación espacio-temporal: es decir, todo primer plano nos hace partícipes de una situación de privilegio deseada que simula ser exclusiva para nosotros. Todo observador quiere detalles, y el primer plano fílmico hace posible que nuestros deseos de saber adquieran categoría epistemológica. En otras palabras, ése es el secreto del tan mentado "suspense": la participación fenomenológica del espectador se hace ética al ver "realizados" sus deseos.

La voluntad no tiene moral, sólo

la inteligencia puede hacernos partícipes de la bondad, o no, de nuestros deseos. Según el famoso *dictum* de Schopenhauer, la inteligencia existe solamente para justificar los actos de la Voluntad. Si esto es cierto—toda la filosofía contemporánea nace de esta perplejidad—el mundo como representación sólo puede ser justificado por la abolición directa de la voluntad—según Schopenhauer—o bien por la justificación estética del Universo que—según Nietzsche—nos hace vivir con el deseo y la pretensión de vivir como si quisiera repetir eternamente cada uno de nuestros actos. El cine tiene mucho que decir en este sentido.

El deseo de saber es una clave de lo que llamamos cultura. Según hemos convenido desde hace muchos siglos, el hombre busca detalles de lo que, por otro lado, intuye como plan general, como trama, como urdimbre de lo creado. Obviamente esta necesidad sería impensable—por lo pretenciosamente ridícula—en un griego de la época de Esquilo o un español del Siglo de Oro; tanto uno como otro participaban armónicamente del supuesto taxativo del *misterio*, categoría abolida en el ambiguoamente llamado "siglo de las luces", que dio por tierra con la relación vertical del hombre con la divinidad. A partir de la irrupción de la noción de progreso, y con ella la de evolución, la humanidad, por lo menos en lo que convenimos en llamar Occidente (y que ya no es sólo una categoría geográfica per-

dió su centro, su eje especio-temporal, con lo que el acto de hacer, de fabricar, se convirtió en una repetición mecánica sin trascendencia; el arte también perdió sus contornos y la "abstracción", la "impresión" y la "atonalidad" reemplazaron los conceptos de figuración y melodía.

Abandonado a esta situación fáustica, el hombre de los dos últimos siglos se constituyó como fin en sí mismo de toda invención y de todo saber. Sin embargo, las paradojas—por llamarlas de alguna forma— que acechan en los pliegues de la historia prepararon la más impredecible de las bromas. La invención llamada a constituir el punto final de la "evolución" positivista del saber volvió a hacer partícipe a los hombres del misterio; obviamente esa invención fue el cine.

Creado como prueba de la soberbia, como demostración teórica de la posibilidad de reproducción de la vida—ambición soñada por Da Vinci y el barón Frankenstein— el cine ocultaba, entre sus posibilidades, la de regresar al temor y temblor de lo desconocido, y por ende de lo sagrado. Curiosamente, se han escrito contemporáneamente prolijos y seguramente muy doctos trabajos sobre la dispersión, cuando no la lisa y llana pulverización del sentimiento religioso en el arte y el pensamiento contemporáneos, pero—con muy pocas excepciones— ninguno de todos esos expositores parece haber entrado alguna vez en una sala

de cinematógrafo (y si lo hizo fue munido de toda serie de prejuicios que sabotaban el intento). Decimos esto precisamente porque todas las características y síntomas descritos por estos pensadores son sistemáticamente abolidos por el cine.

Recordemos brevemente los síntomas de nuestra época: filisteísmo, reino de la cantidad, relativismo, afán de imitación, pérdida de centro. Cada uno de ellos es puntualmente negado por el arte del cine, que reconstituye la imagen tradicional del mundo: transcendencia, centralidad, división explícita entre lo sagrado y lo profano (de más está decir que esto es así cuando se trata de arte cinematográfico y no del celuloide impreso que tanto ha proliferado en los últimos años, y es un tema que debe tratarse por separado).

Brevemente —y dado el espacio de que disponemos— podemos apuntar que, en el tratamiento espacial del cine, una de sus mayores preocupaciones es la relación entre los ejes vertical y horizontal del plano. El primero atiende al estricto sentido de narración (tiempo, continuidad, contigüidad) como puede entenderse recordando la función similar que este eje ocupa en la lectura de historietas o, yendo mucho más lejos, en los tapices medievales o en la columna de Trajano. El segundo eje del plano cinematográfico atiende a aquello que permite o motiva la narración (Eternidad, Destino, Sacralidad) como puede entenderse

—obviamente en forma mucho más compleja y elusiva— recordando la función de este eje en la tragedia griega, en las catedrales góticas y aun barrocas, en los autos sacramentales, en la pintura de infinidad de autores (de Cimabue a Goya) y ya, en forma más difusa, en la ópera italiana.

El eje horizontal es el del travelling —hacia los costados, hacia atrás, atrás/adelante—, el que puede describir la perspectiva de un tragal o de una calle o que se adelanta y retrocede en el espacio o por ejemplo, sobre un rostro. El eje vertical, por el contrario, no tiene en el cine un punto de referencia fijo aunque sí es claro en la estructura interna de un film. Recordemos por ejemplo su utilización en un magnífico film, *Psicosis* (1960) de Alfred Hitchcock. El eje horizontal es por demás flagrante en la recorrida de Marion Crana (Janet Leigh) en automóvil por la ruta y, especialmente, en las escenas nocturnas; también en la contigüidad de las habitaciones en las que Marion se desviste, y en la otra, donde —mediante un agujero practicado en la pared— Norman Bates (Anthony Perkins) espía a su presa.

El eje vertical en *Psicosis* atiende, *primero*, al cartel luminoso que en mitad de la noche y de la ruta "asalta" a Marion con sus urgentes reclamos de confort y seguridad; *segundo*: en la casona victoriana que parece dominar el motel construido a sus pies; *tercero*: en la escalera que divide la mansión,

y mediante la cual Norman se comunica con su "madre", la omnipresente señora Bates; finalmente: en el coche que surge —al final de la película— de las profundidades del pantano y da la clave del estado de las relaciones dramáticas en *Psicosis*.

En cuanto al tema de los ejes cinematográficos hay que aclarar que no se trata de que la cámara suba o baje *manifestando* o que se desplace de un lado al otro de la pantalla. Coexisten de manera intrínseca en el relato cinematográfico, y si hay films ejemplares que privilegian esa situación (como ya vimos en *Psicosis*), hay otros donde por el contrario son sólo "aludidos" en la narración (pensemos en los films de Mizoguchi y especialmente, en los últimos años, en los de Bertolucci).

Recordemos un texto de Borges: alguien dibuja un plano laberíntico de todos los pasados dados en esta vida, y la figura que al fin queda formada por ese plano es la cara de quien la dibuja. Un film recorre una suerte de espacio "imaginario" cuyo recorrido final sólo ocupa la mente (o mejor dicho, los sueños) de su autor. Finalmente, ese recorrido onírico deviene en film. ¿Qué existe entre ambas operaciones? Postulamos que entre ambas acontece toda la Eternidad y que en el lapso de noventa minutos gozosos participamos, secretamente, de su creación. Quizá esa creación también nos obligue, misteriosamente, a recordar la Creación.

Índice general de los números 1-6

Aldiss, Brian W. Últimas órdenes	2, 41	<i>El cine, ese otro sueño (Cine)</i>	2, 121
Alzogaray, Raúl Una flor lenta	4, 53	<i>El crepúsculo de los senididos (Cine)</i>	3, 123
Aspe, Luisa Retazos	4, 91	<i>Dos films (Cine)</i>	4, 124
Ballard, J. G. El advenimiento de lo inconsciente	1, 91	<i>La otra orilla (Cine)</i>	5, 124
Bayley, Barrington Misión de prueba	5, 93	Gandolfi, Elvio E. Al margen de la literatura y de los géneros (Libros)	6, 116
Bester, Alfred Tiernamente Fahrenheit	4, 23	Cuando un cronopio se va (Etcétera)	6, 5
Brown, Fredric Los ondulantes	4, 97	El mundo verdadero de la ficción (Libros)	3, 120
Bryant, Edward La galería de hibakusha	2, 23	El testamento de Dick (Etcétera)	5, 18
Capanna, Pablo Las ciencias de la conjetura	6, 55	Un abogado del evolucionismo (Libros)	5, 120
Conswainer Smith: el hombre y el autor	4, 63	Gardini, Carlos Andanzas de un viejo primate (Etcétera)	3, 12
Da la física a la metafísica (Etcétera)	4, 20	La aventura continua (Etcétera)	1, 5
La imaginación al poder (Etcétera)	4, 116	La ciencia contraataca (Etcétera)	2, 17
La inteligencia y sus imitadores (Etcétera)	4, 18	Cuando dos mundos chocan (Etcétera)	4, 12
1984: el año de Orwell (Etcétera)	5, 7	Entrevista con Pablo Capanna	1, 51
Morir de amor (Etcétera)	4, 9	Miedo de volar (Etcétera)	5, 10
Nostalgias del buen salvaje (Etcétera)	5, 18	Los muertos	5, 111
Los nuevos apocalípticos (Libros)	2, 113	Premios, nominaciones y transmigraciones (Etcétera)	4, 5
Las perversiones de la fantasía (Etcétera)	1, 12	¿Quién le teme al lobo feroz? (Etcétera)	6, 10
Preludio para una utopía fallida	3, 85	Viaje al centro de la mente (Etcétera)	2, 5
El último de los utopistas (Etcétera)	3, 5	Gaut vel Hartman, Sergio Islas	5, 85
Un hombre del Renacimiento: Gregory Bateson	2, 53	Mujeres, hombres, dragones (Libros)	1, 119
Un intento de "Historia global" (Libros)	1, 113	Triángulo (Libros)	2, 118
Un pesimista afortunado	5, 59	Gerzon, Sonia El otro lado	5, 107
Las voces del cielo (Etcétera)	1, 9	Gorodischer, Angélica Los buenos van al paraíso, pero no todos los malos pueden ir al infierno	2, 109
El Yo y sus circunstancias (Libros)	5, 116	Lafferty, R. A. Crisólito enteros y perfecto	1, 79
Zoología fantástica (Etcétera)	2, 14	Le Guin, Ursula K. Algunos entómos del problema de la escasez de tiempo	1, 45
Dick, Philip K. El caso Rautavaara	3, 25	Primer informe del extraterrestre naufrago al Kadahn de Derb	3, 79
Hombre, androide, máquina	3, 35	Leiber, Fritz El hombre que se casó con el espacio y el tiempo	1, 105
Disch, Thomas M. La costa asirica	1, 17		
Dozots, Gardner R. Un sueño a mediodía	1, 67		
Faretta, Angel El cine como voluntad y representación (Cine)	6, 122		

Lem, Stanislav		<i>La sueñera</i>	1,	97	
<i>La máscara</i>	5,	23	Smith, Cordwainer		
Levrero, Mario		<i>Reina del atardecer</i>	5,	89	
<i>El Crucificado</i>	2,	97	Sturgeon, Theodore		
Moledo, Leonardo		<i>Y ahora las noticias</i>	6,	15	
<i>La estación terminal</i>	3,	71	Tiptree, James, Jr.		
Moorcock, Michael		<i>Las formas del dolor</i> *	6,	69	
<i>El verdadero señor Newman</i>	2,	67	<i>Y despierte y me encontré aquí en la</i>		
Musa, Gilda		<i>fría ladera</i>	4,	81	
<i>Memoria total</i>	3,	57	Vance, Jack		
Pardolli, Massimo		<i>Ruido</i>	5,	73	
<i>El Encanto</i>	2,	35	Vinelli, Anibal M.		
Platt, Charles		<i>Recordando las películas de episodios (Cine)</i>	1,	123	
<i>Alfred Bestor</i>	4,	43	Vití, Norma		
<i>Theodore Sturgeon</i>	6,	31	<i>Sobre la multiplicidad de la luna</i>	6,	85
Roberts, Keith		<i>Wolfe, Gene</i>			
<i>Weihnachtsabend</i>	6,	89	<i>Tierra Hermosa</i>	2,	103
Shua, Ana María					
<i>Octavio, el invasor</i>	6,	41			

DEFINITIVA EVIDENCIA DE VIDA INTELIGENTE EN EL PLANETA:

Revista

JUEGOS

PARA GENTE DE MENTE

- * Concurso permanente de cuentos breves.
- * Acertijos matemáticos.
- * Enigmas de la lógica.
- * Ajedrez y fantasía.
- * Go, Backgammon, Cubo mágico.
- * Crucigramas.
- * Paradojas y delirios.

Juegos para gente de mente
significa
juegos para gente de mente.

Una vez por mes, piénselo en su kiosko.

PRÓXIMAMENTE

Cuentos y artículos de:

SAMUEL R. DELANY
CORDWAINER SMITH
JOANNA RUSS
STANISLAV LEM
PABLO CAPANNA
URSULA K. LE GUIN
CHARLES PLATT

Minotauro (segunda época) es una publicación de Ediciones Minotauro S.R.L., Humberto 1° 545, Buenos Aires. Redacción y administración: Humberto 1° 545, teléfonos 362-1222/1332/1616. Fotocomposición: Ecos Producciones Gráficas, Bmé. Mitre 1773, 2° Cuerpo, oficinas 705/706, teléfono 45-0746. Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723. © 1984, Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Impreso en la Argentina

Esta edición de 3.000 ejemplares se terminó de imprimir en Cía. Impresora Argentina, Alsina 2049, Bs. As., en mayo de 1984.

LAS NUEVAS EDICIONES DE LOS CLASICOS



Ediciones Minotauro